





—— *Gladys Tato* ——  
A P U R A R E A L I D A D

A pura realidad  
Gladys Tato

Edición Independiente

Corrección de textos: Laura Gandolfo  
Foto de solapa: Mario Marotta Jr.

ISBN: 978-9974-99-737-0

---

A los pacientes,  
gracias por mantener vivo lo mejor de mí.



## Prólogo

Desde hace mucho tiempo me estaba sintiendo conmovida por sucesos de la realidad, por lo que captaba en mi entorno cercano, por anécdotas que me contaban los pacientes de su vida y por el vivir actual según ellos lo observaban.

Es habitual para mí que los pacientes hablen de situaciones complicadas, de vínculos en conflicto o de afectos que los perturban. Progresivamente se me fue haciendo evidente que la mayor parte de los problemas de los que me hablaban, sus propias dificultades las sentían relacionadas o acrecentadas por situaciones complicadas de la realidad que los impactaban profundamente: educación, inseguridad, intolerancia, deterioro en la salud, descreimiento en las instituciones, una profunda crisis de valores en el seno de nuestra sociedad.

Siempre creí en la crisis como una circunstancia que según cómo la vivamos puede ser una oportunidad para el cambio, pero también como algo que debe resolverse, porque no se puede vivir en crisis.

Sin embargo había una particularidad que reunía todo lo que me decían que era la sensación de estar peligrosamente aceptando o resignándose a convivir con el estado de las cosas, porque se sentían impotentes para cambiarlas.

Esta vivencia se me tornó comprensible cuando reflexionando sobre el accionar de la mayor parte de la sociedad, no podía dejar de reconocer que aunque se habla con aparente seriedad, se actúa con una evidente liviandad. Ya no sólo no hay un profundo compromiso con lo que se dice, sino que se posterga el hacer. Tampoco se asumen responsabilidades por lo que no se hace o se hace mal.

Se ha instalado una suerte de impunidad generalizada

ante el incumplimiento de las responsabilidades. La verdadera crisis como dice Einstein es la incompetencia.

En lo personal no sólo no me siento ajena a todo lo dicho, sino que este libro nació también inmerso en una conmoción, que me evocó otras en las que tuve diferentes protagonistas.

Todo lo vivido en estas experiencias me permitió visualizar y organizar algunos aspectos a profundizar, donde además de lo individual están contenidas temáticas sociales actuales, controvertidas, contradictorias o paradójicas.

La experiencia parecería mostrar que aunque existen personas que tienen capacidad de lucha, reflexión y resolución, como sociedad creo que sigue dominando la inoperancia generalizada.

¿Será que el desborde de estímulos desestabilizadores, es parte del motivo de este estado de saturación colectiva que obnubila la capacidad de juicio y la realización de acciones coherentes e impostergables? Sin ánimo de tragedia no podemos negar que enfrentamos problemas cada vez más serios, con consecuencias a veces graves, por omisiones o acciones apresuradas y por lo tanto equivocadas o ineficaces.

Este libro contiene cinco historias verídicas que reflejan temáticas paradigmáticas en pensamientos afectos o acciones, las tres formas en las que expresamos lo que en esencia somos.

La historia de “El Árbol” es un himno a la cualidad de estupidez humana, por eso señalo que tenemos que poder leerla con el coraje de ver lo que nos devuelve ese espejo, en el que ninguno puede decir que en algo no se ve reflejado.

“Una mujer como tantas”, es la triste historia de un divorcio, en el que además del dolor de la separación se suma la codicia y el daño en este caso inevitable de los procesos

judiciales. No obstante la capacidad de lucha y las enseñanzas que de ella se desprenden permiten aprender cómo se puede superar el dolor del fracaso por las ilusiones y los proyectos truncos.

“A mí no me va a pasar”, afirmación tan característica, aunque no exclusiva, de la inexperiencia de la juventud, da cuenta justamente de las dolorosas consecuencias de ubicarse en esa actitud. Muestra además, desde la teoría psicoanalítica cómo accidentarse es también una manera de expresar afectos dolorosos que a veces no se pueden “decir” de otro modo.

“Saber hacer negocios” es un fiel reflejo de quienes viven regidos por los intereses económicos, separados de la ética y los valores, al servicio del lucro abusivo y la deshumanización a que eso conduce.

“Conexión de vida”, es una historia de lucha por la vida, la fuerza, las ganas y los recursos que somos capaces de sacar a luz para lograrlo. Cada batalla es una incertidumbre de la que se puede salir con vida o morir en el intento.

En otro de mis libros decía, que el paciente es ese que puedo ser yo en cualquier momento de mi vida. Como nada de lo humano me es ajeno, en cada una de estas historias expongo mi protagonismo.

Una de las cualidades centrales de mi personalidad es el rechazo que me producen las personas que no se comprometen con lo que hacen. Esa es una intolerancia que mantengo con convicción. Admiro a quienes ante la adversidad se hacen cargo, se comprometen, reflexionan y actúan para asumir las consecuencias, en el acierto o en el error.

A los psicoanalistas nos suceden cosas muy parecidas al resto de las personas, pero tenemos una particular aptitud para tolerar y contener el sufrimiento humano y aprende-

mos mediante nuestro proceso de análisis, a utilizar las propias dificultades como un instrumento de ayuda para quienes vienen en esa búsqueda.

“El problema de las personas y los países es la pereza para encontrar salidas y soluciones”. El genio de Einstein no por casualidad destaca la pereza, uno de los siete pecados capitales, porque ella se opone al trabajo, a la acción en tiempo y forma, es expresión de descuido, de postergación, alude al preocuparse y no al ocuparse.

Una paciente que estaba siendo estudiada por una sintomatología de difícil diagnóstico, va un día al médico y la doctora cada vez más desorientada le dice: “vamos a darle unas vacaciones a su enfermedad y luego seguimos haciendo exámenes”, a lo que la paciente le responde: “es la enfermedad que no me da vacaciones a mí”.

Escribí este prólogo en diciembre y pensaba ¿no estaremos todos como sociedad y como personas actuando como la doctora?, porque cuando los problemas son graves o serios, aunque tratemos de minimizarlos llegará un momento en que no nos van a permitir tomarnos vacaciones.

Creo que escribir este libro ha sido una forma de recordar y homenajear a personas que me han marcado profundamente por su capacidad de lucha y protagonismo creador, que están citadas en las diferentes historias. Entre ellos incluyo a mis analistas y docentes, que me sentiría injusta de no nombrarlos a todos. También a quienes tienen la tan necesaria capacidad pragmática solidaria en la cotidianeidad, como la de mi secretaria- amiga y a toda mi familia cuyas enseñanzas estuvieron marcadas por el hacer operativo oponiéndose a la holgazanería y la pereza.

Es también un intento de aportar cuestionamientos, reflexiones y propuestas de caminos que nos lleven a transitar

por un accionar responsable y comprometido para mejores destinos.

Este libro está cargado de desilusión pero también de esperanza, de pérdidas pero también de nuevas oportunidades, de cansancio pero también de ganas de continuar “de verdad” viviendo de otra manera.

¡Ojalá reaccionemos a tiempo!

Diciembre 2013



EL ÁRBOL



A mis raíces, mis padres, que me nutrieron de valores que sostuvieron el tronco de mi vida.

A mis hermanos, los otros árboles con quienes compartimos el mismo jardín.

A todas nuestras ramas, que son los hijos y sobrinos que me enorgullecen.

A la primer ramita del tronco de uno de mis hijos, mi nieto Lucas, al que está en camino y a todos los que vendrán.

Deseo que por muchos años más sigamos compartiendo la alegría de ser un hermoso bosque que entrelaza con amor todas sus ramas.

La historia que relataré es verídica, por lo tanto no se aplica aquello de que cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Es una historia absurda y tristemente cierta, que funciona como un reflejo de una sociedad que está en crisis y, por consiguiente, de un hombre también en crisis.

Lo que me motivó a escribir no es la historia en sí misma, sino los protagonistas vistos como personajes simbólicos representantes de ese gran “teatro” que es la vida. Cada uno de ellos es portador de diferentes aspectos de “lo humano” y de nuestra realidad actual, de lo que hacemos sin cotidianamente y que tan alto costo tiene en nuestras vidas y en las de quienes nos rodean.

Todo lo escrito es producto de lo que pienso, siento o experimenté y es una invitación para que otros también se cuestionen. Desearía que esas reflexiones promovieran acciones que transformen la realidad. Habitualmente nos quejamos, pero poco o nada hacemos por ser protagonistas de los cambios que reclamamos y que dependen de iniciativas adecuadas y eficaces de personas responsables.

Esta historia nos muestra y me muestra en algo lo que soy, lo que fui, de lo que he cambiado y también de lo que tengo por aprender. Compromete lo más íntimo y personal de la existencia, aquello que define nuestra identidad en el diario vivir, lo que sostiene nuestro accionar y nos encamina al futuro, cuya ruta marcamos en cada paso. Como todas las crisis, esta es una oportunidad para que si al mirarnos en este espejo nos vemos reflejados, no esquivemos la imagen, sino que al contrario nos detengamos a mirarla con el doloroso coraje de la reflexión.

## **La Historia**

En el año 2009 compré una hermosa casa destinada a un Centro de actividad docente, una clínica y un espacio privado para mí. La construcción tenía en la vereda un gran árbol que invadía y más de un metro la salida del garaje y levantaba las baldosas.

Increíblemente, “el final de obra”, garaje incluido, había sido otorgado por la Intendencia de Montevideo (IM), porque todo estaba en condiciones. Lo único que faltaba hacer el trámite para la extracción del árbol.

Amo las plantas y he tenido árboles en macetas que cuando crecieron demasiado, terminaron en la casa de algún familiar, como sucedió con una gran araucaria que hoy está en el fondo de donde vive mi hermana. En este caso, aunque me doliera, era necesario removerlo. Hubiese querido sustituirlo por otro, sin embargo ya verán porqué no fue un hecho sencillo.

Al poco tiempo de mudarme, aboné la cifra correspondiente al trámite para que sacaran el árbol. Pasaban los meses entre espera y llamadas de reclamo. A esa altura yo ya había desarrollado una especial habilidad para subir a la vereda haciendo una curva amplia por la entrada del garaje del vecino, para acceder al mío, que no tenía rebaje de cordón.

Cierto día, la cámara del zaguán de la casa comenzó a desprender un olor desagradable que indicaba que podía estar tapada. Luego de realizar una inspección, mi sanitario confirmó que efectivamente así era, la destapó, y me sugirió que llamara a saneamiento. Efectuada la segunda inspección con un aparato que ve el interior del colector, me informaron que estaba roto a causa de las raíces del árbol, entregándome un papel donde se explicaba que había que sacar

el árbol, algo que ya se sabía y que se sumaba a los motivos para hacerlo.

Como era de esperar, el colector siguió obstruyéndose y mis gastos de sanitario y los llamados a la IM aumentaron.

“Debe realizar el reclamo en el Centro Comunal Zonal, para que ellos quiten el árbol y luego nosotros arreglemos el colector”, me dijeron.

Pertrechada con varios expedientes que a esa altura tenía conmigo, hablé con el ingeniero responsable en el Centro Comunal, quien a la semana siguiente me visitó en mi domicilio, comprobó los daños y me aseguró que iban a extraer el árbol, que concurriera a la IM a solicitar el permiso para el rebaje del cordón de la entrada del garaje.

Fue en ese momento que agregé, con tono de pacto solemne:

Si usted se encarga del costo de toda la reparación de la vereda, el trámite va a ser más rápido.

Más rápido que volando fui a la Intendencia, presenté la documentación y me puse a esperar el llamado que me comunicara que el procedimiento en cuestión estaba aprobado.

Pero no puedo hacer la vereda ni el rebaje del cordón hasta que me saquen el árbol comenté sorprendida.

Eso le corresponde a la Dirección de Espacios Verdes respondieron, refiriéndose al lugar donde supuestamente llegaba el reclamo que yo había hecho en el Centro Comunal.

Ilusa de mí, esperé a que vinieran a sacar el árbol. Woody Allen dijo que los psicoanalistas inventamos la hora de cincuenta minutos. Entonces, después de que pasó el primer verano en mi nueva casa y ya transcurría el año siguiente, dediqué una gran cantidad de esos diez minutos que me

quedaban entre paciente y paciente a comunicarme con el Centro Comunal, con los ingenieros responsables de Espacios Verdes y con el director de Espacios Verdes.

Durante ese año no sólo estuve reclamando por el árbol, sino que además arreglé la casa y coloqué dos jardineras rectangulares pintadas y llenas de flores de estación en el borde del zócalo de mármol de mi consultorio con una reja baja que combinaba con el resto. Durante un año robaron las flores sistemáticamente y con la misma insistencia yo volví a reponerlas. Una tarde de fin de semana en la que pasé por el consultorio a recoger unos papeles, miré el frente de la casa y noté algo raro sin darme cuenta de que se trataba. No sólo no estaban las flores, sino que también se habían llevado las jardineras: las habían robado. Sentí tal angustia, bronca e impotencia, que sólo pude mitigar cuando pensé en tanta gente a la que luego de un día de trabajo le quitan impunemente su propia vida.

Hasta que llegó el día en que la compañía del Gas llamó a mi puerta para decirme que levantarían la vereda para colocar y señalizar la cañería del gas, pero que tendrían que rodear el árbol con los caños para terminar el trabajo.

Frente a tal planteo, les mostré toda la documentación y les pedí que se comunicaran con la Intendencia o esperaran unos días, porque si sacaban el árbol no se verían obligados a hacer este trabajo tan engorroso y complicado, sino que podrían pasar la cañería sin problema alguno.

A esa altura ya había pasado otro año, dando comienzo a otro verano, y al regresar a Montevideo un fin de semana de mis vacaciones, encontré la vereda levantada y carteles de la compañía del gas: estaban trabajando.

Durante ese tiempo Montevideo estaba sacudido por la

gran conmoción que generó la caída de árboles viejos. En una de las tantas comunicaciones al Centro Comunal, pude escuchar cómo del otro lado del teléfono gritaban:

¡No quiero que me pasen más llamadas, me voy!

Sin darse cuenta de que yo había oído todo, la administrativa me dijo, con la voz más cordial que pudo emitir:

Señora, lamentablemente el ingeniero se acaba de retirar, por lo que no podré pasarle con él.

Frente a tales actitudes, decidí llamar a un canal de televisión para denunciar lo que estaba pasando. Todos sabemos el poder que tiene la imagen, sobre todo en nuestra época, a veces para bien y otras para mal. Impotente ante tantas acciones burocráticas que no dieron fruto, decidí convocar a ese poder superior que llega a las multitudes. Yo he estado en la televisión por temas de salud y a raíz de mis libros, pero nunca para denunciar un problema que estaba a punto de convertirse en una “condición necesaria y suficiente” para enloquecer.

La prensa vino a mi casa, relaté la situación, exhibí la documentación correspondiente y señalé el ilógico trabajo de la compañía del gas por la demora en la extracción del árbol. La noticia salió en los informativos, en los cuales mostraron los papeles, mi relato, a los obreros trabajando, el pozo que rodeaba al árbol, las raíces, el árbol, la conexión de agua que entraba a la casa por encima de la vereda y sobre las raíces, porque OSE no había podido ponerla bajo tierra. Cabe aclarar que por estar en la superficie más de una vez rompieron la conexión, por lo que más de una vez tuve que repararla. ¡Por supuesto pagándolo yo! Despertando, además, mis suspicacias. ¿Cuál sería el motivo de las roturas? ¿Ver cómo salían los chorros de agua?

Al día siguiente de aparecer en los informativos... ¡Oh

casualidad! Vino a mi casa el ingeniero del Centro Comunal y me explicó que se había perdido mi boleta de pago y que por eso no pudieron hacer el trabajo. “Pero será efectuado a la brevedad”, dijo otra vez con la misma seriedad y convicción que en su primera visita.

No quise preguntarle dónde se había perdido el papel de mi pago, porque temí que responsabilizara a la red informática, que tantos problemas da a nuestros eficientes empleados públicos. Si antes había burocracia, ahora es además de banda ancha.

Pasaban los días y los pacientes que me habían visto en televisión aportaban sus comentarios. Algunos decían: “¡Es brava usted cuando se enoja!”, otros aprobaban la gestión del reclamo y los más escépticos me decían: “¿Usted cree que le van a sacar el árbol?”. La cuestión es que aquello parecía una encuesta a boca de urna entre votos de confianza más a mi favor que al del Estado y de desconfianza en el sistema o en mi aguante.

Mi hijo más chico, que pasa habitualmente por el consultorio, reiteraba casi todos los días, con su ácido sentido del humor: “¡Te sacaron el árbol, mamá, y qué rápido que creció otro!”

La compañía del gas terminó su tarea y luego de quince días sin novedades decidí suspender mi consulta y concurrir personalmente al Centro Comunal.

Me atendió otro ingeniero, porque el que conocía mi caso estaba de licencia, le relaté toda la historia y me dijo: “Lo suyo es serio”, por lo cual dejó de atender el teléfono para dedicarse al caso. Luego de averiguaciones, llamadas y disculpas, el profesional logró hablar, encontrándome yo allí, con el jefe de la cuadrilla de la empresa que concreta las extracciones de los árboles y quedó agendada para esa se-

mana. Por supuesto que también escuché cómo el ingeniero se quejaba de la descoordinación estatal, que suele ocasionar sucesivas roturas de veredas en los mismos lugares.

Después de que había pasado una semana, vinieron a sacar el árbol. Su tamaño obligó a hacer el trabajo en tres etapas y a cortar la calle. Primero retiraron las ramas finas, luego las ramas gruesas, cuyos trozos caían a la vereda y al pavimento de la calle. El impacto era tal, que quebraron la vereda en varios lugares –“total, habrá que hacerla de nuevo”, me dijeron.

Por último, con una moledora comieron la base del árbol a unos centímetros por abajo del nivel del pavimento, para colocar las baldosas.

¿Y las raíces? pregunté varias veces.

Le mostré los números de los expedientes que decían que el colector estaba roto por las raíces, por lo tanto no entendía cómo no las iban a extraer.

Y me respondieron:

Usted inició el trámite por invasión de garaje, no por el colector.

Sin conseguir que esta empresa y la IM se comunicaran entre sí al respecto, a pesar de mi insistencia llamando a uno y otro lugar, finalizaron la tarea.

Sobre la vereda quedaron trozos de troncos de todos los tamaños: enormes, medianos y ramas más pequeñas, entonces me comunicaron que iban a pasar a recoger la leña porque no me pertenecía, solo podía quedarme con algunos troncos.

Ni me había dado cuenta de que se habían ido cuando me asomé a la ventana y vi a un señor que recogía leña para meterla en una camioneta. Entonces recuerdo que pensé: “¡Qué velocidad!, ¿de dónde salió?”. Salí a la calle muy eno-

jada porque después de todo lo que había pasado me sentía con derecho a quedarme con algo del árbol.

Los troncos son míos le dije con firmeza.

¿Todos?, ¿para qué quiere tantos?

Porque tengo estufa a leña y parrillero –contesté.

Disculpe señora, no sabía, pensé que me los podía llevar.

Qué casualidad que “justo” pasaba por aquí, pensé sin decirle nada.

¡La solidaridad para algunas cosas es tan rápida! Tiempo después, escuché en los informativos que vendían la leña de esos árboles.

Una semana después vinieron para reparar el colector. El capataz de la empresa, también contratada por la Intendencia, luego de levantar las baldosas de la vereda que aún quedaban y de hacer el pozo, comprobó que no sólo el colector estaba roto en varios tramos, sino que además las raíces impedían el trabajo. Debieron traer una sierra eléctrica, por supuesto muy molestos porque habían dejado las raíces. La reparación del colector que en general se hace en unas horas, en este caso demoró dos días: estaba roto desde la salida de la casa hasta la calle.

Estar dos días sin saneamiento donde trabajo y atiendo a mis pacientes me complicó mucho las cosas. Podíamos reducir al mínimo el agua que usábamos de la canilla, juntarla para lavarse las manos y tirarla después. Pero el baño era imprescindible. Con el entrenamiento que me caracteriza en tratar de encontrar soluciones a los problemas pensé: “¡La única solución es alquilar un baño químico!”. Mientras esperábamos que trajeran el baño portátil tuvimos que utilizar donación de papel higiénico mediante, el baño de un negocio de enfrente, porque el alquiler no llegaba hasta la tardecita.

Cuando llegó el cubículo, nos percatamos de que debido a su altura, no entraba en el garaje, tampoco pasaba por la puerta y no lo podían dejar en la calle porque, según me explicaron, “los roban”. Luego de deliberar sobre este problema con el operario y con el encargado de la empresa, surgió la posibilidad de sacarle la estructura exterior, traer sólo la base y colocarlo en el garaje. Obviamente no podía guardar el auto; y era por donde entrábamos y salíamos con los pacientes, porque la puerta principal estaba inhabilitada debido a los trabajos con el colector.

Gracias a la voluntad del empleado de la empresa que se llevó el baño de nuevo, le sacó las paredes y me lo volvió a traer, esa noche quedó instalado. Después de que lo colocaron vi que ocupaba casi medio garaje y no lo podía creer, porque era un gran trono gris de plástico, con tanque y un botón plateado en el piso para desagotar el agua.

Provenir de una familia de esfuerzo y maña no es poca cosa en estas situaciones, ya que cuando regresé al día siguiente, mi hermana y mi secretaria, las dos se llaman Cecilia y su principal santidad consiste en su disposición a ayudar, armaron con cortinas en desuso una estructura alrededor del wáter, como si fuera un decorado, permitiendo que al entrar por ahí no se viera nada... ni nadie. Por supuesto que toda precaución era poca y durante los dos días el tránsito por el garaje fue cuidadosamente vigilado. Funcionaba como si hubiera un semáforo: luz verde: no había nadie en el baño, luz amarilla: si alguien quería ir al baño, primero cerraba con llave las puertas del garaje y de acceso a la casa, luz roja: obviamente ocupado.

Estaba sin media vereda, pero para reparar la entrada del colector a la casa hubo que sacar nueve baldosas más frente a la puerta de entrada, las mismas nueve que luego de repa-

rar el colector tuvieron que volver a colocar, pero esta vez hundidas.

Luego de terminado el trabajo y retirado el baño químico, a los dos días llegó una inspección de la Intendencia para ver cómo había quedado el arreglo del colector e increíblemente, para decirme que no tendría que haber pagado por la extracción del árbol, porque le correspondía a la IM por los daños ocasionados. ¡No quise ni imaginarme lo que sería hacer el trámite del reintegro del dinero!. Entonces le dije, con evidente ironía: “lo dejo de donación para sueldos”. Y como si se tratara de una sesión de terapia, descargué toda mi historia en la inspectora, que me escuchó amablemente. Pero no tuve suerte: mi destino me condena y tuve que escucharla a ella contar las frustraciones de intentar cumplir su función en un entorno problemático y burocrático, etc., etc., etc.

Ya me había pasado lo mismo con el ingeniero del Centro Comunal y con el director de Espacios Verdes, los cuales me contaron sus desdichas, debidas a ser los últimos a quienes tienen en cuenta para consultar, pero los primeros a quienes reclaman; la descoordinación entre los servicios públicos; lo que el gas y OSE rompen una y otra vez en el mismo lugar; lo mal que eso le hace a los árboles viejos etc., etc., etc. En fin, además de todo lo que me pasaba, realicé varias horas de sesiones de psicoterapia gratis, donadas involuntariamente a la comuna capitalina.

Algo de lo dicho a la inspectora surtió efecto. Al otro día me tocaron el timbre para volver a colocar solo las nueve baldosas hundidas, porque claro, el trabajo de saneamiento también está tercerizado y hay que controlar que “los otros” hagan las cosas bien.

Una vez que terminaron las tareas, me dispuse a llamar

al constructor para que arreglara la vereda y la entrada al garaje, para lo que tuve que reanudar el trámite del rebaje del cordón.

Estaba todo listo para que iniciaran los trabajos, habían traído los materiales y todo, cuando me llamó la atención un charco de agua en la vereda, en un lugar donde las baldosas estaban partidas. Me acerqué, levanté los pedazos de baldosa y vi cómo brotaba el agua, ¡el Feng Shui me bendecía!. Del piso surgía, como si fuera una pequeña fuente, una pérdida de agua a raíz de que uno de los tantos troncos que cayeron con todo su peso había partido la vereda, “porque total había que hacerla”, como ya relaté.

Al borde de la desesperación llamé a OSE, realicé mi reclamo por la pérdida de agua y la empleada entonces me preguntó:

¿Usted tiene agua en su casa?

Sí.

¿Tiene presión?

Sí.

Entonces no es urgente, van a pasar por ahí.

Vino a mi mente el recuerdo de una vez que el tanque del sanitario perdía, yo no me di cuenta y cuando me llamó la atención el consumo de agua me dieron un papel con la importante cantidad en que se transformaba esa pequeña gota. También recordé la propaganda de la TV, esa que decía: “Cierre el agua mientras se lava los dientes, no deje correr agua inútilmente”. Claro que esto es para que aprendan los niños, porque la gente de OSE lo tiene “claro como el agua”.

Acordamos con el constructor que comenzara con los trabajos y dejara ese pedazo de vereda para el final. Fueron transcurriendo los días y OSE no llegaba, la vereda avanzaba, bien hecha, con contrapiso, “porque como quedaron las

raíces y no se sabe si están vivas, pueden levantar el piso si reviven o hundirlo si se mueren”, me aclararon.

Rezaba para que no surgiera ningún problema con la electricidad, porque ahí sí tenía cartón lleno y sin ganarme la lotería.

Los trabajos se realizaban con una tira amarilla de PARE bordeando la vereda y como no puedo evitar controlar cómo marchan las cosas y observar la naturaleza “humana”, entre paciente y paciente o en algún tiempo libre, miraba los trabajos. ¿Para qué?, ¿por qué mirar, si podía hacer otra cosa? ¡Pero no!. La mayor parte de las personas bordeaban la cinta y pasaban por la calle junto al cordón de la vereda, otras levantaban la cinta y pisaban las baldosas recién puestas, mientras los obreros trabajaban. Varias veces tuvieron que arreglar baldosas frescas al ser hundidas por las pisadas de los peatones.

Pero además, como el deporte es tan importante para la salud, quedé atónita cuando observé el momento en el que un atlético trotador saltó la cinta de PARE y corrió sobre la vereda hundiendo varias baldosas al lado de quien, agachado, estaba cuidadosamente colocándolas, ignorando al obrero, al trabajo y por extensión, a mí. Como si fuera el paseo de la fama de Holywood, sus huellas se hundieron en la mezcla del contrapiso dejando una marca que, lamentablemente, no pudo ser analizada por ningún hábil detective de C.S.I. (Crime Scence Investigation), como Horatio Caine.

Durante la noche se reforzaba el cercado, que parecía una fortaleza, porque ese horario ampara a todos los transeúntes que desean pasear al perro sin juntar sus necesidades, o tocar el timbre, para revivir el juego infantil del ring raje, o tomar alguna cervecita al paso y dejar los vidrios en la vereda luego de romperla como si se tratara de la inauguración de un

barco. Estas son algunas de las “lindas cosas que veo por las calles de Montevideo”.

Cuando sólo faltaba reparar la zona de la “fuente” de la vereda porque OSE seguía sin venir, apareció el supervisor de la cuadrilla de la extracción del árbol, para constatar que no se habían sacado las raíces y por qué. Lamentablemente, salvo por dos que se veían donde faltaba vereda, el resto ya estaba bajo las baldosas.

El hombre me dijo, dando muestras de inteligencia:

Bueno, ahora ya está, pero su problema es con OSE, ¿llamó por la pérdida de agua?

Me está tomando el pelo, le dije, con una voz que no dejaba dudas de mi indignación ¿Le parece que no voy a reclamar, que me encanta estar así?

¡Qué barbaridad! me dijo. ¡Si quiere yo también reclamo!  
“Cadena de favores”, este hombre podría haber escrito el guión de esa película.

Llegó OSE, arregló el agua y terminaron la vereda, cumpliendo cuidadosamente con las instrucciones del rebaje del cordón, porque dijeron:

Mire que al mes va la inspección.

Pero ese fin de semana ¡POR FIN! sacarían las cintas, y yo podría entrar cómodamente el auto al garaje. Y todo volvería a la normalidad.

A la semana siguiente, una noche que salí a tirar la basura al contenedor de la esquina, me quedé mirando la vereda, contenta por cómo había quedado, con cierta nostalgia por el árbol que no pude sustituir porque: “es un espacio público” y además “¡¡Hay que hacer un trámite!!”. Se imaginarán que a esa altura no me sentía capaz de ninguna acción que implicara la burocracia. Mientras estaba, como les decía, mirando la vereda, pasó una vecina y me dijo:

La vi en televisión, le sacaron el árbol, que linda quedó la vereda. ¡Casi la abrazo!

Plantar un árbol, tener un hijo, escribir un libro, esas tres cosas las hice. Pero nunca me imaginé que la extracción de un árbol daría tema como para un libro que leerían mis hijos.

El gran teatro de la vida y las actuaciones de sus personajes Vayamos quitando las “máscaras” para develar algunas de las intenciones concientes e inconscientes que se ocultan detrás de sus acciones.

## **La Estupidez**

Hace años quise poner un cartel en mi clínica con una frase de Freud que siempre me impactó profundamente: “No hay nada más caro en la vida que la enfermedad y la estupidez”. A esa altura yo ya había convivido, dolorosamente, con los costos de ambas cosas. Costos a veces afectivos, a veces económicos, pero siempre altos.

A mis compañeras y colegas les pareció muy fuerte, pero yo siempre creí y la vida me lo ha confirmado, que las verdades muchas veces son fuertes y duelen, pero es preferible enfrentarlas cuanto antes. En realidad, creo que de esa frase todo podría reducirse a la estupidez, concordando con lo que dijo Einstein cuando le preguntaron qué era infinito, ¿el universo o la estupidez humana? y él expresó que de lo segundo no tenía duda. Esta respuesta no creo que esté basada en una lógica matemática, sino en el hecho de que si se miran como acciones, las estupideces pueden cometerse en una cantidad infinitamente inconmensurable.

La estupidez, definida por el diccionario como “torpeza notable”, o “falta de inteligencia”, forma parte de nuestra condición humana, la cual está más presente de un modo

alarmante y destructivo, en la vida de las personas, de los equipos humanos y de la sociedad en su conjunto.

En su origen etimológico viene del latín, “stúpeo”, que quiere decir estupor, quedarse pasmado, estupefacto, asombrado, paralizado. Se la define también como “una admiración grande que suspende la razón y el discurso”. Carlos M. Cipolla<sup>1</sup> define a la persona estúpida como alguien que causa daño a otro u otros sin obtener al mismo tiempo ningún tipo de beneficio. Según este autor, la posibilidad de proceder estúpidamente es independiente de otras cualidades de esa persona y con sus investigaciones demostró que esto se aplica en igual proporción a hombres y a mujeres, independientemente del nivel intelectual, social, económico y cultural.

Resulta también importante el hecho de que, según él, quien es estúpido o quien procede estúpidamente no tiene conciencia de su estupidez.

Tal vez esto explique que quien se comporta estúpidamente ignora su falta de inteligencia y su incapacidad para realizar la acción adecuada.

Comunmente no usamos la estupidez para señalar sólo a quien se queda sin saber qué hacer, sino que lo usamos más para señalar una acción torpe o falta de inteligencia, donde los que nos quedamos pasmados y estupefactos somos quienes la observamos.

Si pensamos que la acción torpe encubre inconscientemente la ignorancia de la acción adecuada, el estúpido estaría disimulando, negando o según Cipolla ignorando una incapacidad. Tal vez podríamos pensar que a veces las personas por preferir sentirse activos, no se dan cuenta de que son “estúpidas”.

---

1 Cipolla, Carlo M., “Las leyes fundamentales de la estupidez humana”. En: *Allegro ma non Troppo*. Lampre Editoriale. E-Books. (1996)

Como dije antes, forma parte de la condición humana, así como las fallas y los errores, por lo cual no es en sí misma condenable, sino que lo preocupante es la negación de su existencia y del poder destructivo que ese accionar acarrea.

Cipolla destaca con énfasis algo que debería ser una señal de alerta, y es que las personas capaces de grandes estupideces acceden a sitios de poder, según él porque hay igual proporción de gente que las apoyan. Pero lo grave es que desde esos lugares producen numerosos daños con su accionar. Cuanto mayor es el poder, mayor es el daño. A mayor poder más daño, lo que lleva inevitablemente según este autor a un empobrecimiento de la sociedad en su conjunto.

Esta historia está plagada de acciones que calificaríamos de estúpidas. ¿Qué sostiene este accionar carente de toda inteligencia, que incluso lleva a la necia repetición de la torpeza?, ¿es sólo explicable por la ignorancia de la cualidad de la acción?

Creo que cuando intuimos que podemos quedar descolocados por nuestras estupideces, fruto de algo que deberíamos haber aprendido, o no nos dimos cuenta, sentimos vergüenza. Ese sentimiento generado por nuestro ego lastimado o por nuestro yo menoscabado en su autoestima, lleva muchas veces a la negación del error, lo que obtura el camino del aprendizaje y nos condena inevitablemente a la repetición. La vida es un eterno aprendizaje, porque es cambio, movimiento, tolerancia, adaptación y sobre todo el desarrollo de la capacidad de mejorar, superarnos y crecer como personas. Para mí es preferible el peor error de quien tiene el deseo de aprender, que la menor torpeza de un soberbio o de un necio. Sé que suena categórico, pero tantos años trabajando con las dificultades humanas para aprender y cambiar me han llevado a esta opinión.

Otra cuestión muy diferente es que lo que para la conciencia es estúpido, para nuestro inconsciente es a veces la única forma de expresar algo que nos pasa.

Una enfermedad de cualquier tipo es para la conciencia “una falta de inteligencia”. Si pudiéramos elegir todos querríamos tres cosas, como dice la canción: salud, dinero y amor. Pero como dije antes, nuestro inconsciente hace que nos expresemos en modos que para la conciencia son una tontería sin sentido, a tal punto que por eso a veces nos negamos a aceptarlos como nuestros y preferimos pensar que es algo que viene de afuera, del destino o de la fatalidad. Enfermarse es una forma “tonta”, podríamos decir que para la conciencia es “estúpida”, pero a veces es la única que tenemos para expresar un conflicto o una crisis.

Además de la vergüenza, otro aspecto que obtura el aprendizaje, es la culpa que lleva a las disculpas. Cuando son producto del reconocimiento del error, son expresión de quien se hace cargo, pero cuando se usan para disimular o minimizar la equivocación, nuevamente conducen al camino de la repetición del error.

Ojalá pudiéramos disfrutar de aprender, superando la herida narcisista que nos produce no saber, maravillosa cualidad humana que está tan dañada por la falta de vocación y compromiso de muchos de los que tienen la obligación de estimularla: padres, educadores, representantes de la cultura en general. Aprender, ese acto de curiosidad innata, del pequeño investigador que es condición preciosa y preciada de la niñez, que es tan necesario regar y estimular, cualidad que deberíamos poder mantener toda la vida. Aprender de nosotros mismos, para ser mejores personas. Aprender para dedicarnos como leí alguna vez como en tantas ocasiones me sucedes de no recordar quién lo dijo pero sí el contenido,

no solo a dejarle un mundo mejor a nuestros hijos, sino a dejar mejores hijos a nuestro mundo.

## **Sentido Común**

Se dice que “el sentido común es el menos común de los sentidos”. Aunque sería deseable que los seres humanos hiciéramos uso de ese “buen juicio natural”, que también hace a nuestra condición humana, así como se refleja con mayor frecuencia en el modo de pensar y proceder de las personas.

Es una coincidencia significativa que “cultura” se origine en la palabra “cultivo”, y que aluda a los conocimientos que permiten desarrollar un juicio crítico. Es decir que cuanto más cultivamos la cultura, más nos alejamos de la falta de inteligencia, de la estupidez. Si la cultura también es lo que da cuenta del grado de desarrollo de nuestros conocimientos, costumbres y modos de vida, cultivar también las buenas costumbres es favorecer el sentido común y la capacidad de buen juicio.

Llamamos “sentido” a nuestra cualidad de recepción y reconocimiento de sensaciones y estímulos. Pero también el “sentido” tiene relación con la inteligencia, la razón, el juicio y el entendimiento. De todo esto dan cuenta dichos tales como: “tiene buen sentido de orientación”, “se sintió obligado a hacerlo”, “su conducta carecía de sentido”.

Lo esencial del sentido es eso: que es algo que se siente, se vivencia, lo digamos o no.

Común, es algo que no es privativo de nadie, que se extiende a varios. Está íntimamente relacionado con comunidad: “grupo de personas conectadas por algo general, que las une y/o las compromete”.

Entonces, cuando decimos que el sentido común no es

tan común como debería, en realidad estamos expresando sin darnos cuenta que es un síntoma de la progresiva pérdida del “sentimiento de comunidad”, del descuido en el desarrollo de la cultura, que ha ido deteriorando nuestras buenas costumbres y nos están haciendo perder progresivamente la capacidad de buen juicio.

Es alarmante la pérdida de la cultura y de las buenas costumbres en el diario vivir. La pérdida del saludo amable, de decir gracias, de pedir permiso, de tener un gesto de solidaridad con otro, esa cotidianidad de la convivencia que está tan descuidada. Porque educación también es cortesía y urbanidad.

Para lograr lo que es importante y mejor para todos, se necesita incluirlos a todos, sin embargo a veces esto se siente como un ataque a la individualidad, Pero el individualismo que define nuestra identidad no es el que se opone al bien común, ya que ese es necesario, porque aporta la riqueza de la diversidad y estimula el desarrollo de la capacidad de tolerancia de las diferencias.

## **Tolerancia - Intolerancia**

Quisiera reflexionar sobre un aspecto de la tolerancia en relación a esta historia. Hacer algo en la vida, que involucre a otros, implica capacidad de tolerancia, de paciencia y de espera. Cuando el proceso se desarrolla de manera adecuada y nuestra capacidad de tolerancia también es acorde, todo transcurre normalmente. Pero cuando las personas o la realidad se oponen al bien individual o común, se dispara nuestra intolerancia. Esto no es anormal sino que es la reacción lógica ante algo que atenta contra el buen juicio y nos perjudica.

Debo reconocer, y la historia así lo refleja, que mi sentimiento de intolerancia fue creciendo ante tanta estupidez. Pero esta intolerancia, ¿es condenable o tal vez es necesario que todos la expresemos ante aquello que se opone al bien individual o común?. Intolerancia a la burocracia inoperante que malgasta nuestros impuestos, a la inseguridad que cobra tantas vidas, a la falta creciente de cultura, a la mediocridad y así podría seguir en una larga lista de todo lo que se opone al bien común.

Sin embargo, creo que la tolerancia está insistentemente marcada en algunos aspectos y casi ignorada en estos otros que mencioné. Se ha trabajado, por ejemplo, para la aceptación de la diversidad sexual, religiosa o racial, pero en la vida cotidiana, en el tránsito, en la competencia deportiva, en la coexistencia de la convivencia pública, parecería que se acrecienta la intolerancia. ¿Qué pasará?, ¿no será que la proclama por la aceptación de las grandes diferencias no está verdaderamente resuelta y la intolerancia se desplaza a las pequeñas cosas?. Tal vez también la aceptación de ciertas diversidades es algo que “debe” hacerse porque está “bien visto”, no es políticamente correcto, pero detrás puede seguir existiendo un ser humano que oculta, disimula o se resiste a aceptar diferencias que aún no ha podido elaborar e integrar del modo más apropiado.

La realidad nos muestra que estamos muy lejos de convivir adecuadamente, viviendo en armonía.

Si la intolerancia es un problema, no menos preocupante es que toda persona que expresa no aceptar o compartir algo distinto a su parecer es acusado de discriminar. Es como si estuviéramos atrapados entre aceptar todo, para no ser catalogados de intolerantes, con lo cual se borra lo bueno de la diversidad, o defender la identidad individual a ultranza de

un modo categórico que resulta condenable.

Si la diversidad social no logra ser elaborada, derivará en una actitud de creciente hipocresía, cuyos auténticos sentimientos de rechazo a lo diferente seguirán expresándose en las irrupciones violentas que periódicamente se repiten.

El individualismo que se opone al bien común es el del egoísmo, donde quiero lo bueno solo para mí. Esa actitud es la que hace que eso deje de ser bueno no solo para los demás, sino para mí también. Lamentablemente, en nuestra época creo que asistimos además a un tipo particular de individualismo producto de la división entre buenos y malos. Lo bueno está en mí y lo quiero para mí, lo malo está en los otros y debe ser rechazado. Nos olvidamos de que en todos habita lo que consideramos bueno y malo, la diferencia es una cuestión de medida, de circunstancias, de oportunidades.

La necesidad de polarizar tanto las diferencias, también está relacionada con el creciente aumento de la violencia, la corrupción, la delincuencia, todo lo que ubicamos en lo malo. Entonces, para dejar en claro que no tengo nada que ver con eso me tengo que ubicar en la otra polaridad, lo cual ha llevado a una enorme fractura social. La creciente crisis de valores, la falta de reglas claras, la confusión de las normas, el "todo vale", el descreimiento en la justicia y la impunidad, junto con muchas otras cosas, que están mal o en crisis, han desmembrado el sentimiento de comunidad.

Somos como un cuerpo cuyas partes han perdido el sentido del todo y cada una actúa según su parecer, descoordinada y desinteresada del resto. El sentimiento del bien común es necesario en la familia, en los equipos de trabajo, en todos los grupos y en la sociedad en su conjun-

to. Pretender que exista sentido común sin sentimiento de comunidad es una contradicción. Recuperarlo es una tarea de todos.

Esta historia también es elocuente en cuanto a la pérdida del sentimiento del bien común, desde las flores que se roban, los troncos que caen descuidando el pavimento, hasta el agua malgastada que se dejó correr, todo ejecutado con una impune indiferencia, sin darse cuenta de que en una sociedad que viva en comunidad, el daño a uno solo de sus integrantes es un daño a todos.

Si tuviera que elegir una escena que resume trágicamente lo antes expresado, sería la de los obreros trabajando y los transeúntes pisando su labor. Un acto así es una expresión de un preocupante individualismo, falta de respeto e indiferencia por otro ser humano. Es como si los hubiesen pisado a ellos mismos. Ese es el individualismo que atenta contra el sentimiento de comunidad y es más que intolerancia pues es ignorancia del otro como semejante.

Hay personas que transitan por la vida indiferentes al trabajo de los otros, a su esfuerzo e incluso a su existencia, porque sólo piensan en sí mismos. Y para lograr su objetivo, como el deportista que pasó corriendo sin mirar el cartel de pare, pisotearán hasta el digno derecho de todo ser humano de ser respetado como individuo.

## **Síndrome MIA**

Gracias a una paciente escuché hablar por primera vez del Síndrome MIA<sup>2</sup>. El Dr. J. L. González de Rivera, español, Catedrático de Psiquiatría, describió una patología que denominó Trastorno por Mediocridad Inoperante Activa, (MIA) y dice que las personas que lo padecen no son conscientes de su anomalía. Según este autor la lucha entre mediocridad y excelencia es una dinámica inevitable. En los grupos humanos puede predominar la creatividad, el desarrollo y la superación mutua o la tendencia a la inercia, lo pre-establecido y la incapacidad para propiciar cualquier tipo de progreso o eficiencia.

Describe tres tipos de MIA: resumidamente diríamos que el tipo 1 es el conformista, el tipo 2 es el pseudooperante, en el cual lo típico es la hiperfunción burocrática, que intenta disimular la falta de operatividad y yo agregaría que hasta la crea o la fomenta y el tipo 3 es aquel que, desarrollando una gran actividad inoperante logra, debido a fallas de la estructura, sitios de poder y desde esos lugares es un verdadero destructor del progreso.

Realmente esta es una inmejorable descripción de la mayor parte de los actores de esta historia. Pero lo peor es que si los MIA abundan es porque las estructuras no sólo los habilitan sino que los seleccionan. El tipo 1 y 2 dominan en este relato. Los que se animaban a expresar algo de su conciencia de inoperancia no encontraban pares, compañeros en el sistema que los ayudaran, con lo cual terminaban sucumbiendo a él, como sucedió con la inspectora. Los jefes, claramente, son del

---

2 <http://www.lavanguardia.com/libros/20110919/54217593760/luis-de-rivera-el-mediocre-patologico-no-es-consciente-de-su-anomalia.html>  
- <http://www.mobbing.nu/GdeRivera-MIA.html>

tipo 3 porque teniendo poder para el cambio, se afirman en su mediocridad, no reconocen ni aceptan la raíz del problema (valga la casualidad de que además el problema eran las raíces) y siguen para adelante ejecutando sin sentido la tarea en su pequeña parcela de poder.

Es como si los MIA estuvieran infiltrando todo, y cuando algo se hace común corre el riesgo de convertirse en “normal”.

La mediocridad no sólo no se condena, sino que se está propagando.

Los griegos decían que había tres tipos de inteligencia: lo que se sabe porque se entiende, se razona; lo que se sabe porque se lo siente y lo que se sabe porque se lo ha experimentado. Es todo un arte y una madurez de la personalidad poder integrar adecuadamente las tres. Siempre lamenté que la riqueza de la experiencia no pudiera transmitirse más, tal vez porque tiene la cualidad de que la mayor parte se aprende cuando lo ha experimentado uno, no otro.

La inteligencia del sentir tiene cualidades que a mi entender son del sentir común y todos deberíamos compartirlas: amor, solidaridad, confianza, creo que es de corazones inteligentes vivir así. La inteligencia de la razón debería ser tan lógica como sus leyes y sin embargo vivimos cada vez más carentes de esa inteligencia. Cuando estudiaba psiquiatría aprendí que lo que llamamos locura es la razón de uno solo y la razón es la locura de muchos. Hoy me pregunto si no serán los cuerdos los que se quedan cada vez más solos y locos los que están tan masivamente acompañados.

Parecería que la sabiduría de la experiencia está cayendo en el olvido, el corazón en la insensibilidad y la razón ha perdido toda lógica, lo que nos deja expuestos al riesgo de quedar instalados en la complicidad perversa, el estupor paralizante o la condena de la desilusión.

## **Absurdas Contradicciones**

Desenmascarar también es exponer contradicciones en las formas de proceder de las personas, las instituciones o la sociedad, que se repiten una y otra vez sin la más mínima reflexión.

Llamamos coherencia a una actitud lógica y consecuente con una posición anterior. También se usa cuando los componentes de un conjunto aparecen en relación solidaria.

La respuesta del funcionario que me dice que no hay que sacar las raíces porque el trámite yo lo había hecho por el garaje y no por el colector, podrá ser consecuente con el reclamo anterior, pero es claro que carece de lógica., porque había aparecido un componente nuevo que modificaba las características del conjunto.

No hay coherencia sin reflexión, pero para eso los elementos nuevos que nos exigen cambios deben poder integrarse. Pero habitualmente se sienten como un elemento perturbador que rompe con lo establecido. Si la realidad, los hechos o las circunstancias cambian, también me exigirán cambiar a mí. Y si yo soy quien cambia, probablemente sienta la necesidad de cambiar algo de la realidad, pero para que funcione armónicamente deberá ser de un modo coherente.

Retomaré estos aspectos más adelante, al hablar de mi personaje.

## Yo como personaje

Para hablar de mi personaje no puedo dejar de evocar el tango “Uno”. *“Uno busca lleno de esperanzas el camino que los sueños prometieron a sus ansias, sabe que la lucha es cruel y es mucha pero busca y se desangra por la fe que lo empecina...”*. Es claro que ese tango alude a las luchas esenciales de la vida, a aquellas que hacen a la familia, la vocación, los ideales. Esos tantos “unos” que soy yo, él, ella, ellos, que luchan y siguen luchando.

No me imaginaba, cuando lo escuchaba en mi juventud, que tendría que destinar esa fuerza y ese empeño a cosas tan sencillas y cotidianas que deberían estar facilitadas por el progreso y la cultura si realmente fueran eso: progreso. El progreso es inseparable de la cultura, diría más, creo que es su propia esencia. A pesar de que al final gané esta batalla, debo reconocer con dolor que algo de mí ya no es lo mismo, no he vuelto a reponer las jardineras con flores, ni hice el trámite para plantar otro árbol. Es como si estuviera necesitando un respiro para continuar, que no es lo mismo que victimizarme.

Considerarnos víctimas de las circunstancias o de los demás, es una actitud muy frecuente ante los fracasos o los errores. Así las personas esperan obtener por la vía de la lástima la tregua que les permita alejarse de lo que deben conseguir o mantener por el esfuerzo propio, evitando también dejar en evidencia su incompetencia, su ignorancia o su omisión.

La mayor parte de las personas ante quienes realicé reclamos por incumplimientos en la historia relatada sobre el árbol, por responsabilidades que además eran inherentes a su función, terminaron colocándose en el lugar de víctimas

inocentes. En vez de resolver el problema, me contaban las penurias del suyo para justificar su incapacidad de realizar adecuadamente el trabajo que debían hacer y por el cual estaban cobrando. Esta actitud a veces inconsciente y otras veces conscientemente manipuladora, los saca del lugar de la culpa y/o de la responsabilidad, perdiendo así también una oportunidad para reflexionar y por lo tanto para cambiar.

Hay otro aspecto de la vida que tiene también su representación en la naturaleza, aunque no esté de manera específica presente en la historia del árbol. Se trata de la poda. Para que un árbol pueda crecer adecuadamente debe podarse, es decir renovar su follaje. Pero a veces también hay que hacerlo porque hay ramas torcidas, otras que desestabilizan el tronco o invaden espacios inadecuados. Raíces, tronco, ramas y follaje deben poder existir armónicamente integrados. Cuando tenemos que podar para salvar el árbol puede doler, pero es un dolor que vale la pena porque sino corremos el riesgo de que las ramas y el follaje torcido derriben el tronco y hagan tambalear sus raíces.

Como sucede en la naturaleza, en los grupos humanos, en las Instituciones y en la sociedad, a veces es necesario sacrificar la individualidad destructiva en favor del bien común. La excesiva complacencia con todo lo que conscientemente vemos que está mal, puede terminar como lo que sucedió con los árboles en Montevideo, al final hubo que arrancarlos de raíz después del costo de muchas pérdidas, incluso de vidas humanas.

Pero ¿quién se anima a despedir a un funcionario público?, ¿quién se anima a dar la pena máxima a un delincuente?, ¿quién controla la ética de los profesionales, de los que ocupan cargos de responsabilidad?, es decir, ¿quién “poda”

de verdad? No creo que sea por falta de autocrítica que nadie se anime a “tirar la primera piedra”, creo más bien que es por el miedo a que un día se la puedan tirar a ellos. Pero si queremos que las cosas cambien, es el único camino y si me toca el golpe de la piedra será merecidamente, deberé responder y responsabilizarme por ello.

Me digo a mí misma que aceptar el dolor de tanto “cambalache” de la vida, es lo que muchos llaman realismo, pero siento que cada vez más tras ese realismo está la sombra del desánimo y la desilusión. Quienes más creo que me rescatan de ese sentimiento son mis pacientes, todos esos “unos” que luchan por algo, como mis hijos y las personas que llevan la letra del tango en el alma, con ellos, como dice otra canción, “codo a codo somos mucho más que dos” cuando me invitan a participar de sus luchas.

Crecí aprendiendo que el resultado es producto del esfuerzo y lo sigo creyendo pero, ¿es necesario el esfuerzo que nos pone al límite de nuestras propias fuerzas para obtener aquello que en realidad son derechos y deberes inherentes a nuestra condición de personas, de ciudadanos, para la realización de acciones o proyectos que deberían estimularse y facilitarse en lugar de complicarse?

Pero la solidaridad humana también existe y todos los días vemos muestras de ella. Sin embargo algo impide que tenga más peso, más presencia. Tal vez se deba a que la solidaridad se expresa sin reparos ante una necesidad comunitariamente clara. Como si funcionara mejor con un norte bien definido, una meta bien identificada. Creo que la solidaridad que está en crisis es la pequeña, la cotidiana, la espontánea, aquella que yo debo identificar y actuar en consecuencia. Es como si se hubiera desorientado la brújula que nos guía

en el diario vivir, quizás porque cuando funcionamos como seres independientes se impone el poder de la brújula que marca con más fuerza el camino del individualismo.

## **¿Cambiar la apariencia o la esencia?**

El árbol representa en la vida todo aquello que cumplió una función o tuvo un sentido, en una época, pero que mantenerlo tal cual se convierte en un perjuicio terco. Un obstáculo que puede ser removido o una cualidad de nuestro modo de ser que puede ser remodelada o cambiada con más maña que fuerza, requiere un esfuerzo mayor cuando se deja pasar tiempo de más. El arraigo de lo que no es adecuado aumenta el daño ocasionado y también el dolor de modificarlo.

Sabemos que la línea recta es la distancia más corta entre dos puntos y que cuando queremos decir algo claramente lo mejor es “no andar con rodeos”. Pero muchas veces actuamos como la Compañía del Gas, elegimos el camino más largo con tal de no enfrentar el obstáculo. Me refiero al rodeo que es una postergación de lo inevitable, no al rodeo a veces necesario porque el momento no es ahora o no estoy listo y es mejor esperar la oportunidad propicia. El rodeo de la conversación postergada, del problema no resuelto, la actitud de cuando aparentemente creemos que avanzamos, pero lo que hicimos fue “esquivar el bulto”.

Cuando queremos solucionar algo a fondo, decimos “sacar o atacar el problema de raíz”, una cualidad curiosamente compartida en algunos aspectos por los cirujanos y los psicoanalistas. Sin embargo, las personas generalmente prefieren operarse a analizarse porque, claro, los cirujanos usan

anestesia. Incluso muchas veces al venir a terapia aclaran: “no quiero hablar del pasado, de mi infancia, quiero solucionar lo que me pasa hoy.” Es difícil que entiendan que hay problemas en la vida que nos horadan, nos corroen y nos dañan por dentro como las raíces del árbol. Cortar las ramas y el tronco es como una cirugía estética del alma, cambia la apariencia pero no modifica la edad.

Hay veces en que es necesario ir a fondo, a las raíces de nuestra historia, a esos añejos lazos del pasado porque son los que impiden el crecimiento y el desarrollo de nuestro presente, como arcaicas conductas y modos de ser que nos impiden avanzar porque son ataduras dañinas que nos estancan. Si no comprendemos esto, dejaremos lo que no nos gusta ver bajo la superficie, tapado, pero como me explicaron con las raíces, no se sabe si van a volver a salir a luz y romper otra vez el pavimento o si van a morir y hundirlo. Si los conflictos o problemas que nos ocultamos vuelven, generalmente lo hacen con más fuerza y daño, si mueren, a veces se nos va la vida con ellos.

Tal vez por esta necesidad de querer modificar sólo lo que vemos o lo que ven los otros, existe tanto auge de las terapias que trabajan en y desde la conciencia. Es cierto que al inconsciente también accedemos desde la conciencia, pero la intención que sostiene nuestros actos no puede modificarse por mera voluntad consciente. En realidad se trata de poder entender por qué la conciencia dice querer algo que no logra y el inconsciente consigue aquello a lo que nos oponemos. Resulta difícil de aceptar que lo que el inconsciente expresa es algo de nosotros mismos que muchas veces tiene más fuerza que el deseo consciente.

Si el ser humano no estuviera habitado por estas profun-

das contradicciones, todo se resolvería con manuales y consejos de cómo ser feliz, cómo criar a los hijos, cómo perdurar en pareja. Quizás tengamos la ilusión de que programando o protocolizando la vida recuperamos el control sobre ella y vamos a poder evitar el dolor, las fallas, la incertidumbre, el miedo, las luchas.

Viktor von Weizsaecker,<sup>3</sup> un autor alemán, decía en relación a la enfermedad “fuera con ella pero no de cualquier modo”. Con esto expresaba algo que en mi profesión veo a diario, y es que la enfermedad, por peor que sea, a veces es la única forma que la persona encontró para resolver, aunque de una mala manera, un problema o para expresar una crisis. La enfermedad puede ser vista como un desorden o como un nuevo orden. Restablecer el orden de la salud, que además nunca volverá a ser el mismo que el que era antes de la enfermedad, implica un movimiento interno profundo.

Las enfermedades pueden funcionar en la vida de una persona como el “orden” de quienes son desordenados: en ese “orden” personal ellos encuentran sus cosas, de otra manera no lo harían. Cuando lo comparten con nosotros, comenzamos un trabajo terapéutico en el que juntos construimos un nuevo orden. Debemos trabajar con cuidado ese desorden para no aumentar el daño y más si tenemos que ir a fondo. Evitar comportarnos como la cuadrilla que sacó el árbol, que dejaba caer con todo su peso los trozos de tronco que rompían la vereda porque, “total”, había que arreglarla. Es como si alguien conciente de sus problemas, por no enfrentar el arreglo con cuidado, aumentara el daño, para resolverlo después. Con ese criterio, no solo se rompió más

---

3 Médico, nació el 21 de abril 1886 en Meibom, Alemania. Entre sus obras se destacan: (1950) “Casos y problemas clínicos”; (1962) “El círculo de la forma”.

la vereda sino que además se partió un caño de agua que no estaba dañado.

A veces, no se tienen actitudes de daño concreto para con uno mismo, como en este ejemplo. Lo más habitual en las personas es dejarse estar, patear para adelante, como la funcionaria de OSE: si tenía agua y con cierta presión, no importaban los litros que se perdieran. Así derrochamos agua, habiendo tantas personas que la necesitan. O como cuando a pesar de que vivimos corriendo porque la vida es corta, derrochamos lo más vital de nosotros, que es la vida misma, malgastándola excesivamente en efímeras importancias.

Pero como bien le he escuchado decir al doctor argentino Luis Chiozza, lo que no avanza retrocede, no queda igual. A lo largo de estos años muchas veces han consultado pacientes que estaban mal, pero no tanto. Los que volvieron siempre lo hicieron estando peor. No es que no podamos curarnos sin ir al médico o resolver nuestros problemas sin ir al terapeuta, pero cuando la enfermedad no mejora y nuestros estados de ánimo o nuestros problemas no se resuelven, es porque solos no estamos pudiendo, entonces busquemos ayuda.

## **¿Conectados o Comunicados?**

Si hay algo importante a desenmascarar en esta historia, por su poder crecientemente destructivo, es la creencia de que estar conectados es lo mismo que estar comunicados. Hablé por teléfono fijo, por mail, por celular, por trámites en red. Cuando OSE vino a mi casa, intenté que se comunicara con la Intendencia, que la cuadrilla de los árboles lo hiciera con saneamiento y nadie me escuchó. Ni en persona logré hacerme entender. La incomunicación es una enfermedad

de la red humana, virulenta, contagiosa y mortal. Está matando lo más básico para la convivencia y para el trabajo en equipo, que es escucharnos.

Hay otro aspecto que pasa inadvertido pero complejiza aún más las cosas y es el avance tecnológico con lo concomitante de la rapidez de la información, cuando se cree que eso asegura la ejecución adecuada en la realidad material compartida. Digo información porque para que podamos considerarla comunicación debe integrar elementos que no están implícitos en los datos. Los protagonistas de esta historia no carecían de información, pero no supieron comunicarse. Es decir no pudieron integrar la información (trámites, expedientes), con nuevos elementos: lo que yo les decía y lo que la realidad les mostraba. Esa actitud les hubiese posibilitado, reflexión mediante, un accionar coherente, al servicio del bien común, y no solo el mío, porque el trabajo de todos y los costos económicos hubiesen sido francamente menores.

Pero, es lamentable, se impuso el individualismo y la estupidéz.

Gran parte de los conflictos humanos se producen por incomunicación, por suposiciones de lo que el otro piensa o siente, por malos entendidos que dañan los afectos y nos complican la vida. Esa es una tarea importante de la psicoterapia, la educación, la sociología, la política, yo diría de todos. Claro que para eso se requiere de tiempo y ganas. Si quiero aprender a comunicarme tengo que hablar. Muchas veces les digo a los pacientes: hago psicoterapia, no magia. Si alguien quiere aprender un idioma nuevo estudiándolo cuatro horas al mes difícilmente lo logre y si lo hace le llevará mucho tiempo. Sin embargo, cuando alguien consulta porque se lleva mal con su pareja, tiene problemas con sus hijos, su trabajo o le acaban de diagnosticar una grave en-

fermedad, pretende que lo ayuden a resolverlo en una hora por semana o como yo prefiero decir: ¡¡¡en cuatro horas en treinta días!!!

¿Por qué está pasando esto? Pensemos algunas hipótesis. Sigue existiendo el prejuicio de que hablar es peor: “mejor callate”, “no digas nada”, pero eso es así, si hablamos mal. Lo que sucede es que cuanto menos lo practicamos peor lo hacemos, entonces como no nos sale bien, menos lo hacemos y así se genera una bola de nieve. Comunicarse requiere, como dije, tiempo y trabajo pero estamos en la era de todo ya, fácil, aprieto una tecla y ¡Send! Esa inmediatez aumenta la incomunicación en las cosas que comprometen la reflexión o los sentimientos. Si a eso le agregamos la brevedad del sms, estamos completos, aunque esté más desarrollada tecnológicamente, la comunicación en algunos aspectos se parece el telégrafo de otras épocas.

Hoy se pretende resolver problemas de pareja y conflictos entre amigos por el sms. Recuerdo que un día recibí un mensaje de texto, felizmente equivocado, que decía: “Mamá murió.” Podrán encontrarse muchas explicaciones seguramente muy “lógicas” para esta actitud, pero desearía que el fin de una vida mereciera más que un mensaje de texto.

Era claro que los protagonistas de esta historia no tenían la más mínima intención de comunicarse porque creían que les iba a complicar su ardua tarea. Sin embargo, hubiese sido todo lo contrario. La vida se parece tanto a los teleteatros o mejor dicho los teleteatros reflejan tanto la vida porque si los protagonistas hablaran entre si, durarían muy pocos capítulos. Los productores de los mismos ganan dinero con esa forma de ficción. Salvo raras excepciones en las que no se puede apurar la ficción ni la vida porque las cosas a veces son complejas, en la realidad la postergación de la comuni-

cación es una de las formas de estupidez que tiene mayor costo.

Si creemos que un futuro mejor sólo es posible en base a la cooperación mutua y creativa con el objetivo del bien común, debemos aprender a comunicarnos.

## **Responsabilidad y Culpa**

Durante mucho tiempo, se decía que nuestra cultura occidental y cristiana acrecentaba patológicamente la culpa. Creo que se nos ha ido la mano tratando de aliviarla, porque ahora mayoritariamente se carece de ella. No se entiende cómo tantas cosas están mal si todos han hecho todo bien. La inimputabilidad no se aplica sólo a los delitos, parecería ser que se ha convertido en una actitud ante los errores de la vida. Es notorio este cambio de postura en las personas. Antes era más habitual que alguien consultara preguntándose por sí mismo, por sus acciones, hoy es más habitual que la infelicidad se sienta como producto de la culpa de otro. Creo que es tan dañino el exceso de culpa paralizante como la inocencia irresponsable.

La culpa no es otra cosa que la conciencia del daño, a veces evitable, a veces inevitable, pero con la consecuencia del dolor para uno y para otros. Ante esto, el camino del reconocimiento, el perdón y la reparación, cuando es posible, nos hace crecer y madurar como personas. En esta historia, la mayor parte de los protagonistas son culpables por acción, omisión o desinterés, pero nadie tiene la capacidad de reconocerlo. La cadena de disculpas no es otra cosa que quitarse la culpa: se perdió el recibo, el reclamo era por el garaje no por el colector, no importa que se rompa la vereda si igual hay que arreglarla, si el colector está roto ése es otro trámite.

Daño con conciencia, porque sabían, pero no les importaba saber. ¡Dos años demoró en hacerse algo que podría haber estado resuelto en dos meses!

En este punto quisiera reflexionar sobre otro aspecto, El refrán popular expresa que del dicho al hecho hay un gran trecho, es decir que de la idea a la obra realizada hay todo un recorrido necesario e inevitable, el camino de la materialización de nuestros proyectos. Durante dos años escuché a personas diciendo con convicción “haga el trámite y extraen el árbol”, “pague que es más rápido”, “le prometo que la semana que viene está terminado”, etc, etc.

No creo realmente que mintieran, creo que en realidad expresaban una intención o un compromiso sin ser conscientes de que carecían de verdadero sustento, porque no dependía solo de ellos cumplirlo.

Freud describe esta cualidad humana en lo que denomina “omnipotencia del pensamiento infantil”. El niño cree que basta solo con pensarlo para que sea realidad. Así se comportaban estas personas y así se comportan las personas muy frecuentemente, prometiendo algo que no saben si podrán cumplir, pero decirlo les da la sensación de que ya está hecho o de que lo van a hacer.

Tanto en el mundo de las ideas, así como en la realidad virtual, todo es posible, pero en la realidad material, evocando al mito de Prometeo, diríamos que “sólo nosotros sabemos cuales de nuestros sueños podremos convertir en realidad”.

Este divorcio entre la realidad virtual y la realidad material, entre el dicho y el hecho, nos está alejando tanto del compromiso con la acción efectiva, que es casi una utopía hablar de responsabilidad.

En la vida puede que me sucedan cosas de las que no

sea culpable, pero seguro habrá alguna forma de hacerme responsable.

Como psicoanalista este modo de encarar el trabajo terapéutico es realmente útil, porque es la actitud que siempre nos permite ser operativos. La culpa tiene el riesgo del dolor paralizante o puede transformarse también en una deuda impagable. Es muy frecuente ver parejas que ya no están unidas por el amor y lo siguen estando por la culpa. Callan su falta de afecto para no hacer un daño que los haría sentir culpables, pero no evitan ese sentimiento porque la culpa reaparece por el ocultamiento.

Ser responsable implica “hacerse cargo” total o parcialmente de algo, aunque no haya mediado ningún daño producto de nuestros actos. La responsabilidad es la acción de quien responde ante un pedido, un reclamo o ante algo que lo conmueve y le importa.

## **Parar para seguir andando**

Lo que sucedió ante el cartel de PARE cuando estaban trabajando, da para reflexionar mucho. Vemos a diario en el tránsito que no se respeta el cartel de PARE y hay accidentes. Parar tiene muchos sentidos y funciones en la vida. Debo parar, porque otro tiene preferencia o simbólicamente podríamos decir tiene más derecho que yo. Debo parar para pensar y reflexionar, como a mí me gusta decir: tener la capacidad de parar en la luz amarilla para que no nos sorprenda la roja. Parar con el individualismo, el egoísmo, la falta de respeto por el prójimo, por su trabajo. Saltar un cartel de PARE e ignorar a otro ser humano y a su trabajo, es la máxima representación de este creciente Ego occidental, que es cada vez más personalista, individualista, arrogante,

competitivo, dominante e insensible<sup>4</sup>.

Creo que todos somos responsables de esta realidad. Cuando una de mis colegas quería facilitarle el pasaje a los estudiantes que venían a clase sacando las cintas de PARE, en realidad quería evitarles un obstáculo cuyo sentido era cuidar el trabajo realizado. Muchas veces como padres y educadores procedemos equivocadamente así. Creo que las nuevas generaciones están mostrando en sus comportamientos las consecuencias de nuestra confusión entre autoritarismo y autoridad.

Ven el esfuerzo como el producto de una incapacidad para hacer las cosas más fáciles y no como el modo de lograr lo que se desea en la vida, como parte de un necesario proceso de aprendizaje, crecimiento y madurez.

Complicar lo fácil es estúpido, pero facilitarlo todo es acrecentar la ignorancia del valor de la experiencia.

A veces me he preguntado por qué seguí hasta el final, por qué no abandoné la lucha. Y la respuesta está en mis raíces. Era casi imposible que mi padre aceptara que algo no tenía arreglo. Con una manualidad envidiable lograba hacer la pieza de algún repuesto que ya no existía. Cuando mi hermana y yo queríamos que él no arreglara más algo, lo escondíamos o lo tirábamos. Mi madre es el ejemplo viviente de que nada se pierde y todo se transforma: un vestido pasaba a ser una blusa, una blusa un pañuelo. Sin duda, mi padre hubiera colaborado en cortar el árbol, en el pozo que debía hacer la Intendencia para arreglar el colector y nosotros hubiéramos guardado la leña que nos permitiesen. Pero era otro mundo, en el que poníamos la responsabilidad más

---

4 “Diccionario de los sentimientos”. José Antonio Marina y Marisa López Pena. Editorial Anagrama. Barcelona, Diciembre 2007.

en nuestros recursos que en lo que los demás “tenían” que hacer por nosotros.

Creo que darme por vencida hubiese sido dejar de creer en mí. Cuando mis hijos se quejan de la estupidez generalizada, de la falta de estímulos, de la realidad cada vez más desalmadamente competitiva, les insisto en que luchen. No porque niegue todo esto que rompe los ojos, sino porque dejar de luchar es dejar de confiar en ellos mismos y esa creo que es la peor derrota ante la creciente mediocridad. Dejar de luchar también es “callar y consentir tantas injusticias repetidas” como dice Eladia Blázquez en su hermosa canción.

Siento que muchos de los protagonistas que nos venden progreso es como si nos estuvieran engañando. Internet abrevia los tiempos, el celular asegura la comunicación al instante, transmitieron la creencia de que la tecnología iba a sustituir o aliviar nuestro trabajo y en parte es así. Pero nos han ido haciendo olvidar que la acción humana solo se mejora con la tecnología cuando se la utiliza con inteligencia, criterio y sentido común. Comportarnos como si la tecnología pensara por nosotros, nos está convirtiendo en parásitos autómatas que como seres hipnotizados vamos tras el último aparato “inteligente”.

No nos damos cuenta, como le escuché decir a alguien, que estamos retrocediendo del conocimiento, entendido como información integrada a la experiencia, a la información sola y lo que es peor, hemos llegado al mero dato que, aislado, carece de valor.

El vertiginoso avance de lo tecnológico nos impone un apremio en los cambios que no es posible procesar en este grado de vértigo. Se está produciendo además una peligrosa brecha entre la rapidez de los cambios tecnológicos y la lentitud de los cambios de la realidad. Podremos seguir el

camino de un expediente por Internet, pero no hemos podido abreviar el tiempo de su recorrido. Quienes no logran acompañar los cambios tecnológicos, se sienten desfasados del contexto, pero quienes se desviven por lograrlo sin reflexionar sobre la utilidad necesaria para ellos, pagan el precio de una robotización enmascarada, pretendiendo ser seres de “última generación”, como sus aparatos tecnológicos.

Además, la tecnología no puede avanzar separada del humanismo y de la ética. Todo esto daría para mucho más, pero aquí yo pondría un gran cartel de PAREN, porque la brecha que se está produciendo entre el desarrollo del hombre como ser humano digno de merecer la vida y una tecnología que lo deshumaniza, es cada vez más grande y peligrosa. Coincido con lo que leí de Hugo Burel en un artículo suyo, que lo más siniestro que tiene la tecnología es que desde el momento en que es creada está condenada a ser obsoleta. A veces cuanto más nos desvivimos por tener lo mejor, lo último, más nos alejamos de ser mejores personas, lo único que seguramente no nos hará obsoletos.

El encargado de la empresa de alquiler de baños públicos y el empleado, son claros representantes de las tres inteligencias descritas por los griegos: les importó lo que me pasaba, razonaron con inteligencia para buscar una solución en la que integraron su experiencia, se comunicaron en todo el sentido de la palabra y sin más trámites que su buena voluntad, actuaron eficientemente para que a las diez de la noche, fuera ya de su horario de trabajo, tuviera el baño químico en el garaje. ¡Qué bueno sería que estas personas tuvieran seguidores, pero no de Facebook o Twitter, sino de un modo de ser y comportarse en la vida!

¿Por qué escribí esto? Porque sentí que tenía algo para

comunicar, compartir, porque seguramente hay personas ávidas de reflexionar, pensar, cambiar ellas y la realidad que las rodea.

Antes de que este libro se publicara, uno de mis hijos, Rodrigo, el del chiste del árbol, me pidió para leerlo y me envió sus reflexiones, algunas de las cuales quisiera transmitir, porque son las de un joven de esta época y porque me estimuló que lo hiciera reflexionar.

*Me escribió: “Sos la autora de estas páginas, a la cual tengo el orgullo de llamar Mamá (reconozco que mi emoción no me permitió omitir esta expresión de elogioso afecto) y me has dicho, a lo largo de mis cortos veintinueve años de vida, que la única forma de salir adelante es luchar, trabajar, estudiar y no dejarme vencer por las actitudes de los demás.*

*Vivimos en un mundo donde los padres no se preocupan, ni se ocupan por guiar el crecimiento de las raíces que nacen de sus árboles, donde no hay comunicación, donde la falta de interés hace que esas ramas vayan para cualquier lado, que lamentablemente terminen en un colector, en una vida sin estudios, sin educación, sin preocupación por el prójimo y lo que es peor sin preocupación por sí mismos.*

*Muchas veces en mi vida, me he sentido cansado, vencido, desganado y hasta por fuera de un Sistema falto de comunicación y de estímulos para los que queremos progresar.*

*Todos llegaremos a un punto de la vida donde la poda es inevitable, pero si se vivió bien, todos se van a preocupar por saber dónde caen las ramas, van a sacar cuidadosamente el tronco y querer cada uno de ellos participar en la extracción, quedarse con algo de raíces, porque al fin y al cabo esas raíces fueron el principio de lo que, si se hace con amor, constancia y dedicación, dieron vida a un gran árbol”.*

¿Para quiénes lo escribí? Para todos los “Unos”, para aquellos a quienes casi como si se tratara de un ruego, desde el alma les escribió Benedetti:

“No te rindas, por favor no cedas, aunque el frío queme,  
aunque el miedo muerda,  
aunque el sol se ponga y se calle el viento,  
Aún hay fuego en tu alma, aún hay vida en tus sueños  
porque cada día es un comienzo nuevo”

¿Dónde lo escribí?, al lado de una estufa, al calor de la leña del árbol.

Gracias árbol, tu vida no ha sido en vano.



UNA MUJER COMO TANTAS



Fany Puyesky. Doctora en Derecho y Ciencias Sociales, Master en género, sociedad y políticas públicas, escritora, reconocida por su lucha a favor de la equidad de género. Una de esas mujeres imposibles de olvidar porque dejaron una huella imborrable en su paso por el mundo.

Mujer de profundas convicciones y carácter fuerte, que generaba sentimientos de aceptación o rechazo, pero era respetada y admirada por su capacidad de trabajo, de lucha y de compromiso con sus ideales. Apasionada, con esa combinación de idealismo y tenacidad característica de los luchadores. Defendía sus ideas con fundamentos claros, convincentes, con una capacidad dialéctica envidiable. Poseedora de un humor fino, irónico, que le permitía decir sus verdades de una manera que descolocaban a sus interlocutores.

Pionera en lograr cambios sociales para los que era necesario romper paradigmas fuertemente establecidos. Pero también una mujer sensible y profundamente humanista, como ella misma se definía.

Junto con la Dra. Rosario García, amiga entrañable y colaboradora, realizaron una labor de asesoramiento jurídico a tantas mujeres que lo necesitaron.

Compartimos muchas ideas y experiencias enriqueciéndonos mutuamente y elaborando todo lo que transmitimos en nuestras charlas, en beneficio de seguir construyendo la difícil realidad de la equidad, no solo de género sino de la dignidad humana.

Con admiración y gratitud este capítulo está dedicado a su recuerdo siempre presente.

Conocí a Fany por su representación como abogada en el divorcio de una íntima amiga, cuya historia, con su autorización, voy a relatar. Desde la primera consulta en la que estuve presente, me impresionó su cualidad frontal, incisiva, su decir claro y concreto. Motivada por intereses comunes, además de seguir relacionándonos por el proceso de divorcio de mi amiga, entablamos un conocimiento mutuo, que luego dio paso a una amistad y a un intercambio de ideas y experiencias.

Cada una desde su profesión, fuimos descubriendo que teníamos una mirada coincidente en determinados temas, lo que dio origen a una serie de charlas, conferencias y publicaciones que titulamos: “Los Costos Ocultos de los Problemas no Resueltos”. Para mencionar sólo algunas de sus presentaciones y publicaciones. El título da cuenta de las profundas consecuencias, que denominamos costos, tanto económicos como afectivos, fruto de la ignorancia o los ocultamientos que desde la constitución de una pareja marcan y hasta condicionan los problemas que surgen y sufren cuando se separa.

El intrincado e inadecuado entrelazamiento entre los afectos y el dinero, los ocultamientos mutuos de las convicciones y los puntos de vista o pareceres sobre estos temas en las relaciones afectivas, trazan una huella oculta en el recorrido de la relación, que al ponerse en evidencia en el momento del divorcio genera dolorosas y graves consecuencias que pagan uno o ambos integrantes de la pareja, e inevitablemente sus hijos.

Basadas en las experiencias de ambas, intentamos transmitir conocimientos que fueran herramientas para la

mejor solución posible en algunos casos y la posibilidad de que otros, eligiendo el camino de la información, el diálogo, el conocimiento y la verdad pudieran prevenir dolorosas consecuencias.

## **La Historia**

Alicia tenía 28 años cuando se casó con Juan. Era doctora en Química, había hecho su carrera con dedicación y esfuerzo, lo que le valió logros y muchos conocimientos académicos, pero su dedicación a los libros la apartó en parte de la vida, lo que la dejó carente de muchos de los conocimientos que aporta la experiencia. Provenía de una familia trabajadora de clase media para quienes lo prioritario era la educación, la cultura y el dinero era simplemente necesario, pero no un fin en sí mismo. Sabía que para ganarlo había que trabajar, pero poco o nada conocía de las complejidades de administrarlo.

Conoció a Juan por medio de unos amigos. Ingeniero divorciado bastante mayor que ella, había nacido en una familia de alto nivel económico, que por avatares de la vida actualmente sólo conservaba algunas rentas y el recuerdo de ese pasado bienestar. Fue amor a primera vista y junto con el amor llegó el deslumbramiento y la ceguera por la que tan alto costo pagaría después. Se casaron al poco tiempo y enseguida llagaron las dos hijas.

Al momento del casamiento, los padres de ella le regaron dinero de unos ahorros juntados con gran esfuerzo. Alicia se los dio a Juan, quien compró el primer auto ok que sería para los dos, aunque ella todavía no sabía manejar. Con un dinero de Juan compraron el primer apartamento donde vivirían, empleando las habilidades negociadoras de ella, que los sorprendieron con el logro de un negocio que les significó un buen ahorro. De ahí en más, Alicia aprendería a manejar la casa, a hacer cheques y a organizar lo suficientemente bien la “caja chica”, como para que el dinero luciera. Dividía su tiempo entre la carrera y la maternidad, haciendo malaba-

rismos porque Juan viajaba mucho y además era totalmente ausente en la colaboración con las tareas del hogar, “si necesitas ayuda, contrata a otra empleada”, era su estilo de apoyo.

El ingreso económico de ella le permitía pagar prácticamente la mayor parte del presupuesto familiar y el resto era ahorrado en una cuenta que Juan manejaba. Con la llegada de las hijas vino la necesidad de más espacio y compraron una casa cuyo contrato de compra-venta firmó sólo Juan, como sucedió con el auto, pero esta vez porque ella se quedó con las niñas. Una hermosa casa que necesitaba reformas que pagaron ambos, pero que Alicia supervisó más de cerca. De eso sí que sabía, ya que de adolescente fue la mayor de sus hermanos y siempre estaban haciendo algún arreglo en la casa familiar y ella participaba de las reformas.

Incluso se las ingenió para mandar a remate todo lo viejo que pudiera servir, de forma de obtener dinero y comprar cosas nuevas. La casa quedó hermosa, las hijas crecían, ella y Juan profesionalmente también. El destaque académico de Alicia entre otras situaciones desestabilizó a Juan y la pareja se fue deteriorando. Seguían unidos por las hijas y la dedicación a sus profesiones, pero el amor entre ellos se fue desgastando. Además Alicia era esencialmente emocional y si bien Juan era afectuoso con ella y con sus hijas, había momentos en los que era capaz de una dureza y una insensibilidad que la dejaban sorprendida y descolocada. Hasta la expresión de su cara se transformaba, como una vez en que entró, la encontró llorando y le dijo: *No soporto las mujeres que lloran*. Cerró la puerta y se fue.

Todas estas diferencias también los fueron alejando. Surgió así la posibilidad de la separación, que a pesar de algunos intentos de reconciliación, terminó concretándose. Juan tenía su abogado y su escribana desde hacía años y todo siem-

pre se había hecho con esos profesionales. Alicia consideró que no había inconveniente en que también se ocuparan del divorcio representándolos a los dos, además considerando que él le había dicho tantas veces: *¿Vos crees que yo sería capaz de perjudicarte?*, cuando ella le preguntaba por qué no estaba al tanto de cuánto ganaba él exactamente o del manejo de los ahorros. Ante esa respuesta, ella se sentía casi avergonzada por sus cuestionamientos y siempre le contestaba que creía que no, que no la perjudicaría y así terminaba el diálogo.

Lo que habían tenido afectivamente, mientras duró, fue bueno, lindo y prueba real de ello eran las hijas. Y lo que económicamente lograron fue con el esfuerzo de los dos. Juan se mostraba abatido y dolido por la firme decisión de Alicia de separarse, con el agregado de que era su segundo divorcio, lo que él sentía como un segundo fracaso. En medio de ese clima, Juan debía emprender un viaje importante. Días previos la llamó el abogado para conversar y le dijo que Juan estaba muy mal. Le pidió que alquilara un apartamento, se mudara con sus hijas y llevara las cosas imprescindibles mientras él estuviera de viaje.

Para Juan iba a ser menos doloroso y cuando regresara pondrían en venta la casa para que cada uno comprara algo para sí, y resolverían todo lo económico. Alicia, sacando fuerzas de donde casi no tenía, hizo lo que le pidieron por el afecto que aún sentía por Juan y también, en parte, por la culpa de ser la más firmemente convencida de que la relación ya había terminado. Al regreso del viaje de Juan, Alicia llevó a sus hijas a la casa para que vieran a su padre y se quedaran a dormir con él.

Cuando se durmieron y se quedaron solos, Alicia dijo que tenían que hablar de cómo iban a resolver lo económico

y poner la casa en venta. Juan le respondió que a ella no le correspondía nada, que no le iba a dar ni un ladrillo, que si se hubiese quedado con él todo hubiese seguido siendo de ella pero ya que decidió separarse se había quedado sin nada. Alicia volvió a reconocer en el rostro de Juan esa expresión de frialdad y dureza. Entre la sorpresa y la angustia logró decirle que todo era de los dos, a lo cual él le respondió que no, que estaban separados de bienes.

Ella respondió desde las entrañas: “Si es así, entonces ahora más que nunca me quiero separar, porque no podría seguir al lado de alguien como vos”. Salió de la casa bañada en lágrimas, me llamó por teléfono y se vino para mi casa. Hablamos con una amiga en común que era escribana y le contamos todo lo que había pasado. Alicia insistía una y otra vez: “¡Yo nunca me separé de bienes!”. Hasta que al otro día Beatriz, la escribana, le mostró un papel sacado de un registro estatal, con su propia firma, en el cual figuraba como separada de bienes. Alicia recordó que cierto día, poco tiempo después de casados, fueron a visitar a la escribana de Juan para “saludarla”, y que ella le dijo: “Ya que estás acá tengo unos papeles para que me firmes por la cuenta del banco, para que Juan haga trámites por los dos, así vos no te complicas con esas cosas”. Alicia firmó todo sin leerlo, por supuesto, porque ¿cómo iba a pensar que Juan sería capaz de perjudicarla?

Entre todos los amigos le buscamos un abogado y así surgió el nombre de Fany como la persona más indicada para un caso así.

La acompañé a la primera consulta y asistí en silencio con sorpresa al estilo de Fany. No sólo escuchó lo que Alicia le contó, sino que luego le realizó un largo y detallado cuestionario. Comenzó preguntándole a qué edad había

empezado a trabajar, cuánto ganaba, qué hacía con ese dinero, cómo había costado sus estudios, recorrió todos sus trabajos e ingresos, preguntando sobre el destino del dinero que había ganado, investigó sus conocimientos sobre cheques, cuentas bancarias, titularidad de bienes, separación de bienes, su información sobre el estado económico de su marido, el sueldo de él, el manejo del dinero conyugal, etc. Un verdadero recorrido biográfico de la vida económica de una persona. Algo muy familiar para mí en lo referente a otros aspectos de la vida de un paciente cuando lo entrevisto, pero no aplicado a su economía.

Cuando terminó, le dijo que volvería a verla para darle su opinión sobre los pasos a seguir, pero que quería hacerle una reflexión para que la pensara: “¿Así que usted es una persona académicamente destacada que trabaja desde los catorce años y que hoy, con cuarenta, no tiene nada a su nombre?”

Salimos y caminamos en silencio hasta mi auto. Nunca vi a nadie llorar tanto y tan profundamente como a mi amiga aquel día, pero esas lágrimas fueron el símbolo del inicio de un largo y doloroso camino de sufrimiento y aprendizaje. Lo que le sucedió a ella, así como a tantas otras mujeres o, mejor dicho, parejas, fue lo que charlamos largamente en esos tiempos.

## **La Ignorancia: “de eso no se habla”**

Hay un conocido dicho que expresa: “Dime cómo empieza algo y te diré cómo va a terminar”. Sin caer en una predicción con carácter de sentencia, es cierto que las cosas en la vida, así como la vida misma, tienen una finitud. Pero es importante tener presente que el modo en cómo empezamos algo ya contiene el germen de las características que condicionarán, la gran mayoría de las veces, su final.

Sabemos que todo en la vida tiene un costo, pero habitualmente lo pensamos más que nada en relación con los costos del mercado, con los costos objetivos, que nos podrán resultar caros o baratos según nuestras posibilidades de acceso. Pero nos olvidamos de que la mayor parte de las cosas en la vida no están pautadas por un costo determinado por la realidad objetiva, sino por el valor que le otorga la importancia que tiene para cada uno de nosotros. Seremos nosotros mismos los que decidamos cuánto “pagamos” por lo que nos importa.

A veces las circunstancias posteriormente nos muestran si el costo inicial que “pagamos” valió la pena o no. El costo entendido como el valor que le otorgamos a las cosas se aplica tanto a lo económico como a lo afectivo. De nuestras buenas o malas elecciones dependerá si pagamos el precio justo por lo que queríamos y del balance surgirá si valió la pena o no. Los costos que valen la pena no se refieren sólo a aquello que resulta positivo, sino también a algo que se pierde o se frustra, pero deja el valor de un aprendizaje. Es lamentable cuando al balance negativo y a un costo que hubiese sido evitable, se suma la incapacidad de aprender, lo que habitualmente lleva a la repetición del error.

Lo oculto, en realidad, no es algo que no se pueda saber,

generalmente es oculto porque consciente o inconscientemente no se quiere saber, lo que nos lleva al tema de la ignorancia. La creencia en la felicidad de la ignorancia es una ilusión a la que cuesta renunciar, la tendencia a pensar que si no sabemos vamos a ser más felices. La felicidad que la ignorancia proporciona es un bienestar efímero, porque se basa en un engaño propio o ajeno, que además probablemente termine trágicamente desenmascarado.

El mundo globalizado se caracteriza por el acceso a la información o, mejor dicho, le exige al ser humano estar informado. Tanto en el macro mundo, como en el micro mundo que habitamos, estar informados es un derecho pero también se ha convertido en una obligación. La información no siempre evita el error, pero proporciona mejores herramientas a la hora de tomar decisiones y nos previene de las equivocaciones. Salir de la ignorancia implica superar la vergüenza de no saber y tener la capacidad y la disposición de aprender, incluso del sufrimiento, transformándolo en un instrumento de ayuda propia y para otros, lo que proporciona un beneficio que disminuye costos, como después vamos a ver.

Superar, entonces, la vergüenza de no saber es aumentar la responsabilidad y por lo tanto la capacidad de ser potentes. Salir de la ignorancia es también salir del lugar de la inocencia y afrontar la cuota de culpa o de responsabilidad en todo lo que nos pasa, hacernos cargo de los fracasos en los que por acción u omisión siempre tenemos alguna cuota de participación.

La ignorancia y la inocencia están relacionadas con otro sentimiento importante y muy presente al inicio de una relación o de otros proyectos de la vida, que es la ilusión. Según su significado implica “la esperanza del cumplimiento

de algo que parece particularmente atractivo”, pero también así se designa a “la imagen o representación de algo irreal, causado por el engaño de los sentidos”.

No en vano se dice que el amor es ciego, tal vez porque sobre todo al comienzo se presta especialmente para que veamos la imagen de lo que deseamos y no lo que las personas o la realidad son. Si bien es cierto que de ilusión también se vive porque alimenta la esperanza, cuando se instala en su cualidad engañosa, nos aleja de la realidad y nos acerca a lo que después, al desenmascararla llamamos erróneamente “burla del destino”.

Veremos como pagamos un alto costo por aquello que preferimos mantener oculto y ese ocultamiento se transforma en un problema que permanece sin resolver, lo que acarrea la inevitable consecuencia de que cuanto más posterguemos enfrentarlo, más altos serán los costos.

## **Formación de la pareja**

En “La iniciación del tratamiento”, Freud (1913) decía que “el hombre civilizado actual observa en las cuestiones de dinero la misma conducta que en las cuestiones sexuales, procediendo con el mismo doblez, el mismo falso pudor y la misma hipocresía”.

La actualidad a la que Freud hacía referencia en su época, se ha perpetuado en una especie de atemporalidad que le otorga a esta afirmación una veracidad que permanece, porque está más relacionada con una cualidad humana que con una época. Cualquiera persona podrá oponerse argumentando que en nuestra época se habla mucho de dinero y de sexo, pero no se trata de cuánto, sino de cómo. A la forma de hablar es a la que se refería Freud y a la que nos referi-

mos nosotros: a un hablar profundo, sincero, sin hipocresía, especialmente en las parejas. Aún hoy, en mi trabajo como psicoanalista me sigue asombrando cuánto se ocultan mutuamente sobre estos temas las personas que conviven. El sexo se vive y el dinero se gana y se gasta, pero qué se piensa, qué se siente y muchas veces hasta lo que hace cada uno de ellos en estos aspectos de su vida es mayoritariamente silenciado.

Formar una pareja implica un afecto mutuo, un proyecto común y un diálogo compartido. Pero también, con o sin casamiento, la convivencia los instala en un nuevo estatuto legal. Si toda persona es por su condición de tal sujeto de derecho, toda pareja es por su condición de tal una sociedad con comunidad de bienes y dinero, independientemente de cuál sea el modo o la forma legal elegida.

Con Fany pudimos evaluar que en relación al sexo, algunas parejas más por motivos religiosos que por otros intereses, concurrían a charlas prenupciales. Pero en relación a su “sociedad de bienes y dinero”, no tenían ni buscaban ningún tipo de información. Solo en algunos casos en los que por existir bienes heredados, empresas en común, o participar en una empresa SRL o en una SA, lo económico estaba presente desde el principio y era tomado como un mero trámite que se deseaba sortear lo antes posible, sin conversar demasiado.

Lo más insólito es que esas cosas de las que tan poco se hablan van a formar parte de la existencia cotidiana. Chiozza<sup>5</sup> en su libro “Intimidad, Sexo y Dinero”, refiere que tanto el dinero como el sexo forman parte de lo que

---

5 Chiozza, L. (2013) Intimidad, Sexo y Dinero. ¿Alguien sabe quién soy? Ediciones del Zorzal. Bs. As. Argentina.

llamamos intimidad y que todas las personas mantienen frente a estos aspectos una combinación de transparencia y opacidad, pero esas actitudes deben ser adecuadas para tener “una intimidad saludable y una convivencia armónica”. No debemos olvidar que en los vínculos esa intimidad se hace necesariamente compartida, entre padres, hermanos, amigos y especialmente con la pareja. El modo de construcción de esa intimidad compartida se constituirá en un pilar fundamental de la pareja y la familia.

Veamos algunos aspectos del por qué de los ocultamientos.

Uno de ellos, a quien podríamos considerar “normal”, es un cierto sentimiento de invasión de esa intimidad y el temor de que al exponerla, el otro opine, participe o proponga cambios que se opongan a la comodidad de la modalidad en la que estábamos instalados. Otro aspecto también comprensible es que a mayor intimidad compartida mayor compromiso y ese es un proceso que lleva tiempo. A veces el ocultamiento es la expresión inconsciente de una barrera frente al compromiso y a la intimidad compartida, que si persiste funcionará como un reducto escindido del resto de la relación que puede llegar a crecer tanto como para que dos personas terminen convirtiéndose en extraños.

El otro motivo de ocultamientos que sí es particularmente nocivo, es que el dinero y la información son fuentes de poder. Cuando una pareja se inicia en la ignorancia de dos, es irresponsabilidad compartida, pero cuando una pareja se construye a partir de la ignorancia de uno, es habitualmente por omisión y/o comodidad de quien está ubicado en ese lugar de no saber. Pero también es cierto que si el otro integrante de la relación no expone esa situación es porque esos conocimientos le proporcionan algún beneficio o poder. Lamentablemente, las intenciones o los motivos de los oculta-

mientos y las ignorancias se hacen evidentes en el momento de las separaciones, lo que nos enfrenta a los dolorosos costos que deberemos pagar que serán peores cuánto más patológicos o perversos hayan sido los motivos.

Otro aspecto importante que perturba el diálogo es la sensación de “contaminación” de los afectos cuando comparten un lugar de importancia con lo material, con el dinero, sobre todo al principio de una convivencia o un casamiento, cuando los sentimientos están en primer plano. Pero en realidad, en esas instancias se habla de dinero para calcular los gastos de la convivencia o los gastos de un casamiento. Del dinero que no se habla es del que derivará en la administración de la economía familiar y en la propiedad de los bienes, el ahorro, las comodidades o el disfrute. Esta omisión lleva a una especie de disociación riesgosa y es así que vemos cómo en gran parte de las parejas, aún en las que la mujer tiene una actividad laboral rentable, la mujer queda ubicada en la “administración” de los afectos (sobre todo por el rol de la maternidad) y el hombre en la “administración” del dinero.

A pesar de todos los cambios culturales, los avances en la igualdad y en la equidad de género, el funcionamiento mayoritario sigue siendo así. Esta división es un hecho tan corriente que a la hora de la separación las mujeres generalmente reclaman dinero y los hombres reclaman sobre el espacio para el relacionamiento con sus hijos. Pero entonces, ¿qué sucedió?: ¿no deberían ser ambos, afectos y dinero fruto de lo que construyeron juntos, con criterios compartidos y por lo tanto con los derechos decididos por los dos?

## **Diferencias de género que marcan la relación con la ley y el dinero**

Veamos algunos aspectos de las diferencias de género entre el hombre y la mujer que están implicadas en el tema que nos ocupa.

En 1925 S. Freud, en su trabajo “Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos” dijo: “Los rasgos de carácter que la crítica ha enrostrado desde siempre a la mujer que muestra un sentimiento de justicia menos acendrado que el varón, y menor inclinación a someterse a las grandes necesidades de la vida; que con mayor frecuencia se deja guiar en sus decisiones por sentimientos tiernos u hostiles”.

Según hicimos referencia en nuestro libro “Mensajes del Cuerpo”, en el capítulo dedicado a Cefaleas en la Mujer, María Zulema Areu, destaca que el varón queda inmerso en el orden social de la igualdad y la justicia y la mujer ubicada en la relación madre-hijo, el cuidado de la prole, guiada por sus sentimientos como lo señalaba Freud. La autora, basándose en el análisis de estos y otros elementos, hace valiosos desarrollos sobre las cualidades del funcionamiento de la personalidad de la mujer. Ubica lo específico de lo femenino en el “sentimiento de misericordia” que se origina en un orden particular centrado en la relación de la mujer y su prole, ajeno al principio de igualdad, porque se basa en la asimetría y la desigualdad, dado que su preocupación es la supervivencia del desvalido (empezando por el bebé), el «miserio», el que sufre.

Como señala Areu, el funcionamiento del varón inscripto en el orden social, la justicia y la igualdad, se basa en el modelo “cerebral”, que se relaciona con los principios básicos de

la lógica de la razón; en cambio el funcionamiento femenino se basa en un modelo “cordial”, que guarda relación con otra lógica que sigue las razones y la ética del corazón.

Recordemos lo dicho por Pascal: “El corazón tiene razones que la razón ignora”. El desarrollo infantil, tanto en la niña como en el varón, va de la mano del despliegue de cualidades que los diferencian, mientras que en el hombre la rivalidad y la supresión del tercero ocupa un lugar central, en la mujer lo es la necesidad de amor y preferencia. Por eso cuando la mujer intenta su inserción en el mundo debe aceptar ingresar “a un mundo que no es el primariamente suyo: el mundo de la ley, (...) pero desea ser al mismo tiempo amada, dependiente y protegida, (...) y también desea ser respetada y reconocida como un ser social, responsable, competitivo y plenamente autónomo (...) el choque es muy violento y frente a la opción, la mujer con frecuencia, se encuentra sumida en un conflicto irresoluble”. Conflicto que nosotros pensamos que se ve acrecentado porque no sólo no sabe cómo integrar el orden de la justicia con el de la misericordia, sino porque al acceder al orden social supuestamente igualitario, general, justo y simétrico “todos los hombres son iguales ante la ley” descubre que lo que se enuncia en la igualdad normativa creada por y para los hombres es sólo un dicho (que abarca además solo a algunos hombres), porque la mujer ha estado y en parte sigue estando colocada en el orden social en el lugar de desigualdad y de asimetría.

Según la impronta de sus orígenes, o accede al orden social desde el lugar del “miserero” y pide misericordia (como en parte lo ha hecho históricamente), o accede al orden social haciendo que se cumplan sus principios, lo que le dará el lugar que tiene de “pleno derecho”. Tendrá pendiente aún y

ese es un gran desafío para la mujer, lograr un orden social de igualdad, simetría y justicia pero que integre en su legalidad también la misericordia.

La necesidad de amor y protección de la mujer es herencia no sólo del desvalimiento (compartido con el varón) en el desarrollo temprano, sino que luego es reforzado por su relación con el padre y su identificación con la madre. Sus deseos e intereses sociales vienen de haber tomado al varón-padre como modelo y desear acceder al orden social del que él participa. Desde su deseo de ser amada y protegida queda ubicada en un lugar pasivo, pero en tanto quiere acceder al ser social integrando el mundo al igual que el varón, debe desarrollar una cualidad activa.

La mujer ha ido cambiando en la cultura occidental mucho más que el hombre: el acceso a la formación universitaria, la participación social y política iniciada con el voto hasta llegar al total protagonismo de los elegibles y el control de la natalidad, han sido algunos de los hitos históricos que dan cuenta de esta evolución. Pero si recordamos el modelo identificatorio materno del cual partió la mujer, coincidimos con Areu cuando expresa que se produjo un “quiebre” que nosotros llamaríamos proceso de “desidentificación”, o un abandono de “viejas identificaciones” con la mujer-madre doméstica, con una sexualidad exclusivamente procreadora.

Creemos que en una primera instancia la mujer transitó una seudoidentificación con el varón-padre, generador de dinero activo y social (reforzado por el control de la natalidad), pero al precio de la anulación de aspectos importantes y constitutivos de su femineidad. En la actualidad pensamos que la mujer estaría intentando desarrollar un nuevo modelo que integre sus diversos roles: lo femenino, lo social y lo

maternal. En lo social, como decíamos antes, se enfrentará al desafío de articular la igualdad con la misericordia. En lo maternal deberá preservar la dependencia necesaria del infante humano, sin precipitarlo al mundo, legitimando y permitiéndose otras formas de creación diferentes a los hijos y en lo femenino vivir el placer de la sexualidad que supere la culpa por la opción de la no-maternidad.

De todo lo expresado podemos comprender que el hombre, debido a su rol histórico, tiene una relación más cómoda y fluida con la ley y el dinero, aspectos de la vida para los que está mejor preparado. Incluso es más habitual que oigamos a un hombre que hable de su escribano o de su contador que a una mujer.

Para su integración social, la mujer ha tenido que ir aprendiendo a moverse en estos aspectos del mundo, a desarrollar más la lógica racional, objetiva y por lo tanto mucho más cercana al Derecho. También ha debido modificar su relación con el dinero, el ganarlo no implica solo gastarlo, sino que la enfrenta inevitablemente a participar en cómo manejarlo. Pero en el caso de la mujer, la diversidad de roles abre todo un espectro de posibilidades a tener en cuenta.

Aquella mujer que no trabaja fuera del hogar, habitualmente se mantiene en un manejo económico y una legislación que podríamos definir como más doméstica, delegando en la pareja el manejo macro económico de la familia. Se centra en la educación de los hijos y en el manejo de la caja chica. Las mujeres profesionales o con trabajos de protagonismos importantes, tienen comportamientos dispares. Algunas incorporan sus conocimientos económicos al funcionamiento de la pareja y se integran en igualdad de condiciones en el protagonismo de las decisiones. Otras no

aplican esos recursos aprendidos en beneficio del manejo económico conyugal o familiar.

Como vemos, hay una gran diversidad entre los hombres, las mujeres y entre las mujeres entre sí a la hora de constituir una sociedad conyugal de hecho y/o de derecho.

La única forma de evitar que esa disparidad no se transforme en desencuentros conflictivos y prevenir problemas futuros es la información y el diálogo. Si la pareja perdura, su funcionamiento será armónico y transparente. Si la pareja finaliza, los costos inevitables de la ruptura, serán menores.

Una de las propuestas que comenzamos a desarrollar con Fany fue la realización de charlas informativas, donde se hablara de estos temas aportando conocimientos sobre todo del marco legal que regula la sociedad conyugal, tanto en derechos como en obligaciones, y las diferentes implicancias de las opciones de la pareja.

Todo lo desarrollado hasta aquí está fundamentalmente dirigido a parejas heterosexuales, en las que basamos nuestro trabajo inicial. Pero una cuestión interesante a consignar es que las parejas homosexuales integran mejor el diálogo sobre el manejo económico y tienen mayor conocimiento de sus opciones legales. Sin duda la lucha por lograr el matrimonio igualitario y los hijos en esas circunstancias, los ha enfrentado inevitablemente a informarse, dialogar y decidir de común acuerdo.

## Separación o Divorcio: una instancia en la que es difícil dialogar “RUIDO”

*Ella le pidió que la llevara al fin del mundo,*

*él puso a su nombre todas las olas del mar.*

*Se miraron un segundo como dos desconocidos.*

*Todas las ciudades eran pocas a sus ojos,*

*ella quiso barcos y él no supo qué pescar.*

*Y al final números rojos en la cueva del olvido,*

*y hubo tanto ruido que al final llegó el final.*

*Mucho, mucho ruido, ruido de ventanas, nidos de manzanas que se acaban por pudrir.*

*Mucho, mucho ruido, tanto, tanto ruido, tanto ruido y al final por fin el fin.*

*Tanto ruido y al final...*

*Hubo un accidente, se perdieron las postales, quiso Carnavales y encontró fata-*

*lidad.*

*Porque todos los finales son el mismo repetido*

*y con tanto ruido*

*no escucharon el final.*

*Descubrieron que los besos no sabían a nada,*

*hubo una epidemia de tristeza en la ciudad.*

*Se borraron las pisadas,*

*se apagaron los latidos,*

*y con tanto ruido*

*no se oyó el ruido del mar.*

*Mucho, mucho ruido,*

*ruido de tijeras,*

*ruido de escaleras*

*que se acaban por bajar.*

*Mucho, mucho ruido,*

*tanto, tanto ruido.*

*Tanto ruido y al final...*

*Tanto ruido y al final...*

*Tanto ruido y al final la soledad.*

*Ruido de tenazas,*

*ruido de estaciones,*

*ruido de amenazas,*

*ruido de escorpiones.*

*A pura realidad*

*Tanto, tanto ruido.*

*Ruido de abogados,  
ruido compartido,  
ruido envenenado,  
demasiado ruido.*

*Ruido platos rotos,  
ruido años perdidos,  
ruido viejas fotos,  
ruido empedernido.*

*Ruido de cristales,  
ruido de gemidos,  
ruidos animales,  
contagioso ruido.*

*Ruido mentiroso,  
ruido entrometido,  
ruido escandaloso,  
silencioso ruido.*

*Ruido acomplejado,  
ruido introvertido,  
ruido del pasado,  
descastado ruido.*

*Ruido de conjuros,  
ruido malnacido,  
ruido tan oscuro  
puro y duro ruido.*

*Ruido qué me has hecho,  
ruido yo no he sido,  
ruido insatisfecho,  
ruido a qué has venido.*

*Ruido como sables,  
ruido enloquecido,  
ruido intolerable,  
ruido incomprendido.*

*Ruido de frenazos,  
ruido sin sentido,  
ruido de arañazos,  
ruido, ruido, ruido.*

*Joaquín Sabina -1994*

Todo final de un proyecto de pareja implica inevitablemente un fracaso afectivo y un empobrecimiento económico mutuo.

Aunque se llegue a la separación con el convencimiento de que continuar es peor, el proyecto original fracasó y eso es una frustración, que es vivida inevitablemente como una pérdida. Toda pérdida implica un duelo, que si es normal posibilitará la resolución vínculo, la superación del dolor y la aceptación de las pérdidas. Cuanto más adecuadamente se transite ese proceso de duelo, con mayor rapidez se podrá reconstruir la vida.

En lo económico, no es lo mismo la ganancia del trabajo con un producto compartido que repartido, por lo cual siempre hay una cuota de empobrecimiento inevitable.

Si el final se resuelve bien, ambos asumirán su frustración, su cuota de dolor y de pérdida económica e intentarán también que los hijos sufran las menores consecuencias del proceso. Generalmente esto se logra mediante negociaciones que posibiliten divisiones económicamente justas y afectivamente menos costosas.

Recordemos que “negociar” es tratar de que dos o más personas resuelvan un asunto y que se saque una ganancia o ventaja, que si es adecuada será la mejor para cada uno. La negociación implica, además del menor costo emocional y económico, un tiempo menor. Todo juicio conlleva a mayores costos en los tres aspectos.

No perpetuar problemas evitables es de enorme importancia en este mundo que apremia en tiempos y en adaptación a los cambios. Prolongar los conflictos es además emocionalmente desgastante, de una energía que se distrae de recomponer la vida propia.

Un fracaso de un proyecto afectivo es sin duda una cri-

sis y como toda crisis, es también una oportunidad para reflexionar y aprender.

Como lo experimentamos con Fany, las parejas en las que la negociación fue posible quedaron con las menores heridas del final y en las mejores condiciones para recomenzar, pero lamentablemente las cosas no suceden así en la mayoría de los casos.

Veamos algunas de las formas más comunes de enfrentar inadecuadamente un fracaso.

### **La búsqueda del culpable**

Esta es la actitud más frecuente, ¿quién tiene la culpa de que las cosas salieran mal? La frase habitual es “no creí que fuera capaz de hacerme esto”. Este camino puede dar lugar a una serie interminable de reproches, porque como seguramente se han cometido errores, la búsqueda lleva a tratar de encontrar quién cometió el error peor. El sentido de esto no es sólo responsabilizar al otro, sino cobrar de alguna manera esa culpa, la mayor parte de las veces capitalizando el daño en un rédito económico que va más allá de lo justo.

### **La condición de víctima**

Es inseparable de lo anterior. Quien se coloca en el lugar de víctima no lo hace desde el enojo sino desde el desvalimiento y pretende obtener por vía de la lástima, lo que no obtendría por el camino del enojo. A los efectos de una posible negociación presenta tantas dificultades como lo anterior.

## **Me separé: me liberé**

Esta es una reacción más maniaca y omnipotente, es la contracara del dolor y la pérdida, salir triunfante, encontrar los motivos para ver en el fracaso un beneficio, aunque más no sea la liberación, negando así cualquier posibilidad de algo bueno que pudo haber existido y que duele perder.

Estas actitudes descriptas, cuando se instalan de un modo permanente son indicios claramente patológicos ante la separación.

Sin embargo muchas veces forman parte de diferentes momentos del proceso natural que puede evolucionar favorablemente y que podríamos resumir así.

Se puede comenzar desde el enojo: ¿por qué me hizo esto?, para luego transitar por el dolor y sentir que nunca creí que esto me podía pasar. Quizás en algún momento, para evitar el dolor se puede decir: “¡Y bueno, sola voy a estar mejor!”, hasta llegar a la pregunta que inaugura la reflexión y el aprendizaje: “¿Por qué me pasó esto a mi?, ¿Qué tuve que ver con todo lo que sucedió?, ¿Dónde está mi cuota de responsabilidad?”

## **En el final, el dinero y los afectos vuelven a juntarse. “Ahora de esto sí se habla”**

Los motivos de finalización de una relación pueden ser muchos, pero aunque las discordias iniciales luego se encaminen adecuadamente, el clima afectivo siempre es tenso, doloroso y con mayor o menor enojo, pero siempre difícil. No podemos dar cuenta de todas las variables y los diferentes desenlaces, pero vamos a hablar de los aspectos más comunes.

Si el amor, como dice Chiozza, puede estar contaminado por una relación insalubre con el dinero, mucho más lo está, cuando el amor desaparece o cuando se transforma en odio.

Un hecho importante es que los profesionales que intervienen en el momento del final de una relación para comunicar lo que las personas deben inevitablemente saber, hubiese sido deseable consultarlos para disponer previamente de esa información. Todo lo que estuvo oculto sale a luz y con ello sus costosas consecuencias.

Pocas son las parejas que saben resolver los afectos en el terreno de los afectos y lo económico en el terreno de lo económico.

En lo afectivo no todas las personas están preparadas para tolerar el dolor del desamor. Amar o dejar de amar es una opción y una posibilidad de todos en la vida, sin embargo hay quienes creen que el desamor debe ser castigado, como si fuera una traición. La vida en pareja es difícil, las personas cambian y en esos cambios pueden encontrarse y unirse más o distanciarse. Pueden encontrar también a otra persona que se acople mejor a quienes hoy son.

Cuando en la separación los integrantes de la pareja se enfrentan a la instancia legal, la sorpresa para ambos no es solo descubrir que el otro pensaba o sentía diferente en muchos aspectos, sino que la ley, a la hora de dirimir diferencias, no legisla basándose en la organización que ellos tenían de hecho (aunque en parte es tomada en cuenta), sino en la que para la justicia funciona de Derecho. En los finales es cuando más evidente se hace la diferencia entre lo que el dinero es y lo que el dinero representa para cada uno.

El enlace nocivo más habitual es: daño afectivo, reparación económica. La mujer porque reclama desde su dolor y el hombre porque no quiere pagar también desde su lugar

suficiente. Cuando además en alguno de los dos está presente la culpa, el enlace se refuerza y el costo sube tanto de quien se siente con derecho a cobrar como de quien cree que tiene que pagar.

Otra modalidad del conflicto está relacionada con la productividad que haya tenido cada uno de sus integrantes, es decir ¿cuánto ganaba cada uno? La tendencia es a valorizar más el trabajo remunerado que el no remunerado, como el doméstico, aunque sea productivo. La mujer que se dedicó a su hogar recién toma conciencia de lo que eso vale en dinero y siente que lo merece, pero ella quiere cobrar en billetes lo que nunca cotizó y él no quiere pagar en dinero lo que siempre tuvo gratis. Todo esto lleva al litigio por el derecho a la pensión en la mujer, muy controvertido según cada caso.

La mujer que trabajó y aportó, tiene la situación más pareja, además porque va a seguir siendo productiva. En estos casos generalmente es la pensión de los hijos donde se centra la diferencia: el hombre quiere compartirla y la mujer considera que debe pagarla el hombre para no acrecentar sus gastos. Lo cierto es que derechos y obligaciones ante los hijos son de ambos y es justo que así sea, más allá de algunas inevitables diferencias.

Las separaciones se complican y mucho cuando la sociedad conyugal ya era complicada, despareja, tanto en matrimonio como en concubinato.

Existen muchas situaciones en que la titularidad de bienes no es concordante con la realidad económica individual de cada uno de los integrantes de la pareja. Hay numerosos motivos empresariales y financieros que sostienen esta discordancia.

En estos casos es donde el relacionamiento adecuado y honesto de la pareja es fundamental para evitar juicios lar-

gos y difíciles, pero también son las situaciones que se prestan para las mayores acciones perversas y hasta delictivas de cualquiera de los cónyuges.

Si es admirable lo que el ser humano es capaz de hacer por amor, también es despreciable lo que es capaz de hacer por odio.

El fugaz encuentro amoroso que refiere la canción de Sabina es una melodía agradable, generosamente romántica: “él puso a su nombre todas las olas del mar”. Aunque también el fino e irónico humor de su autor ya presagia el final, “se miraron un segundo como dos desconocido (...) Ella quiso barcos y él no supo qué pescar. Y al final números rojos”. Volviendo sobre lo dicho, los inicios pautan los finales, pero la separación siempre es “Ruido”, “*porque todos los finales son el mismo repetido*” que va desde el ruido de reproches y mentiras, hasta el ruido escandaloso, envenenado de escorpiones. “*Tanto ruido y al final por fin el fin, tanto ruido y al final, la soledad*”.

## **Las víctimas inocentes: los hijos**

Con un divorcio o una separación se termina mucho más que una pareja, se termina un mundo habitado por personas que hasta ese momento eran una familia. La pareja generalmente está más inmersa en su finalización que en los hijos. Los hijos están entre el dolor y la incertidumbre, tratando de entender porqué pasó lo que pasó, pero también temiendo que el divorcio de la pareja, sea un alejamiento de tal magnitud que pueda ocasionarles a ellos la pérdida de alguno de sus padres. Son pocos quienes protegen a sus hijos de esta abrupta entrada al mundo adulto en sus aspectos más dolorosos. Muchas veces no poder hablar entre ellos tam-

bién les dificulta hablar con sus hijos y su propio proceso de duelo no les permite contener el de ellos. Están quienes desde la sinceridad y el dolor hacen lo mejor que pueden, lo cual, aunque no evita el sufrimiento, lo hace más comprensible y tolerable.

Las situaciones más traumáticas y dañinas se dan cuando los hijos quedan en el lugar de rehenes, en el medio de los reclamos afectivos o económicos, cobrando o pagando en dinero tiempo para estar con ellos, lucha por tenencias, visitas, etc. No hay que olvidar que a los hijos se les impone una realidad que no eligieron, que implicará además la existencia de dos casas entre las que deberán “viajar” en un sistema impuesto.

Es prácticamente imposible que los hijos no estén al tanto del conflicto de los padres, el asunto es hasta qué punto. La realidad varía desde la participación inevitable, hasta el involucramiento de carácter partidario donde el hijo queda colocado en un lugar de juez. Es el peor de los lugares, porque ¿cómo puede un hijo absolver o condenar a uno de sus padres si los quiere a ambos?

En otros casos se desplaza sobre alguno de los hijos el rechazo a la pareja, lo que lleva a la confusión del rol del hijo y a un involucramiento más dañino aún. Hay tanto ruido del final, podríamos decir parafraseando a Sabina, que no permite ver la *“epidemia de tristeza”* en los hijos.

### **¿Ganar o perder?**

Luego de un fracaso, los balances se imponen. Y lo digo con convicción porque el que culpa al otro, tanto como el que se victimiza o el que dice que no le importa aunque pueda ser inadecuado, llegaron a esa conclusión porque im-

plícitamente hicieron su balance.

Cuando una separación termina en un acuerdo negociado los costos de todo tipo son más parejos, el tiempo perdido es menor y el proceso de duelo será menos traumático para todos, especialmente para los hijos. Se estará en mejores condiciones de continuar la vida.

Es habitual, cuando la resolución es por juicio, que se hable de ganar o perder. Desde la objetividad del fallo legal esto es correcto, pero desde la vida de los protagonistas no siempre el que aparentemente gana, gana, ni el que aparentemente pierde, pierde. Además, generalmente estos términos se usan para el resultado económico y la realidad humana de los protagonistas es mucho más que el producto de ese fallo. El término “ganar” a veces tiene el sentido de “se hizo justicia”, pero muchas veces esconde un sentimiento de triunfo que es producto de la satisfacción de otros deseos.

Quien estaba pendiente de lo económico como el reparto de un justo producto y un respaldo necesario, sentirá que lo obtenido le permitirá seguir adelante. Para quien el dinero representa seguridad porque no sabe cómo ganarlo y no quiere perder el “poder” que el dinero le otorga, ganar será la satisfacción de esos sentimientos.

En el resultado económico está también quien intenta compensar la soledad con dinero entonces siente que si lo obtiene gana la compañía que éste representa.

La soledad a veces es una pérdida que puede capitalizarse como una ganancia cuando logró finalizarse un vínculo claramente patológico.

Podríamos resumir diciendo que “gana” quien aprende de la experiencia, quien transita por el dolor y la soledad pudiendo vivir el duelo, quien resuelve el final pagando los menores costos posibles en todos los aspectos, quien se hace

cargo de su cuota parte, porque un fracaso de pareja es siempre de dos y quienes cuidan de que sus hijos superen un cambio trascendental en sus vidas con las menores consecuencias.

## **Reflexiones sobre la historia de Alicia**

Podríamos decir que en el principio de la historia de Alicia ya estaba escrito parte del final. Vemos claramente algunos de los aspectos de los que hablamos. Alicia estaba instalada en la ilusión y la ignorancia, no sintió inicialmente la necesidad de saber y así se comportó gran parte de su matrimonio. Quizás por eso cuando se enfrentaba con las verdades siempre representaban duros golpes que la agarraban desprevenida, porque a su ignorancia se sumaba la ingenuidad y el engaño de la ilusión. En algunas cosas vivía como su nombre sugiere, en un país de maravillas o en un mundo de ilusiones. Juan no solo estaba instalado en la opacidad, sino en el ocultamiento. Un destacado profesor de Derecho de Familia con quien Fany hizo una consulta por su caso le dijo: “Señora usted no se está divorciando de alguien enojado por el abandono que quiere perjudicarla, usted se está divorciando de alguien quien desde el mismo momento en que se estaba casando con usted estaba preparando la posibilidad de divorciarse”.

La asimetría en la construcción de la pareja era enorme, Alicia puso dinero, trabajo y transparencia, Juan puso dinero, trabajo y ocultamiento. Qué diferente hubiese sido la historia si Juan le hubiese planteado la separación de bienes, si le hubiese preguntado. Pero la contracara de la ingenuidad de Alicia era la necesidad de poder de Juan que seguramente enmascaraba otras inseguridades.

La relación y la historia cambia cuando Alicia empieza a sentir que puede, cuando progresivamente comienza a ser protagonista, aprende y saca a luz cualidades útiles de su historia que pone al servicio del crecimiento de la familia. Pero para participar más, necesita saber más y comienza a preguntar, lo que desestabiliza a Juan, quien podríamos pensar que percibe en este crecimiento una amenaza, entonces concede, pero la limita a la administración de la caja chica. Cuando Alicia insiste en saber más, Juan responde transformando el deseo de saber de ella en desconfianza, y el ocultamiento, en reproche.

Veamos desde una perspectiva psicoanalítica algunos aspectos que ayudan a entender esta trágica historia. Me referiré a los que se desprenden de la interpretación de lo relatado, ya que una mayor profundidad requería incorporar otros aspectos de mayor intimidad.

Alicia inicia su vida de pareja desde un lugar claramente infantil. Cuando le entrega a Juan el dinero regalo de sus padres, sin saberlo se entrega ella en una incondicionalidad que es casi una depositación de su vida en la de otro. Se instala en la ignorancia, la ingenuidad y la ilusión a la que hacíamos referencia. Inicia así su vida llena de ilusiones sostenidas en creencias producto de sus esperanzas, no de saberes producto de la experiencia. Simbólicamente, no sabía no solo cómo manejar un auto sino que tampoco sabía conducir su vida en algunos aspectos, y Juan tenía “demasiada carretera”.

Además probablemente para él, como decíamos, el dinero era la fuente de poder en la que escondía inseguridades fruto de su historia económica y de él mismo. ¿Quién era él sin dinero? El dinero como representación del poder que pretendía tener sobre Alicia queda claramente expuesto en sus palabras finales: “Si se hubiese quedado con él todo hu-

biese seguido siendo de ella, pero ya que decidió separarse se había quedado sin nada”. Esta utilización del dinero en los vínculos como forma de manipulación y sometimiento, no es exclusivo de las parejas se ve con mucha frecuencia en otras relaciones como la de padres e hijos.

A pesar de su deseo de saber, Alicia alternó siempre entre el conocimiento y la ignorancia sostenida por una ingenuidad que no quería o no podía afrontar el dolor de perder: recurre a los mismos abogados y se muda de casa, abrumada también por uno de los cuatro grandes gigantes que perturban nuestra existencia, como dice Chiozza: envidia, celos, rivalidad y culpa. En este caso la culpa por la decisión de separarse.

Cada cuestionamiento a Juan era vivido como un pecado de desconfianza que le generaba más culpa a esa niña que habitaba en ella, ¿cómo iba a dudar de Juan como representante de la protección y el cuidado paterno?

El desarrollo de la personalidad puede ser asimétrico como el de Alicia, académicamente brillante y emocionalmente inmadura: sabía mucho de los libros, pero poco de la vida y de sí misma.

Cuando, inmersa en la mayor de las tristezas y el dolor, deja su casa por última vez, la respuesta que le da a Juan la rescata del sometimiento y la manipulación, haciendo aflorar lo más adulto de ella, la capacidad de defender sus valores. Aunque quizás todavía con la secreta esperanza de que tan terrible engaño no fuera real dice: “Si es así ahora más que nunca me quiero separar”. Y así era.

## ¿Qué pasó con Alicia? Resurgiendo de las cenizas

“A veces no es fácil decidir, de manera acertada, entre lo que sentimos como una consecuencia de la vida que hemos hecho y lo que experimentamos como un producto de lo que nos hizo la vida”<sup>6</sup>.

Luego de la separación Alicia ni siquiera estaba en condiciones de plantearse esta interrogante, sentía que prácticamente no tenía vida, o que la que creía haber tenido era una ilusión que desapareció, una realidad arrasada por un huracán que la había dejado sumergida en la peor de las desolaciones. Los “actores” de su historia estaban vivos pero le habían cambiado el libreto. Gracias a la medicación y el psicoanálisis, comenzó a poder caminar por entre las cenizas de lo que sentía en primera instancia que “la vida le había hecho”, o mejor dicho que Juan le había hecho.

Una y otra vez se torturó durante mucho tiempo con la pregunta del por qué del engaño. Si era duro enfrentar que económicamente no tenía nada, mucho peor era que lo que no tenía no era producto de una elección francamente planteada, sino de un ocultamiento. Y la desilusión afectiva: ¿Juan nunca la había querido o existen modos tan enfermos de querer?

Llegó a tocar fondo, como me dijo un día: por primera vez sé lo que es desear morir o desear matar. Increíblemente una de sus más dolorosas fantasías era que su familia o sus amigos no le creyeran. Que no pudieran pensar que Juan era capaz de tal atrocidad o ella de tal ingenuidad. Entre lágrimas y el apremio por la vida, comenzó a construir

---

6 Chiozza, L. (2013) Intimidad, Sexo y Dinero. ¿Alguien sabe quién soy? Ediciones del Zorzal. Bs. As. Argentina.

nuevamente, sostenida por el amor a sus hijas y la vocación por su trabajo.

No fue fácil el diálogo con sus hijas, que oscilaba entre tratar de que pudieran entender algo de la gravedad de todo lo que estaba pasando sin involucrarlas, y la imposibilidad de protegerlas de sus sentimientos de desilusión y de rabia hacia el padre por lo que había sido capaz de hacer. Solo en la adultez las hijas pudieron ver a su padre en su real dimensión, sacar sus propias conclusiones y hacer su propio juicio desde el lugar de hijas.

Después de mucho tiempo de preguntarse por qué, sin obtener más que hipótesis de respuestas, Alicia logró entender que una parte de lo que creía “que la vida le había hecho”, era la consecuencia de cómo ella había vivido la vida. Los derechos son en parte el producto de lo que los otros nos otorgan, padres, familia, amigos, Estado. Pero también son el producto de lo que debemos saber cuidar y defender. No como un acto de desconfianza, sino de autoestima y dignidad.

Vivir la vida “firmando cheques en blanco” es una costosa inocencia, que en el fondo encierra la creencia en una incondicionalidad de que otros o la vida misma nunca van a ocasionar sentir el dolor de la “falta o de la falla”.

Debemos reencontrarnos con la realidad de quienes somos y quienes son los que nos rodean, transitar por las vicisitudes del amor y del odio en todas sus inevitables mezclas. Y elegir entre ellas lo que llamamos nuestros “valores”, que constituyen todo aquello a lo que queremos acercarnos, elecciones que definen cada paso de nuestra vida, las huellas que dejamos y el rumbo que imaginamos.

## **Tiempo y Procesos judiciales**

Cuando reflexiono sobre este aspecto dos frases vienen a mi mente. Una dice que “la justicia tarda pero llega” y otra que sostiene que “cuando la justicia tarda deja de ser justicia”. La primera alude a la creencia en que lo justo, lo verdadero se impone y triunfa aunque demore. Esa tardanza es en parte inevitable porque está relacionada con el principio de inocencia y con el cumplimiento del debido proceso. También está la demora producto de que “hecha la ley hecha la trampa” y muchas veces de este aspecto abusan los acusados para desviar el camino de la ley y postergar una condena inevitable.

También sabemos que la verdad no es tan objetivamente fácil de probar en algunas ocasiones y si la evidencia no la corrobora puede ser desestimada.

Resulta a mi juicio mucho más impactante la segunda afirmación, porque reconoce la finitud de la existencia y por lo tanto la necesidad del cumplimiento de la justicia en plazos acordes a esa realidad, que permita una reparación o un resarcimiento en la vida útil de las personas.

El juicio de divorcio de Juan y Alicia duró más de seis años. Ella estaba en la edad media de la vida y sin recursos económicos. La negativa de Juan a todo tipo de arreglo derivó en que debieran realizarse todas las audiencias: conciliación, audiencias de declaración de las partes, los testigos y la presentación de pruebas. El ánimo litigante de Juan lo llevó a hacer uso de todos los pedidos de prórroga posibles, justificados en actividades laborales suyas o de sus testigos. El juicio marcó a tal punto la vida de Alicia que parafraseando aquella película de “Hoy es martes, debe ser Bélgica”, ella en su agenda por años consignaba “hoy tengo audiencia debe ser.....”

Un litigio judicial implica en la vida de una persona algo pendiente y según la importancia del mismo es la magnitud de la energía de esa vida que está bloqueada en la capacidad de proyectarse. Es como una especie de “stand bay”, de algo nuestro que no es capaz de desarrollarse ni de duelarse porque se mantiene detenido en la incertidumbre y para construir se necesitan ciertas certezas establecidas, tanto positivas como negativas. Según Freud no es posible la realización de ningún duelo sin el final consumado, sea de la muerte de una persona, una relación afectiva o cualquier proyecto de vida. Mientras ese final no se produce, una cantidad de energía afectiva queda detenida en esa situación, que si se finaliza bien facilita la reconstrucción, si finaliza mal queda por delante un proceso de duelo, pero se posibilita la reparación y con el tiempo el olvido. Al mantenerse pendiente, no es posible olvidar, pero además es necesario recordar porque aunque no se lo desee si una parte mantiene el litigio hay que litigar inevitablemente y para eso mantener viva la memoria necesaria para cierta capacidad de lucha que es jurídicamente útil. Por eso no solo importa el “cómo”, sino el “cuando”, por lo que los abogados conscientes de los daños y los riesgos de un litigio dicen que es más importante “un mal arreglo que un buen juicio”. En este caso la actitud de Juan inhabilitaba a Alicia aunque fuera al peor de los acuerdos, no le dejó otro camino que el judicial. Creo que también realizarlo implicaba para ella como para tantas mujeres una defensa de su dignidad ante tal avasallamiento de la posibilidad de cualquier reconocimiento.

Fanuy tenía casos tan complejos y absurdos en los que un juicio había durado gran parte de la vida de los protagonistas. Sabemos también que cuando el amor no une, los que no pueden aceptarlo, intentan estar ligados por lástima o

por odio. Podríamos pensar que litigar fue una de las formas que Juan encontró de mantener a Alicia ligada a él.

Cuando a veces se critica la duración de los tratamientos psicoanalíticos, yo digo que comparados con los procesos judiciales son cortísimos. Pero además en un tratamiento el paciente está siendo protagonista de cambios, en un proceso judicial está a merced de un sistema fuertemente estructurado donde por más que quiera y se esfuerce no le permite avanzar más rápido.

El sistema judicial en su conjunto no está acorde a los ritmos de los tiempos de nuestra época. Preso también de una burocratización excesiva y con poca conciencia del daño de la lentitud de los procesos judiciales, condena a los seres humanos a tiempos perdidos que son vida desaprovechada, aunque sus fallos les den la razón o los absuelvan según sea el caso.

Años de la vida de Alicia en sus cuarenta, años de incertidumbre, de energía gastada en una lucha que resultó inútil, de gastos de abogados, de esperanzas, desesperanzas y sufrimientos que no valieron la pena para dejarla en el mismo punto de partida como luego verán, pero seis años después.

Una justicia operativa en tiempo y forma es sin duda una justicia más justa. Guste o no creo que estamos ante una complicidad inoperante de muchos abogados y del sistema judicial en su conjunto, en lo que a tiempos se refiere y esto es también una falta del sentimiento del bien común que nos afecta y nos comprende a todos.

## ¿Justicia?

En lo referente a la pensión, a Alicia no le correspondía por tener trabajo. En cuanto a la pensión de sus hijas, Juan se amparó en el mínimo legal, que jamás pagó en fecha, pero era más complicado el trámite del reclamo que esperar el día del pago. De los objetos de su casa, Alicia no recuperó prácticamente nada, habría que haber hecho un minucioso inventario del que sabía que Juan iba a discutir cada punto y no estaba en condiciones emocionales de vivirlo.

En lo referente a la casa no le correspondía nada por la separación de bienes, pero las mejoras realizadas la habían llevado casi a triplicar su valor. Las pruebas del aporte económico y la dedicación de horas a los arreglos de la casa eran tan contundentes que el fallo en Primera Instancia fue del 50% de la valorización del bien para Alicia.

Es importante, por el contenido que otorgan a la dignidad humana, reproducir algunos fundamentos de ese fallo, que fue la sentencia realizada por la jueza que actuó durante todos esos años, conoció a la pareja, escuchó a los testigos y evaluó las pruebas.

En la sentencia de Primera Instancia la jueza expresaba: *“En todo individuo que convive en matrimonio hay una parte de su persona, de su cultura y forma de ser, de su capacitación que es fruto del esfuerzo común que supone la plena comunidad de vida y así como tenemos una deuda social, tenemos también una deuda “convivencial”*. Después de cesar la convivencia se verifica ese deber moral de solidaridad”

No obstante Juan apeló.

En el fallo en Segunda Instancia, Alicia tuvo una sentencia desfavorable.

El Tribunal basado en el expediente y con una sola en-

trevista con la pareja sentenció “*que el aporte económico de ella fue notoriamente menor al de él y ocuparse de las tareas que implicaba la reforma deben entenderse hechas con ánimo de liberalidad y con fundamento en los vínculos afectivos así como en la comunidad en la vida*”.

El diccionario de la Real Academia, define la liberalidad como “la cualidad que consiste en dar lo que se tiene sin esperar recompensa”.

Esta actitud generosa en la vida de una persona, no puede ser usada para condenarla al empobrecimiento, cuando no fue el producto de una voluntad claramente elegida y expresada.

Para Fany esta sentencia fue uno de los más claros ejemplos de inequidad de género. No debemos olvidar que veinte años atrás la lucha por los derechos de la mujer y que el trabajo en su hogar fuera considerado también un aporte económicamente cuantificable estaban en pleno proceso de cambio.

Desde la perspectiva de la primera sentencia, la comunidad de vida se basa en el esfuerzo cuyo producto es compartido, desde la otra mirada, lo que se logra económicamente es el producto de un afecto hecho con ánimo de liberalidad por una de las partes, pero el beneficio queda para la otra parte.

¿Cómo vamos a pretender que las personas no entrelacen inadecuadamente afectos y dinero si hasta la Ley tiene perspectivas tan contradictorias?

## **Epílogo**

Los contradictorios fallos legales irónicamente reconocen el perfil de los protagonistas porque la Sentencia de Primera Instancia se basa en la importancia de la comunidad

plena de la vida, afectos y dinero, algo que define el modo de ser y proceder de Alicia. Su capacidad de lucha le permitió habitar en otros “ladrillos” que siempre tuvieron calor de hogar.

Juan se quedó con los ladrillos de los que prometió no darle ni uno. Vive hasta el día de hoy aferrado a ellos usufructuando el beneficio que le otorgó lo más valioso que le dio una mujer: creer desde el fondo de su corazón que nunca sería capaz de perjudicarla.



A MÍ NO ME VA A PASAR

*A pura realidad*

Esta historia está dedicada a todos los jóvenes de hoy. A aquellos que nos hacen enojar cuando no aprovechan el aprendizaje que se les intenta transmitir desde la experiencia, a los que creen que ya saben todo y ni siquiera han vivido lo suficiente, a los que nos siguen arrancando una sonrisa, a los que tienen la frescura de la juventud dibujada en la cara.

Son herederos de un mundo lleno de desafíos, con muchas cosas por hacer. Herederos también de las ilusiones que no supimos concretar, del autoritarismo que no logramos transformar en autoridad de límites claros, respetuosos. Hemos hecho de nuestras carencias económicas y fracasos afectivos una queja constante en la que nos comportamos como niños demandantes y no como adultos ejecutores y eficaces. Somos cómplices de la más despiadada y deshumanizada ambición lucrativa tecnológicamente manejada y comunicada.

La construcción de la propia identidad y la concreción de proyectos, son procesos dinámicos que implican cambios y crisis, en los que hay que elegir, adaptarse, elaborar, remodelarse permanentemente.

Estos procesos comprometen tus posibilidades y limitaciones, además de las del mundo en el que viven, que también es cambiante e inestable.

También siento que están inmersos en discursos contradictorios de los que nos tenemos que hacer responsables.

El mensaje que le enviamos a ustedes, nosotros, los sobrios y responsables adultos, creo que podría resumirse así:

“No fumes tabaco porque hace mal para la salud, fuma marihuana que es legal, pero cultiva con límites. Si tomas no manejes y no te imagines divertirme en una fiesta con amigos o encarar a una chica sin alcohol, como muestran los reclames de la televisión. Si querés ser feliz comprate el último,

último y siempre el último celular porque te conecta con el mundo en un instante. Si no tenés dinero no te preocupes, es más fácil conseguir un crédito que un trabajo. Está lleno de macanudas financieras que te van a prestar el dinero en muchísimas, muchísimas cuotas para que te compres siempre lo último, que no habrás terminado de pagar cuando ya será viejo. Si tenés amor al país gritá los goles que hacen los uruguayos y vos ponéle pasión a eso porque otros les ponen millones de euros con los que compran lo que jamás podrás comprar trabajando toda tu vida. Si querés usar la cabeza en algo, que sea para Internet, porque si hacés un gol con una buena idea o una buena truchada ganás millones. Aprovechá para todo esto los días que no tenés clase, para hacer algo productivo como los que piensan por vos en ¡educación, educación, educación!, ¿tamos, che? no hay que ser giles”.

Es difícil encontrar modelos a seguir o imitar entre tanto cambalache, pero los hay, aunque no sean esos los que atraen más prensa. Seguramente tengas que apelar a la creación y el ingenio.

Inspirate y rescatate de tanta enfermiza “cordura”. Pero por sobre todas las cosas no te arruines la vida y si tenes ganas de “enloquecerte” un poco, hacélo, pero parafraseando a Piazzolla diríamos: con un poema y un trombón a desvelarte el corazón... de libertad... subíte a una ilusión supersport... corre por las cornisas ¡Con una golondrina en el motor!... provocá campanarios con la risa... querete... abríte a todo lo que quieras intentar ¡Viví, volá, la mágica locura de vivir cada día de una manera mejor.

Es de pública y preocupante notoriedad que los accidentes de tránsito son una de las principales causas de muerte en nuestro país en adultos jóvenes. A pesar de todas las acciones tendientes a evitarlos, las cifras continúan aumentando. Es un suceso vital que nos sacude e inevitablemente nos hace reflexionar. Muchos profesionales se ocupan del tema desde distintos campos: ingenieros, arquitectos, fuerzas policiales con responsabilidad vial, etc. Sus contribuciones son indudablemente necesarias y valiosas, pero no suficientes.

Ellos se ocupan principalmente de las causas físicas, mecánicas o ambientales. Sin embargo, hay coincidencia en atribuir al factor humano la principal responsabilidad en la génesis de los accidentes, adjudicando la importancia mayoritariamente a los errores que por imprudencia o negligencia cometen las personas. Como psicoanalistas trabajamos abordando el fenómeno desde una perspectiva humana. Con otros instrumentos de comprensión.

La vertiginosa evolución cultural coloca al hombre cada vez más en una situación de conflicto entre sus deseos y lo que la restricción social le impone, acrecentado por los cambios del progreso. Progreso, cambio y conflicto, están íntimamente relacionados. Accidentarse es una de las formas en que emergen los aspectos inconscientes en pugna ante determinadas situaciones vitales, coparticipando en la producción del accidente. El desconocimiento hace que se le otorgue poca importancia a la participación de estos aspectos inconscientes y por lo tanto se desestime o no se evalúe en profundidad este modo de expresar lo que a las personas les sucede.

En el año 1988 realicé una formación intensiva en

CIPEA<sup>7</sup> (Centro de Investigaciones Psicológicas para el Estudio y Prevención de los Accidentes), dirigido hasta el día de hoy por el Dr. Julio Granel, un destacado médico y psicoanalista argentino dedicado a la investigación de la comprensión psicoanalítica del accidente y de las personas accidentadas<sup>5</sup>.

Su institución realiza docencia, asistencia y publicaciones en este tema específico, hasta el día de hoy. Si bien los accidentes de tránsito son los más frecuentes, el centro los estudia en otras modalidades, como pueden ser los náuticos o aéreos, con la participación de otros agentes, como el fuego o agua, tanto en situaciones individuales como colectivas. Todas las investigaciones se basan en desarrollos de la teoría psicoanalítica y sus aportes se dan a conocer en publicaciones argentinas e Internacionales.

Uno de los trabajos más destacados e interesantes escritos por Granel, pionero en el análisis de accidentes colectivos, es “Un Accidente en Nuestra Cultura, Estudio Psicoanalítico sobre la Tragedia del Challenger”, que fue presentado en 1997 en el 35° Congreso Psicoanalítico Internacional de Montreal.

Cito estas fechas tan lejanas para dar cuenta de cuánto hace que investigaciones tan importantes vienen realizándose en procura de aportar más elementos de comprensión a este síntoma tan frecuente, tan trágico y cuánto cuesta lograr que el consenso y las personas presten atención y reflexionen sobre él.

---

7

CIPEA. Gorriti 3595 1° piso (1172) C.A.B.A. Argentina.

## **Consideraciones teóricas generales sobre el accidente**

Según la Real Academia se define al accidente, como la “calidad o estado que aparece en alguna cosa sin que sea de su esencia o naturaleza”.

La palabra “accidente” deriva del verbo “accido”, que significa caer, venir a parar, acaecer, cortar, destruir, arrancar. Estas definiciones indican que un objeto, al sufrir la acción del verbo, es modificado en su esencia. Por lo tanto un accidente se presenta como un suceso eventual que altera el orden regular de las cosas. Como un hecho azaroso, vinculado con la fatalidad y el destino, a pesar de que se reconozca el factor humano.

El azar y la intención son dos aspectos de una misma realidad, son dos formas de interpretar los sucesos del mundo que, en el caso del accidente, están siempre presentes, aunque en proporciones variables según las circunstancias.

Los elementos constitutivos de todos los accidentes son:  
a) el intento de disimular la falla, la intención o el error conciente, b) la participación o la cercanía con la agresión o la tragedia, c) atribuir siempre un lugar al azar o la casualidad, d) el temor a que al ser develada la trama del accidente el sujeto quede inevitablemente expuesto en su responsabilidad, e) recordemos que la acción es una forma de comunicación humana, sea cariñosa, amable o aún violenta.

La investigación de estos sucesos inesperados y violentos se basa en entender este particular modo de interacción entre el individuo y su ambiente.

Desde el punto de vista psicoanalítico hay premisas que funcionan como “verdades”, las cuales debemos reformular

para posibilitar la investigación.

En primer lugar, como dice claramente el Dr. Julio Granel<sup>8</sup>, no se trata de negar la existencia del azar, pero cuando éste se opone a la investigación, le estamos otorgando el lugar de una resistencia y esto es así cuando opera como punto de partida que obtura la investigación científica. En segundo lugar, todo hecho humano que implica agresión o daño genera culpa, lo que nos impulsa a alejarnos de la posibilidad de protagonismo. Si nos abruma la culpa, se obtura la capacidad de entender el o los mensajes que los accidentes tienen.

En tercer lugar, Freud hizo un aporte significativo, de gran utilidad para el tema que nos ocupa, cuando planteó el “acto fallido” como ciertos actos aparentemente sin intención desde la observación conciente, pero plenos de sentido para la motivación inconsciente. Son acciones aparentemente torpes, faltas de destreza o descuido, producto de la casualidad. El acto fallido más frecuente es el que llamamos “lapsus”, es decir el error verbal, pero también están los que involucran cierta agresión o daño a los objetos, sin afectar la integridad de las personas.

La intencionalidad inconsciente quedó al descubierto en la investigación cuando se pudo comprender que la palabra que aparentemente no quería decirse, en realidad el sujeto deseaba expresarla, o que el objeto roto por casualidad se consideraba en cierto modo molesto o desagradable.

Todos los aspectos estudiados concluyeron en que el accidente es un acto fallido en el que se pone en riesgo la

---

8 Dr. Granel, Julio. “Sobre Accidentes, Accidentados y el Accidentarse. Aportaciones para una teoría general”. Presentado en el CIMP el 5 de noviembre 1976. Buenos Aires. (Inédito)

integridad corporal e implica un daño a sí mismo, al entorno y a los objetos. La cualidad o capacidad de accidentarnos comprende a todos, es inherente a nuestra condición humana. Cualquier persona puede tornarse temporalmente con mayor disposición a accidentarse. Más adelante veremos cuáles son esas condiciones facilitadoras. Todo acto humano posee una significación o un sentido, ¿cuál será, entonces, el mensaje que está contenido en el accidente?

Intentaremos resumidamente explicar lo que la investigación ha permitido comprender. Dada la complejidad del tema, lo haremos en el lenguaje menos técnico posible, aunque es difícil simplificar algunos conceptos, pero sin duda la historia y su análisis contribuirán a facilitar su comprensión.

Los accidentes se vinculan fundamentalmente con crisis de cambio de difícil elaboración. Esta relación parecería muy inespecífica pero no olvidemos que movimiento y cambio están íntimamente relacionados y el accidente siempre involucra el movimiento. Intervienen en ese escenario tres elementos: las personas, los objetos y el entorno.

Los accidentes de tránsito son los que mejor se prestan para expresar estos conflictos, ya que se transita por la calle como se transita por la vida y de hecho en el desarrollo del niño la posibilidad de accidentarse aumenta enormemente con la deambulación.

Los cambios a los que aludimos son vivenciados como traumáticos, de difícil resolución, que no involucran solamente situaciones que la vida presenta, sino que también puede tratarse de cambios de la propia persona. Se generan entonces emociones internas intensas que se desean expulsar, sacar fuera de sí por sentir las intolerables. La acción violenta directa, contra otros o contra sí, permitiría expresar lo mismo, pero en esos casos la persona queda indudable-

mente expuesta y comprometida.

Además, si se pudiera expresar de esa manera, aunque fuera inadecuado, se tendría más conciencia de lo que está pasando. En cambio, el accidente es una especie de “teatralización” en el espacio externo de lo que sucede en “la realidad interna inconsciente”, de lo que se está reprimiendo, en el que el director del guión es a su vez el protagonista principal. De esa manera se libera lo reprimido enmascarado en un hecho azaroso donde su protagonismo es menor. Aunque la persona queda expuesta en su responsabilidad, también es víctima, lo que aumenta la tolerancia del entorno, disminuyendo la culpa.

Para que el accidente se produzca se necesita una alteración del sistema de percepción y conciencia, a lo que se le ha llamado “estado sonambólico”. No es la anulación del sueño pero tampoco la claridad de la lucidez plena.

En toda vivencia de conflicto o situación vivida como estresante hay una cierta alteración de conciencia, una suerte de división invisible, porque el yo está obligado a relacionarse con la realidad, pero también exigido a prestar atención a lo que habita en su interior. Lo que llamamos distracción, que induce al error o al acto fallido puede, cuando lo vivenciado es muy intenso, llegar a ese estado de obnubilación transitoria donde se alteran las capacidades perceptivas y se facilita el accidente.

Si bien el alcohol, como otras sustancias lo favorecen, no lo crean, porque hay accidentes sin consumo de ninguna especie. Como podría decir la crónica policial: con la carretera despejada y con buena visibilidad por “causas que se desconocen” el conductor salió de la misma y chocó contra el alambrado.

El accidente es también, aunque de un modo inadecua-

do, un intento de resolución de las crisis de cambio. Por eso se dice que hay accidentes para intentar resolver el cambio o para tratar de impedirlo y que todo siga igual. La película “Entre dos amores”, protagonizada por Sharon Stone y Richard Gere, del director Mark Rydell, en una excelente dramatización de lo anteriormente expresado.

El centro de Bs. As., realiza una importante labor asistencial y preventiva.

En lo asistencial “ofrece a la comunidad en general una asistencia psicológica acorde a las necesidades de nuestro tiempo y en lo específico una asistencia especializada en lo referido al estudio, prevención, terapia y recuperación del paciente accidentado cualquiera sea su nivel de edad y problemática”

En todo paciente que consulta por un accidente se realiza una evaluación psicológica específica, que es la misma que aplicamos en nuestra clínica, que puede incluir al paciente y a su familia, luego de la cual se realiza una devolución con la o las indicaciones psicoterapéuticas correspondientes.

Resumiendo: el accidentarse es una de las formas en que podemos expresar nuestras dificultades y conflictos ante los cambios vitales que resultan difíciles de elaborar. Esa dificultad genera intensas emociones que es imperioso expresar. En determinado momento las circunstancias se conjugan de una manera tal que nuestro yo consciente se obnubila y nuestro yo inconsciente es capaz de “armar” con los objetos, las personas del entorno y su propio protagonismo, el aparente acto azaroso que le permite expresar lo que siente para sacarlo fuera de sí.

Cuando el accidente involucra daños físicos, se integra la significación del tipo de daño corporal y de la función o zona comprometida. Es decir: ¿por qué ese daño y no otro?,

¿cuál es el conflicto inconsciente que compromete esa parte del cuerpo? Para la comprensión de estos aspectos, contamos con todos los desarrollos del Dr. Luis Chiozza sobre el simbolismo de cada zona corporal.

Esta expresión en la realidad, en el afuera y a veces en nuestro cuerpo, también es una forma de mensaje para uno mismo y para los otros de lo que nos está sucediendo. Es bueno aprovechar la oportunidad de reflexionar para comprender ese mensaje y encontrar un camino menos dañino de comunicación.

### **“La previa” y el accidente.**

Quique, como lo llaman sus amigos, luego de una reunión familiar como tantas, en las que se disfrutaba de la comida, la bebida pero sobre todo de estar todos juntos, salió con sus amigos. Contento y vital con sus 21 años no solo estudia en facultad de Ciencias sino que da clases de biología, que es su gran pasión. Al salir, como siempre su madre le dijo: “Cuidado con el auto si tomás, dejálo y volvé en taxi”. A lo que él, como siempre, le respondió: “Todo bien mamá, no me va a pasar nada”.

Un compañero cumplía años e iban a festejar. Este tipo de cosas le encantaban, cuando se combinaba la noche, amigos, diversión y chicas, porque se sabía ganador, se ponía de buen ánimo, le gustaba sentirse el centro. Empezó a tomar whisky con Coca Cola y la noche se transformó en baile. Parecía que esta iba a ser “la previa” pero no, decidieron quedarse ahí, entonces empezó a tomar mucho para desinhibirse, porque aunque los demás no lo supieran, en el fondo era tímido.

Ya tarde en la noche, en un cambio de planes, se subió al

auto junto con una chica que había conocido en la reunión y se fueron a bailar. El lugar también era cerca y se encontró con muchísimos amigos. Seguía sintiéndose prácticamente el dueño de la noche, a cada paso alguien lo saludaba y le gustó que la chica con la que fue se sorprendiera con su popularidad.

Luego se fueron a la rambla con la chica y casi amaneciendo ella le dijo que se iba en taxi, pero decidió llevarla. Confundido como estaba, entreverado con las calles dobló a contramano y se fue contra un auto que estaba estacionado. Los dueños de la casa escucharon el golpe y bajaron. Quique trató de justificar lo que hizo pero a pesar de que el daño material fue poco y a nadie le había pasado nada, el dueño del auto llamó a la policía. En su estado y sin los documentos encima lo llevaron a la comisaría. ¿Por qué si tantas veces no había tomado tanto o si tantas veces dejó el auto y se fue en taxi, justo ese día pensó que a él no le iba a pasar?

## **¿Por qué chocó Quique?**

En la imagen de Quique cuando llegó a su primera sesión de tratamiento luego del accidente, su estado físicamente sano contrastaba con la expresión y actitud de alguien emocionalmente destruido.

A continuación relataré todo lo que él fue pensando sobre lo sucedido, intentando encontrar respuestas a lo que creyó que nunca le iba a pasar. El tiempo de tratamiento y su capacidad reflexiva fueron aspectos a favor para poder encontrar esas respuestas. Todas las significaciones y ocurrencias aparecieron poco a poco como si se tratara de piezas de un rompecabezas que al final pudimos armar.

Para facilitar la comprensión las asociaciones del paciente están escritas en forma más ordenada y mis comentarios son las interpretaciones que aporté a sus ideas, a las que agregó ahora otras que son fruto de mis reflexiones posteriores.

Quique comenzó hablando de esta manera:

*“Es una imagen muy, muy, fea, cuando realmente te das cuenta de que la cagaste, cuando te preguntas cómo la pudiste cagar así. Es una sensación muy fea, sobre todo porque si te das cuenta que la cagaste tanto es porque lo que hiciste es opuesto de una manera rotunda a lo que vos esperas de vos mismo. Fue exactamente eso lo que sentí cuando me di cuenta de la imagen que estaba viendo y cómo me veía a mí mismo esperando que uno de mis tíos me viniera a ayudar.*

*Dentro de mi borrachera una de las pocas cosas que hice bien fue darme cuenta de que yo no podía manejar solo la situación en el estado en el que estaba, por lo cual enseguida lo llamé para que me diera una mano.*

Lo que había hecho era irreversible: el auto de mi hermano chocado, el auto de otra persona chocado, yo re en borracho y la policía que apareció en la situación como por arte de magia. Luego me hacen la espirometría, con mi tío ya al lado y soplo. Por dentro tenía como una esperanza interna de que no anduviera bien el aparato y me diera cero, pero los números de la pantalla no paraban de subir a lo que empecé a mirar como a la nada y ví de reojo la cara de mi tío que era como que me reafirmaba la macana que me había mandado”.

Luego me llevaron a la comisaría y pasé al calabozo. Los policías se portaron muy bien conmigo, estuve poco tiempo en el calabozo y luego me dejaron quedarme en el patio

interno de la comisaría.

Después de unas horas, salgo de la comisaría, vuelvo a casa, me baño rápido y a dormir rápido también. Ya que era de mañana y se dio justo que mi madre había salido y aunque ya pudiera estar enterada de la situación, no quería encararla en el estado en que estaba”.

Vemos cómo Quique se enfrenta en primer lugar a la vergüenza, la que todos podemos sentir cuando hicimos algo mal. Pero puede ir más allá y ver que lo que hizo mal no era cualquier cosa, era algo grave y trascendente que comprometía y se oponía a todo lo que él creía ser. Fue como mirarse en el espejo de sus acciones y ver lo peor de sí mismo.

El accidente quiebra su omnipotencia, admite la fragilidad que está sintiendo y llama a su tío en lugar de insistir en “manejar” la situación. Se coloca en un lugar más acorde a los hechos en busca de ayuda y también de protección, como se deduce cuando dice que en la policía “lo trataron bien”. El mundo lo condenaba por sus acciones, estaba preso, pero también ese mismo mundo lo contenía.

La vivencia de lo irreversible es habitual ante todo lo trágico. Entonces sobreviene el deseo de que el hecho no hubiera sucedido, de que la espirometría mágicamente die-  
ra cero y de que todo hubiera sido una pesadilla de la que pudiera al fin despertar.

Nuevamente siente la vergüenza al no querer que su madre lo vea así. Para reparar un error o una falla primero hay que aceptarla y es en ese sentido que da un primer paso adecuado en el camino de la reflexión.

Continuemos con sus palabras:

*“Luego de algunas horas de sueño empecé a razonar las cosas*

*y después de horas y horas de razonamiento sobre el tema, puse un orden en la importancia que le daba a las consecuencias de este choque.*

*Recién dentro del calabozo pensé en papá, que falleció hace casi un año y mientras miraba las paredes escritas del calabozo pensé: ¡¡¡Hasta dónde llegué!!!*

*El choque borracho con el auto no fue algo esporádico, fue el resultado de todo un proceso, de una actitud compulsiva, mal manejo del alcohol y otro montón de cosas, apoyadas por un sentimiento de omnipotencia absurdo y obviamente detrás de todo eso estaba buscando algo, que jamás encontré y ahora me doy cuenta de que tampoco lo iba a encontrar en ese camino en el que yo buscaba.*

*En último lugar de importancia quedaba que me sacaran la libreta. El auto es un lujo y muchísima gente hace su vida en ómnibus y nadie se muere por eso, hay que acostumbrarse, nada más. También es una realidad que el ómnibus baja revoluciones, ¿por qué?, porque uno solo se tiene que encargar de estar a tiempo en la parada. Si el ómnibus demora o hay mucho tránsito o lo que sea, simplemente hay que aprender a bancársela y esperar que llegue a la parada que uno se baja. En el medio se escucha música o radio, realmente ayuda a bajar revoluciones, enlentecer la vida, que es exactamente lo que estoy necesitando en este momento.*

*En penúltimo lugar de importancia están los gastos del arreglo de los autos el seguro no los cubre y el pago de las multas. En mi caso, por suerte, los puedo pagar, no me van a afectar mi economía, simplemente me jode tener que gastar en esto, pero a la vez si tuviera que preocuparme por la guita, podría ser un punto para escapar de todo esto, poner la importancia ahí y no pensar en lo que realmente hay que pensar. Pero no me quiero escapar”.*

Vemos cómo en la mayor jerarquía de importancias aparece sin decirlo explícitamente, el recuerdo de la pérdida del padre, junto a la pérdida del rumbo de su vida. Ante la desaparición del ser querido que cumple las funciones de ley, límites y protección, Quique quedó indefenso y a la deriva, pero enmascaró todo eso en su omnipotencia, vivió “como si fuera un hombre” y además con disponibilidad económica. Se comprende así por qué se entregó a la ayuda de su tío y por qué le importó tanto que la policía, como representante de la autoridad paterna, lo tratara bien, como si lo comprendiera.

Darse cuenta de que el accidente no fue un hecho aislado, que no ocurrió porque sí, que fue el resultado de andar por un camino equivocado, es otra reflexión muy valiosa para reencontrar la ruta adecuada y perdida.

Cuando coloca la libreta en el último lugar de importancia, es como si reconociera que es bueno que le pase eso, que no importa no tener libreta, que lo que venía buscando porque lo necesitaba todavía era que “lo conduzcan” un poco más, que lo ayuden a viajar más despacio por la vida, crecer, madurar y hasta disfrutar de “escuchar música en el viaje”. Bancarse la espera del ómnibus es aceptar el tiempo necesario de los procesos en la vida, pero también es bancarse el dolor por la pérdida de su padre y vivirlo el tiempo que sea necesario hasta superarlo.

Reconocer que puede pagar los gastos lo alivia, pero enseguida se da cuenta de que con esto podría hacerse una trampa al solitario para no pensar, pero se rescata.

Sigue diciendo Quique:

*“Luego viene mi vieja, esto si fue jodido, porque más allá de enojada la vi decepcionada, quebrada, por suerte pudimos*

*hablarlo y ella entendió que yo realmente sabía el error que había cometido, pero quebrar el espíritu de tu madre, ver que le puedes hacer sentir que falló como madre porque su hijo se manda este tipo de cagadas que uno siempre cree y ella también, que son cosas que se las mandan sólo los retardados, jeso fue muy jodido!*

*Y en el primer, primer lugar de importancia estoy yo, pero yo en el sentido de que me fallé, me fallé a mi mismo y eso jode, decepciona, asusta.*

*Asusta un montón porque te pones a pensar, si me fallé en esto, ¿en cuantas otras cosas más que yo creía que jamás haría puedo fallarme? Y aunque suene dramático es así. ¿Y si un día la cagada es más grande?, realmente me asusta.*

*También me dio mucha vergüenza por las personas que pudieran enterarse. Las que siento que no son importantes para mí no necesitaban saber la realidad. A las personas que necesitaba que me aguantaran la cabeza, les dije todo con lujo de detalles.*

*Muchísima vergüenza me daba lo que había hecho. Justo al día siguiente tenía un examen. No me pude concentrar en ningún momento: aunque había estudiado y sabía, moralmente estaba destruido. Igual a la hora del examen hice un gran esfuerzo por concentrarme, ya que la mejor forma de empezar a cambiar la pisada era salvarlo.*

*Realmente creo que está perfecto que me saquen la libreta, me va a servir, para bajar la pelota y buscar caminos nuevos para encontrar lo que busco.*

*Después de todo hay que hacer cosas distintas para buscar resultados distintos, si sigo en la misma, voy a tropezar con la misma piedra una y otra vez”.*

Aparece su madre y el dolor no solo por decepcionarla sino porque ella pensara que había fallado como madre. Poder pensar en el dolor que le causa es darle una gran prioridad a sus afectos, sufrir por ella porque sabe que ella va a sufrir por él.

Cuando se coloca en el primer lugar de importancia, se coloca en el protagonista indiscutible de su error, sin disculpas, aceptando la responsabilidad. Ser consciente del error le despierta el miedo de volver a equivocarse, lo que es un buen factor de prevención.

Continúa diciendo Quique en su camino de reflexión:

*“Un capítulo aparte para mi hermano, el auto que choqué era de él, por alguna razón yo estaba andando en su auto hacía varias semanas. Mi primer reacción fue mandarle un mensaje cuando me desperté diciéndole algo así como: ‘Decirte perdón quedaría muy, muy, corto, por eso no voy a gastarme en palabras que no alcanzan para nada, yo me voy a hacer cargo de todo, tu auto va a estar listo lo más rápido posible, voy a recuperar tu confianza en base a un cambio de actitud y a ciertas acciones que voy a tomar, te quiero muchísimo’.*

*Guillermo es mi hermano más chico, al cual admiro muchísimo pero muchísimo y al cual también le tengo muchísimos celos, pero sobre todo desde que no está mi padre. El se volvió mi referencia directa y sé que esa frase no tiene mucho sentido, pero es lo único que lo describe, él es él y no hay nadie más como él que haya sentido exactamente lo mismo o algo muy, muy, muy, parecido a lo que yo sentí cuando falleció mi padre, incluso fui yo el que le dio la noticia, sin saberlo los dos estábamos muy tristes por el otro, cosa que nos contamos después. El es Guille, a quien quiero muchísimo pero muchísimo, y a quien siempre voy a cuidar defender, adorar y realmente me emociono cuando hablo de mi hermano, lo quiero muchísimo”.*

Reconocer los sentimientos contradictorios hacia su hermano lo angustió mucho. Por un lado en lugar del padre ausente, él como hermano mayor debía cuidarlo y protegerlo. Por otro lado Guillermo como hermano menor podía ser Guille, podía ser chico y tener quien lo protegiera, lo que le daba celos y envidia. A su vez los unía una misma pérdida, ambos compartían el mismo dolor, algo que los dos sabían pero que pocas veces hablaban. Pedirle perdón a su hermano era también pedirle perdón a su padre por haberle fallado.

### **El accidente como crisis: una oportunidad para el cambio. Armemos el “rompecabezas”**

Quique venía intentando superar el dolor de la pérdida de su padre. En algunos aspectos ese proceso, gracias a la terapia, a su familia y a él mismo se estaba logrando de una manera adecuada. Es así que seguía estudiando y encargándose de las responsabilidades a las que la ausencia de su padre lo habían enfrentado. Pero esa pérdida precipitó un cambio en su vida hacia una madurez para la que no estaba preparado. Pudo expresar algunos afectos pero reprimió otros, los más conflictivos y dolorosos a los que se enfrentó con el accidente.

Quique sale de la casa de su familia como un adulto que sabe lo que hace, que no necesita del consejo de la experiencia de su madre, más aún le dice que no se preocupe. Como si tuviera su vida bajo control, va al encuentro de sus amigos. Comienza a transitar la noche tomando whisky y tomando el camino equivocado. El alcohol obnubila la razón pero como bien dice el tango “Nostalgia”, emborracha el corazón, para olvidar sentimientos dolorosos. Anestesiado de

sus dolores, sintiéndose cada vez más “agrandado” por los elogios, encara la noche como venía encarando sin saberlo su vida, desde la omnipotencia.

“La previa”, como dice uno de sus significados “agitarse una previa” es “tratarse con valor”, le hace sacar fuerzas de donde no tiene para sostener la imagen que estaba construyendo. Siente que tiene que ser hombre, ocupar el lugar de su padre y superar su ausencia como sea. Pero también desde hacía días sin saber por qué venía usando el auto de su hermano, que después pudimos entender que era la expresión del deseo inconsciente de estar en su lugar.

Borracho de una “adulterez fabricada”, se sube delante de sus amigos al auto con una chica y después insiste en llevarla. Ella representa también a su hermano, a quien cree que puede y debe proteger, y a los “aspectos chicos” de él que quisiera poder conducir. Sigue desde su omnipotencia creyéndose el hombre que todavía no puede ser. A contramano como venía por la vida, dobla deseando algo que lo haga parar de tanto vértigo y lo encuentra: el auto estacionado le brinda esa posibilidad. Choca a su vez el auto de su hermano, deseando “expulsar” sus sentimientos de celos y envidia. Daña el auto para no dañarlo a él. Choca además contra el auto de una familia completa, de la cual sale “el padre”, quien podemos suponer evoca a su propio padre, frente a quien intenta defender lo indefendible, hasta que al final se entrega a la condena pero también al amparo.

Gracias al accidente, Quique logra parar, algo que no podía hacer voluntariamente, expresar y expulsar sus sentimientos más dolorosos para caminar hacia la adultez por el camino correcto, respetando sus tiempos de crecer y madurar. Sentir felicidad en la espera y no el apremio que él se había impuesto sin ser conciente. Sin duda fue un accidente

para cambiar. Las circunstancias, los objetos involucrados y él mismo construyeron la trama, la escena que mejor representaba los conflictos de su mundo interno.

Las cosas no fueron peor, no por casualidad, sino porque eso era “justo” lo que inconscientemente necesitaba. La elaboración posterior le permitió comprender, con ayuda, todas estas cosas y realizar los cambios de rumbo que necesitaba.

### **El alcohol: paradojas, controversias y contradicciones**

Pensar que Quique chocó porque estaba alcoholizado es un reduccionismo simplista. El alcohol está ubicado como una condición facilitadora, pero no causal. Para serlo deberíamos probar que todas las personas en estado de ebriedad chocan y no es así.

Quiero aprovechar la presencia de este factor en el accidente para hacer algunas precisiones.

Droga es “toda sustancia o preparado de efecto estimulante, deprimente, narcótico o alucinógeno”. Dentro de ellas, encontramos las drogas que cumplen una función de medicamento, las llamadas drogas “blandas”, porque no son adictivas o lo son en bajo grado y las llamadas drogas “duras” porque son fuertemente adictivas, como la heroína y la cocaína.

El alcohol, el tabaco y la marihuana estarían ubicados entre las llamadas drogas blandas. A pesar de lo cual podemos decir que con cualquiera de ellas puede producirse un tipo de relación de entrega o adhesión, que va desde la dependencia hasta la esclavitud, y se constituye entonces lo que conocemos como “adicción”.

“Lo adictivo”, se define por un tipo de vínculo, no por la

droga. La droga elegida es importante porque contiene una significación en sí misma. En ese sentido coincidimos con la línea de investigación del Dr. Luis Chiozza, en cuanto a comprender la intención inconsciente según el órgano hacia el cual se dirige el daño. Es decir ¿qué hace que algunos elijan fumar y dañen el pulmón, otros elijan beber y dañen el hígado, otros elijan la marihuana y dañen el cerebro? Las investigaciones muestran aspectos conflictivos diferentes en cada persona según la adicción elegida.

Pero retomemos la línea de reflexión que queremos expresar.

La legalidad o ilegalidad de una droga no está definida por la droga en sí, sino por el marco jurídico regulatorio que establece cada país.

Veamos algunos aspectos del tabaquismo en Cuba extraídos del informe que citamos a pie de página, para luego hablar del alcohol en nuestro país.

“La situación de país productor, el arraigo del hábito, su vinculación a la vida cotidiana, cultural y política, hacen que el cubano se considere un pueblo de fumadores.

En el año 2009 el consumo estimado per cápita fue de 1.548 cigarrillos en un año. Es una paradoja sin resolver en ese país la importancia de cultivar el tabaco y a la vez promover la salud.

Fumar está relacionado con la diversión, la recreación y el esparcimiento. Cuba es un pueblo que se identifica con el ron, el tabaco y la música. Conviven con la contradicción de festejar el 29 de mayo el “Día del Trabajador Tabacalero” y el 31 de mayo el “Día mundial sin fumar”.

En la prensa se publican artículos sobre la relación entre fumar y el aumento del riesgo de muerte, así como fotos de un anciano que está próximo a cumplir un siglo de vida

aspirando tranquilamente el humo del tabaco.

Los cigarrillos forman parte de los productos de la canasta familiar y se ofertan a la población a precios diferenciados”<sup>9</sup>.

Como se deduce de todo este informe, Cuba tiene pendiente la resolución de una controversia entre tradición, economía y salud. Creo también que intentar resolver el problema aumentando la exportación y disminuyendo el consumo interno, es una contradicción ideológica, porque implica vender algo claramente dañino para no perder las ganancias, pero que lo consuman y se enfermen otros.

Uruguay está entre los países pioneros en cuanto la promoción del aire libre del humo de tabaco.

Pero veamos algunos aspectos del Uruguay en relación al consumo de alcohol.

El alcohol etílico es un líquido incoloro, de sabor urente y olor fuerte, que arde fácilmente dando llama azulada y poco luminosa. Se obtiene por destilación de productos de fermentación de sustancias azucaradas o feculentas, como uva, melaza, remolacha, patata. Forma parte de muchas bebidas como el vino, el aguardiente o la cerveza, entre otras.

Somos por cuarto año consecutivo el país con mayor consumo de whisky per cápita, con 2,4 litros. También somos un país productor de bebidas alcohólicas que promueve su venta y consumo porque constituye una fuente de ingresos económicos internos y por exportación. Tenemos dentro de nuestras tradiciones, la Semana de la Cerveza de Paysandú, así como las diferentes ferias y salones anuales del vino, fiestas con consumo de “canilla libre” entre otras tantas actividades de esparcimiento patrocinadas por diferentes marcas de bebidas alcohólicas.

---

9 [http://www.ecured.cu/index.php/Tabaquismo\\_en\\_Cuba](http://www.ecured.cu/index.php/Tabaquismo_en_Cuba)

Creo que en parte estamos enfrentados a similares contradicciones que Cuba: salud versus economía y tradiciones. Si bien la propaganda se ha ido modificando y pasamos de “si toma no maneje” a “beber con moderación”, el alcohol sigue siendo la principal droga de consumo legal en nuestro país. Sin embargo, poco o nada se difunden los daños que produce, tanto a nivel del sistema nervioso, como fundamentalmente a nivel hepático, que van desde alteraciones funcionales hasta la cirrosis mortal.

Las políticas de salud no pueden depender de la especialización médica de un presidente de turno. Si el presidente de la República, Tabaré Vázquez, hubiese sido gastroenterólogo, ¿se hubieran difundido más los daños del alcohol que los del tabaco, sobre todo en los jóvenes?, o ¿será que detrás está el interés económico que en el caso del alcohol nos afecta a nosotros, pero en el caso del tabaco a otros países y entonces es más fácil enfrentarlos?

Existen lugares nocturnos en Europa y Estados Unidos, donde hay que entregar la llave del auto al llegar y si a la salida la alcoholemia del conductor es alta no se la devuelven a él. De la misma manera es posible retirar a una persona en estado de ebriedad de un lugar público, lo que es correcto, porque quienes se están divirtiendo adecuadamente no tienen por qué soportar a alguien en ese estado. ¿Por qué no se logra aplicar la prohibición de consumir alcohol en la vía pública, para que en nuestra rambla no haya que caminar entre los vidrios de las botellas de la noche anterior?

El cigarro en bajo consumo, el alcohol en dosis bajas y la marihuana en consumo esporádico, no son más nocivos que la exposición a la permanente polución de las ciudades en que vivimos. Pero en mayor cantidad todas las sustancias pasan a ser altamente dañinas.

¿De qué depende entonces que en la marihuana se promocióne el beneficio de la legalización, en el cigarro se prohíba su consumo con trágicas imágenes en las cajillas y en el alcohol, solo se exhorte a beber con moderación?

El alcohol se encuentra a la venta en las góndolas de los supermercados, en los mini mercados de las estaciones de servicio, en cualquier almacén sin restricción ni controles de venta verdadera a menores, la marihuana se podrá tener cultivada en el fondo de la casa, pero alguien que desea fumar un cigarrillo en el uso de las mismas libertades individuales que los otros, debe aceptar el estigma de pagar en una caja y retirar en otro lugar especialmente destinado.

Si las igualamos en el sentido del bajo consumo, todas podrían ser legales, pero si las igualamos en el alto consumo, para todas deberían aplicarse las mismas políticas públicas de salud desde el punto de vista sanitario.

Pero como dije antes todas las medidas que se toman en materia de salud, como todas las resoluciones en torno a la legalidad o ilegalidad de una droga están comprometidas con la misma controversia: salud versus intereses económicos y/o políticos.

No es común que se integren los tres aspectos. Generalmente los debates se centran en uno solo se ellos para ocultar las implicancias poderosas de alguno de los otros.

Como sociedad deberíamos develar, hacer explícitas nuestras contradicciones y paradojas como actitud ética correcta. Ello demandaría de la honestidad de poner al descubierto todo lo que está comprometido a la hora de decidir la legalidad o la ilegalidad de una sustancia y no de otra.

## **El accidente como síntoma social**

En la historia que vimos analizamos fundamentalmente las significaciones personales del accidente, según el momento vital que estaba atravesando Quique. Pero si, como decíamos al principio, el accidente está entre las primeras causas de muerte en nuestro país y ha ido en aumento, debemos pensarlo como un síntoma social y reflexionar sobre qué aspectos pueden estar expresándose. Tomando como referente central la relación entre accidentes y crisis ante los cambios de difícil elaboración, veamos en cuántos cambios vertiginosos, simultáneos y complejos estamos inmersos como sociedad.

Algunos de ellos son favorables, otros son negativos, inciertos o inevitables, pero todos en mayor o menor medida aparecen como apremiantes, lo que moviliza sentimientos a veces intensos y contradictorios.

Abordar con profundidad este tema excede los contenidos de este relato, pero al menos quisiera mencionarlos.

La Ley es un referente social importante, así como sus representantes. La tendencia habitual de las normas es a la estabilidad, tanto para el proceso de crecimiento y desarrollo del ser humano, como para el funcionamiento familiar y social, porque esa estabilidad es un factor de seguridad.

Estamos asistiendo a una modificación importante del sistema legal, en el cual muchas normas están al mismo tiempo en proceso de cambio o discusión.

Desde la despenalización del aborto, la baja de la imputabilidad, la intensificación de las penas por delitos, la legalización de la marihuana, la ley de prensa, hasta si deben reponerse las clases perdidas por los días de paro, cuánto se descuenta a los sueldos por los paros o la esencialidad en

los servicios de salud.

Muchos aspectos fundamentales del funcionamiento de una sociedad se están debatiendo al mismo tiempo, con marchas y contra marchas, con posiciones muy dispares de los actores políticos. La reflexión es importante, pero tal grado de polarización pública creo que está debilitando el respeto a los representantes de la autoridad, lo que los torna incapaces de exigir el cumplimiento de las leyes.

La falta de respeto a las señales de tránsito es una expresión de la falta de respeto a la Ley en general. Nos estamos convirtiendo en una sociedad transgresora y eso se refleja tanto en el desconocimiento de un cartel de Pare, como en el aumento de la delincuencia. Ha ido ganando terreno el incumplimiento de la ley sobre el respeto a la misma. La contracara de esto es la carencia de figuras públicas de autoridad firme y contundente, que sean capaces de hacer cumplir las leyes vigentes, despojados de la sombra del autoritarismo dictatorial a la hora de ejercer la autoridad.

Este clima social de incertidumbre respecto a lo que puede o no hacerse, a lo que está bien o está mal claramente fundamentado, dificulta la elaboración de cambios que son puntales en el funcionamiento social. Entender como adultos que la marihuana es probadamente dañina pero es mejor legalizarla, es difícil, pero explicarlo a un adolescente o a un niño más aún. Entender que se puede delinquir con daño físico para otros y estar libre en menos de un año, resulta contradictorio desde la lógica de la razón.

Estamos con un sistema legal inmersos en cambios que son vividos como dudosos o inciertos, lo que debilita el sentimiento de seguridad en las personas y en la sociedad en su conjunto. La desconfianza e inseguridad creciente favorecen a su vez el desarrollo del individualismo. Se ha ido per-

diendo la vivencia de solidaridad, de hermandad y nuestros semejantes están pasando a ser sentidos como una amenaza.

Freud (1930) en “El malestar de la cultura”, planteaba cómo el progreso puede ser un elemento favorecedor pero también creador de malestar y por lo tanto, de síntomas y enfermedades.

La rapidez de los cambios tecnológicos sigue exigiendo una velocidad de adaptación que nos impacta a todos y junto con esto está la exigencia de un poder adquisitivo que permita sostenerlo, para no quedar excluido del entorno social al que se pertenece. Pero con mayor o menor poder adquisitivo, la exigencia de la presión del progreso tecnológico nos implica a todos.

La tecnología propone un mundo al alcance de todos. Pero, ¿a qué mundo nos estamos refiriendo? En cuanto a la información y a determinadas comunicaciones, sin duda es un elemento útil y eficaz. Pero como sustituto virtual de las carencias afectivas, aumenta aún más las frustraciones.. Nos relaciona con seres con los que podemos comunicarnos pero sin abrazarnos, sin tocarlos. Creo que un gran cambio de este mundo globalizado es mucha “conexión” pero poco “contacto y contención”. Se usan más las manos para tocar el teclado de una computadora o un celular, que para hacer una caricia a los seres con los que tanto les preocupa estar comunicados.

Todo esto contribuye a la dificultad de encontrar personas dispuestas a acompañarnos en el proceso de los estados afectivos. El gran porcentaje de depresión también es una expresión de la falta de tiempo, espacio y continencia para expresar las tristezas.

La continua remodelación de la familia apura a resolver los duelos de los lazos afectivos que se pierden para incor-

porar otros nuevos. Ya no son “los míos, los tuyos y los nuestros”, sino que son “todos los ex tuyos, todos los ex míos y los nuestros”. La mayoría de las personas se han tenido que enfrentar, debido al cambio en las familias, a perder algún fragmento de la misma y junto con ella afectos irrecuperables.

Todo esto ha llevado a que la familia se esté transformando en una estructura lábil, con lazos afectivos débiles, constituida por individuos frágiles.

El ser humano es la especie de seres vivos que necesita de un mayor período de dependencia para su desarrollo.

Los tiempos de lactancia, de la relación materno-filial y la permanencia hogareña se han visto progresivamente acortados o modificados a la luz de los cambios familiares, tanto por los roles materno y paterno, como por las necesidades económicas de nuestro tiempo. La realidad es que cada vez más temprano el niño debe enfrentar un desarrollo que transcurre mayoritariamente fuera de la relación con sus figuras parentales y con su hogar.

A todos estos cambios se agrega la modificación y disminución, debidas a la urbanización y la inseguridad en las ciudades más pobladas, de las redes de contención social que antes representan los barrios.

También convivimos con profundas transformaciones de los roles tanto para el hombre como para la mujer, relacionados con las transformaciones de la identidad sexual de nuestra época. ¿Qué es ser hombre o ser mujer en nuestra cultura?, ¿qué es lo femenino y lo masculino? Con una homosexualidad inserta con un nuevo estatuto de equidad, con una bisexualidad cada vez más frecuente, con el travestismo y la transexualidad reivindicada, es fácil comprender que esta multiplicidad de modelos identificatorios dificulta

el desarrollo de la personalidad, la construcción de la identidad en la niñez y en la adolescencia.

Ser hombre o ser mujer no es una cuestión de sexo cromosómico, que es el único que no puede modificarse, pero dejó de ser una cuestión de sexo anatómico, porque lo que no se es y se desea, se modifica.

Las múltiples posibilidades de acceder a la maternidad, algunas que parecen de ciencia ficción y son realidad. Son tantos los avances de las ciencias que es cada vez más posible que alguien que desea tener un hijo lo logre. Paradójicamente sigue habiendo niños abandonados que pueden llegar a edades del desarrollo con carencias difíciles de revertir por extensos trámites burocráticos para su adopción.

La percepción que las personas tienen del ser humano en la sociedad actual es de seres fácilmente recambiables y sustituibles tanto a nivel afectivo, sexual, como laboral- lo que les genera una sensación de incertidumbre que, acompañada de los cambios vertiginosos a los que hacíamos referencia, dejan al individuo sumergido en una vivencia de precariedad angustiante.

Creo que la creciente prevalencia del accidente es el síntoma de una sociedad que pide tiempo para procesar algunos cambios y que pide cambios en ciertos tiempos cuya lentitud fundamentalmente burocrática no le permite proyectarse, concretar y avanzar.

El ser humano actual vive en un mundo que experimenta cada vez como más chico y en un tiempo que vivencia cada vez como más corto. Quizás este sentimiento de limitación sea el resultado de todas estas cosas que lo cercan, lo aprisionan y que tiene que resolver en un tiempo cuya finitud es implacable, porque tal vez ahora se viva más pero ¿se vive mejor?

Es así que tantos individuos “sonámbulos” de la conciencia por todo este conglomerado emocional que habita en su interior, chocan y pierden la vida, sin que esa vida se constituya en un llamado a la reflexión de todos como sociedad.

Lo que reproducimos a continuación es uno de los folletos del CIPEA

### **Premisas psicológicas para prevención de accidentes**

- \_ Todo individuo lleva en sí el germen del accidente.
- \_ Estimular la capacidad para detectar las crisis de cambio.
- \_ Detenerse ante los indicadores o señales de futuros accidentes.
- \_ Atender las ansiedades emergentes en las crisis evolutivas.
- \_ Observar la calidad y técnicas implementadas en la puesta de límites.
- \_ Estar alerta en los momentos de crisis familiar o de la pareja en que los roles de los adultos no se cumplan adecuadamente.
- \_ Estar alerta ante situaciones de crisis laboral.
- \_ Promover la concientización de posibles conflictos activados en el período de vacaciones.
- \_ Estar alerta a los posibles manejos omnipotentes de los ancianos que se resisten a aceptar las limitaciones de su actividad física.
- \_ No delegar nuestra seguridad en el orden aparente y buen funcionamiento de los factores externos.

## Epílogo

Quique está sin libreta, anda en ómnibus, en otros tiempos para trasladarse en la calle y en la vida. La crisis del accidente ha sido un hito sobre el que pudo reflexionar en profundidad, enfrentándose a dolorosos sentimientos, sin huir de ellos. Pudo darse cuenta de que a pesar del tiempo transcurrido, aún necesita reencontrarse con el recuerdo de su padre, para ir poco a poco aceptando su ausencia. Está pudiendo vivir desde un lugar de hijo y de hermano mayor, sin sentirse obligado a ser “el padre”.

Es importante destacar que la capacidad reflexiva de Quique, lo que los psicoanalistas llamamos “insight”, fue un puntal esencial para que este accidente se convirtiera en una oportunidad para el cambio y la elaboración, con el fin de evitar la repetición.

Es un ser inteligente, sensible, de “buena madera”, con raíces nutridas por fuertes lazos afectivos, como el que tuvo con su padre.

Cuenta además con un entorno familiar que lo entendió, lo apoyó y lo contuvo en todo lo que de su dolor sin saberlo estaba ahogando, pero no disimularon nada de su equivocación, como él mismo dijo “a las personas que me importan les conté todo con lujo de detalles”. Los verdaderos afectos deben estar unidos a la verdad, para constituir un lazo fuerte y sostenedor.

Este accidente fue para Quique una oportunidad para aprender.

Ojalá muchos puedan aprender de él, como él aprendió de sí mismo.



SABER HACER NEGOCIOS



Saber quiénes y cómo son en verdad los que nos rodean, no es sencillo. Lleva tiempo, sorpresas, alegrías y tristezas conocer a nuestros semejantes. Pero cuando se trata de entidades con estatuto legal como una sociedad de responsabilidad limitada (SRL), una sociedad anónima (SA), una entidad bancaria o financiera por un lado y personas individuales por otro, la relación se hace más asimétrica, compleja y enigmática. Son embargo tras todas esas formas legales también existen personas que al igual que los individuos, se rigen por normas, juicios, valores, códigos y éticas que se refleja en su accionar al igual que en las personas.

Palabras y acciones son las formas más habituales en las que expresamos lo que somos. Los afectos pueden permanecer más en nuestra intimidad pero son los que marcan la importancia, el sentimiento que sostiene lo que decimos y hacemos. Todo ello conforma lo que llamamos carácter, el sello constante de nuestra identidad.

Prestar atención a ellos en nosotros porque nos define y prestar atención en los otros porque los desnuda.

*“Cuida tus pensamientos  
porque se volverán palabras.  
Cuida tus palabras  
porque se transformarán en actos.  
Cuida tus actos  
porque se harán costumbre.  
Cuida tus costumbres  
porque forjarán tu carácter.  
Cuida tu carácter  
porque formará tu destino.  
Y tu destino, será tu vida”*

*Mabatma Gandbi*



**L**lamamos aspiraciones, deseos, ganas y también ilusiones a los afectos que son el motor para lograr nuestras metas en la vida. Los usamos habitualmente como sinónimos, sin embargo presentan matices que los diferencian y existe uno especialmente en el que ese matiz distintivo es altamente significativo.

Mientras que en el desear, aspirar o tener ganas de algo lo que se pretende es real, concreto, la ilusión puede ser aspirar a una cosa atractiva pero cargada por una cuota de imaginación que engaña nuestros sentidos.

La capacidad de ilusionarse acompaña a los deseos y les proporcionan esa cuota de disfrute que alimenta la esperanza.

En las ganas, el deseo o la aspiración existe una relación casi inmediata con la voluntad y el trabajo que debemos hacer para conseguirlo, en la ilusión la relación es más estrecha con la concreción que otorga cierta ayuda mágica del destino. Depositamos así en la ilusión la cuota parte de lo que no depende de nosotros y que hace posible que “de ilusión también se viva”.

Cuando logramos lo deseado, la ilusión se desvanece.

A veces las dificultades para alcanzar la meta o la gran importancia que les otorgamos, acrecientan la ilusión a tal punto que no nos permiten estar claramente instalados en la realidad tal cual es. Este aspecto aumenta el dolor de la frustración cuando las cosas no salen como esperábamos.

Creo que el sistema de valores imperante en nuestro tiempo alimenta ilusiones sostenidas muchas veces en engaños dañinos. Mientras unos dejan volar la imaginación para el cumplimiento de sus deseos, otros alimentan el vuelo para un beneficio real y fríamente calculado de sus ambiciones.

Una de las aspiraciones que más se relaciona con la ilusión es la casa propia. No sólo es una frase corriente, sino

que es una de las formas más habituales para conseguirla: “concrete la ilusión de la casa propia”.

La historia que voy a relatar estuvo motivada y alimentada por esa ilusión, pero lo que desde un lado era aspiración a concretar en un negocio beneficioso para ambas partes, desde el otro lado era “su negocio”.

## **La Historia**

Antes de la casa a la que hice referencia en la historia de “El árbol”, había iniciado el proceso de compra de otra residencia, que no logró concretarse.

Habitualmente leo los clasificados de inmuebles y mucho más en la época en que estaba a la búsqueda de uno. Un domingo encontré un aviso publicado por primera vez que cumplía las condiciones que necesitaba y a buen precio.

Al lunes siguiente llamé para concretar una visita que se realizó esa misma semana. La casa me servía en comodidades y costo, pero también me gustó, me atrajo, emocionalmente hablando. Como en todo lo antiguo, había en ella una historia que emanaba en muchos de sus desgastados espacios. Tenía frisos de yeso trabajado, azulejos decorados, una vieja cocina, claraboya y un patio con aljibe en un fondo con caminitos. Era una delicia para mi costado nostálgico.

A los tres días le pasé a los vendedores una oferta que fue aceptada y los escribanos se pusieron en contacto. La “inmobiliaria” era de dos jóvenes que transitoriamente tenían la oficina en la casa y se ocupaban de la venta.

El boleto de reserva se firmó sin problemas con la presidenta de una Sociedad Anónima de los dueños a quien vi brevemente en esa instancia, en la que prácticamente no hablamos dado que no se trataba de la dueña y la ocasión no demandaba mayor intimidad.

La operación se realizaba en base a una entrega de dinero de mi parte y pagaría el saldo con un préstamo bancario conveniente a mis posibilidades, cuyos beneficios expiraban en un mes, por lo que la operación debía concretarse en ese tiempo.

Tenía en mi poder los papales listos, porque ya sabía que en algún momento debería realizar el trámite bancario y los planos

de la casa eran originales, por lo que todo se desarrollaba normalmente.

Aprovechando el tiempo, como es característico en mí, y entre ansiosa y contenta por concretar mi sueño de tener un lugar donde vivir y trabajar, solicité a la inmobiliaria hacer algunas visitas con una arquitecta amiga que iba a proyectar los arreglos.

Durante esas visitas me pareció que la cantidad de azulejos sueltos iba disminuyendo, me dijeron que el escribano se había llevado la cocina antigua que estaba amurada porque se la regaló el dueño. También noté que habían recortado algunos empapelados de época con sectores pintados a mano.

Al señalarle todas estas cosas a las chicas de la “inmobiliaria” dijeron que estaba equivocada, que no había mirado bien y además, como en una compra de esa naturaleza no se hace inventario, no tenía manera de probarlo. Opté por decirle que iba a recorrer la casa con la arquitecta, a contar los azulejos del baño, la cocina y otros componentes cuya antigüedad me importaba. Así al menos tendría un respaldo y a la arquitecta como testigo.

A pesar de todo esto, debo reconocer que mi entusiasmo porque todo el trámite bancario estaba y mi lazo amoroso con esa casa eran más importantes que esas “insignificantes irregularidades”.

Muchas veces durante las visitas recorría el fondo, imaginándome quién habría cuidado esos canteros. Soñaba con ver el aljibe restaurado, con sus hierros pintados y con el balde colgando para sacar agua. Sentía que había sido una casa querida, lo que en mi imaginación era una especie de historia amorosa de la que ahora yo sería protagonista.

Un día me llamó mi escribano para decirme que estaba fijada la fecha para firmar, que ya había avisado al escribano de la otra parte para que se presentara con la Sra. presidente de la S.A que vendía. Ya había firmado los papeles del banco y no tenía por qué

estar presente en el trámite, así que esperaba en la casa a que me trajeran las llaves luego de concluida la operación.

Dos horas después me llamó mi escribano para decirme que no se había presentado nadie y que no podía ubicar al escribano de la otra parte.

Totalmente desmoronada y posteriormente desesperada, le pregunté: “¿Qué hacemos?” Me respondió que esperara hasta el día siguiente para ver si los ubicaba. “¿Y el trámite del banco?”, le pregunté preocupada, porque esos créditos expiraban esa semana.

Además, increíblemente a la semana siguiente tenía que viajar a Perú a recibir uno de los premios que me han otorgado, e irme con la casa comprada para mí era parte de ese premio que contribuía a hacer realidad algunos de mis proyectos.

Al día siguiente me llamó el escribano para decirme que había conseguido una última fecha para la semana siguiente, que el escribano de la otra parte estaba en el interior y que no lo había podido llamar para decirle que la Sra. que firmaba tenía un familiar enfermo y que por eso no había venido, pero que estaría en la fecha pautada.

El día de la firma me encontraba ansiosa, angustiada e intuitivamente temerosa y le dije a mi escribano que lo esperaba en su estudio, cercano al banco, luego de firmada la compra.

Llegó, pasado un tiempo, para decirme que otra vez nadie se había presentado y que en esta oportunidad yo había perdido no sólo la casa sino también el préstamo.

Viví en carne propia lo que he escrito en mis libros, porque mi cuerpo habló con toda la fuerza de mis malestares físicos de todos mis afectos contenidos en ese momento.

Al regreso del viaje mi escribano me comentó las absurdas excusas y explicaciones parciales que le dio su colega, representante de los dueños. Pero además me sugirió que diera paso a mi

abogado, porque no querían pagar la multa que me correspondía por incumplimiento.

Enfrentada a la inevitable realidad de un año de juicio por delante y sumergida en el dolor de la pérdida inexplicable, necesité saber: ¿Quiénes eran realmente?, ¿Por qué habían actuado de esa manera? ¿Qué se escondía detrás de todo ese accionar irresponsable y ahora, además, reafirmadamente perjudicial?

Mi primer dato cierto era la casa, la dirección y el número de puerta. Decidí buscar en la guía el apellido que figuraba, no para llamar al número de la casa, obviamente, sino para localizar a los dueños anteriores.

Pude contactar a la hija del primer dueño de la casa. Era una mujer agradable a la que le conté mi historia y sensiblemente dolida por lo que me había pasado, me contó la suya. Su padre había sido un inmigrante italiano que compró, arregló y vivió en esa casa toda la vida con su familia. Sus hijos se fueron casando, su mujer murió y él se quedó allí, sólo. Los años y sus achaques ya no le permitían mantener ni cuidar la casa, pero no quería deshacerse de ella. Cuando su salud empeoró, los hijos lograron convencerlo de vender y aparecieron tres “señores” interesados en comprarla para reciclarla y hacer apartamentos. Casi sin darse cuenta, el negocio se concretó en menos de treinta días. “*Nunca me gustaron*”, me dijo, pero pagaron en efectivo y resolvimos el problema. “¿Qué suerte que mi padre no está vivo: saber todo esto lo mataría!”, me comentó. Ojala nos hubiésemos conocido antes y la casa terminara siendo de alguien que la quisiera tanto como él. Nuestra conversación fue larga, afectuosa y no faltaron cálidos recuerdos de su historia en la que no faltaban el aljibe, su infancia y la alegría. Le agradecí mucho su actitud, ella lamentó mis circunstancias y nos despedimos deseándome suerte.

Como si fuera un detective seguí con las otras “pistas” que tenía: el nombre de la Sra. presidente y de la S.A. con la dirección

que figuraba en el compromiso.

Busqué en la guía esa dirección y llamé al teléfono que figuraba. Resultó ser un estudio contable. Presentándome como una profesional sin especificar de qué, expresé que necesitaba ubicar con suma urgencia a la Sra. NN. Me respondieron que no tenían datos de ella y que apenas la conocían, solo sabían que era empleada de unos clientes de ellos a quienes les llevaban algunas contabilidades. Insistiendo en la gravedad del asunto y mi urgencia por encontrarla, les pedí si no serían tan amables de darme algún dato de sus clientes para poder ubicarla.

Me entregaron el nombre del negocio y el número de teléfono.

Para mi sorpresa se trataba de un muy conocido negocio de plaza que vende artículos importantes de marcas extranjeras, repuestos y demás.

Al día siguiente llamé al negocio y pedí por la secretaria de los dueños, dado que desconocía el nombre de ellos. Nuevamente me presenté como profesional y expresé mi necesidad de contactar a la Sra. NN por un tema personal urgente. La secretaria me dijo que ella era empleada de sus patronos, que vivía en el interior y venía poco a Montevideo. Al preguntarle por sus patronos, me respondió que estaban de viaje y llegaban en dos días.

Al comunicarme nuevamente, hablé con la secretaria, le recordé quién era y le solicité hablar con el dueño por el asunto que le había explicado. Me dijo que él estaba de viaje todavía pero que me podía pasar con la esposa. Ante ella me presenté como una doctora que necesitaba ubicar con urgencia a la Sra. NN y le pregunté si la conocía. Me respondió que sí, que era empleada de ellos para “algunas cosas”, pero que vive en el interior. Acto seguido le dije si me podía confirmar que ellos eran los dueños de la S.A. MM, a lo cual, sorprendida, me contestó que tenían muchas, pero que sí, esa es una de ellas. “¿Por qué?” “Porque yo soy la

persona que compró la casa de la calle XX y ustedes son quienes, luego de firmar el compromiso, no se presentaron a ninguna de las instancias bancarias. Por ese incumplimiento me ocasionaron un perjuicio que me hizo perder la casa y el crédito. Pero además ahora no quieren pagar la multa y quiero saber porqué”.

Luego de un breve silencio, en el que temí que cortara la comunicación, me respondió que el marido tuvo problemas con los socios y se quiso deshacer de la casa, pero que después se dio cuenta que la había vendido rápido y barata. Y por eso no firmaron. “Sin siquiera avisar”, acoté yo. “No era necesario, simplemente no se firmó”, señaló ella. Tratando de rescatarme de mi asombro ante el modo imperturbable de responder de aquella mujer le dije: “Pero hay una multa, ¿por qué no quieren pagarla?”. Con más frialdad aún me contestó: “Primero porque a veces es más conveniente no pagar antes que pagar y además porque el juicio llevará aproximadamente un año, luego pagaremos en cuotas y mientras tanto, nosotros ‘haremos trabajar’ ese dinero”.

Ante mi silencio y, por si me quedaba alguna duda, agregé: “*Dra., usted será académicamente brillante pero de negocios y de cómo hacer plata no sabe nada, de eso sé yo*”. “Tiene razón”, le dije. “Pero de ética y valores usted no sabe nada y de eso yo sí sé”. Cortamos ambas la comunicación.

El juicio por la multa constó de tres audiencias y duró un año. En esas instancias ellos nunca fueron pero pude ver detenidamente a la Sra. NN, una humilde mujer que apenas tenía una casita, que no entendía nada y que solamente sabía que había firmado lo que le pidieron. Pero legalmente presidía una SA, todo estaba acorde a la ley. Cobré la multa al año y en tres cheques diferidos, porque si apelaba el fallo a mi favor, podía terminar demorando más en cobrar, tal como me dijo la señora que “sabía hacer negocios”.

## Negociar

El negocio es una ocupación o trabajo en el que cuando todo sale bien se logra la utilidad que se pretende.

Es una actividad útil y lícita: de hecho negociar es una capacidad y una necesidad permanente de los seres humanos para solucionar problemas o diferencias procurando el mejor logro. Por eso la finalidad de un buen negocio no es solamente económico, como podemos comprobar a diario.

Al resultado de un buen negocio se le llama provecho o ganancia, del que se benefician dos o más partes, no siempre en forma equivalente, pero sí con saldo positivo.

El giro lingüístico que se usa para decir que alguien hizo “su negocio”, ya alude a un provecho propio que desvirtúa el sentido verdadero del término.

“Negocio” se define también como actividad lucrativa y en sentido estricto es sinónimo de utilidad y beneficio. Tanto para el Diccionario de la Real Academia Española, como para los diccionarios etimológicos, lucro es considerado un término neutral que adquirió una connotación peyorativa. Por eso proponen adjetivarlo y referirse al lucro legítimo para lo “bien habido” y al abusivo para el “delito de utilidad”.

Reflexionando sobre la historia, podría decirse que, hasta cierto punto, todo se trató de un negocio lícito que no se concretó. De hecho, la S.A. estaba en regla, la señora podía ser presidenta, ellos podían arrepentirse, había una multa establecida, como es habitual, ante la posibilidad del incumplimiento de lo acordado. Sabía que el crédito tenía un término ya fijado por el banco y debía tener mi documentación lista en ese plazo para no incurrir yo en incumplimiento.

La historia cambia cuando se produce el no pago de la multa, porque ese acto es claramente ilegal. Tanto es así que

por eso hay derecho a un juicio y una reparación.

No pagar la multa da cuenta de varios aspectos interesantes. Por un lado, alguien que dice que “sabe” hacer negocios, pero que incluye la ilegalidad como parte “natural” de ese saber. Pero además podríamos decir que su actitud ante la multa delata que hace “su negocio”, utilizando con clara conciencia y argumento el incumplimiento de la ley en provecho propio, con la postergación del pago para “¿hacer trabajar?” ese dinero. Por otro lado, para esa persona su contraparte, o sea en este caso yo, “no sabe” hacer negocios, probablemente porque, como dice el dicho “hecha la ley, hecha la trampa”, quien negocia lícitamente habitualmente no sólo no utiliza, sino que desconoce las trampas.

Lo expresado espontáneamente en mi respuesta, sobre ética y valores, es irrelevante para quien se maneja con códigos tan diferentes.

Mucho de lo relatado es representativo de lo que llamamos crisis de valores de nuestra época. Aspectos que tienen más que ver con la moral y la ética, con el “cómo” hacer las cosas, que con la mera legalidad o ilegalidad implícitas.

Creo que los grandes cambios en el modo de negociar también están impregnando la definición de la legalidad. La ley está íntimamente relacionada con la estabilidad por lo cual, lo que debería ser excepcional, se está tornando en un hecho casi cotidiano, como es cuestionar la inconstitucionalidad o no de una ley. Esto deja en evidencia el terreno movedizo por el que transita nuestra sociedad en cuanto a normatividad se refiere.

La ley es el basamento de la moral y los valores. Si pasa a estar permanentemente cuestionada, se hace cada vez más difícil poder diferenciar qué está bien de qué está mal, qué es correcto o incorrecto.

No es tan lejana la época en que bastaba el valor de la palabra, o el apretón de manos para dar por hecho un negocio. Hoy eso no sólo no existe, sino que no basta con la palabra escrita para respetar lo acordado y debemos, como sucedió en este caso, hasta reclamar la reparación del incumplimiento, porque se trata de evitar a toda costa asumir las consecuencias.

Según el Dr. Luis Chiozza<sup>10</sup>, “la crisis surge porque carecemos de un conjunto suficiente de valores compartidos que configuran la ética de una comunidad social”. Esta dificultad para establecer valores compartidos se torna caótica especialmente para sostener los derechos individuales y mejorar nuestro accionar.

Según este autor, el núcleo de esta crisis “parece ser un individualismo malsano que persigue el prestigio, el poder y la riqueza material”, aspectos sobre los que reflexionaremos a continuación.

## **Transparencia u opacidad**

En la historia de “Una mujer como tantas” hice referencia a la duplicidad que, según Freud, tiene el hombre respecto a cuestiones de dinero y sexualidad.

Chiozza señala este aspecto como el perpetuo movimiento entre transparencia y opacidad.

En los protagonistas vendedores en este negocio es clara la opacidad. Si unimos los eslabones de una cadena que comienza con tres hombres “que no impresionaban bien” y hacen un rápido negocio para luego desaparecer, dos chicas de una “supuesta” inmobiliaria, una S.A. cuya presidenta es

---

10 Chiozza, L. (2013) Intimidad, Sexo y Dinero. ¿Alguien sabe quién soy? Ediciones del Zorzal. Bs. As. Argentina.

una modesta señora que en realidad no poseía el inmueble, no sabía ni lo que había firmado, no tenía ni idea de lo que era una S.A., un escribano “escurridizo” de difícil ubicación y dudoso accionar, la opacidad se va transformando en oscuridad y ocultamiento.

Este tipo de proceder a la sombra, bastante habitual en nuestra época, está al servicio de una ilegalidad que pretende accionar sin o con las menores consecuencias. Cuando, producto de mi investigación, quedan desenmascarados los ocultamientos, se devela una persona para quien esa forma de actuar es parte de sus códigos, que le daba rédito, dado que los pregona como útiles al servicio de su ganancia.

Incluso la ilegalidad del no pago de la multa está fundamentada en un beneficio calculado, sobre el que haremos algunas hipótesis.

Creo que el comportamiento social ante la ley está poniendo en evidencia una suerte de inimputabilidad conocida por los trasgresores, que los lleva hasta el extremo de jactarse de su accionar.

El quebrantamiento de la ley en nuestra época es moneda corriente, pero sólo una grave inversión y trastrocamiento de los valores puede explicar que progresivamente vaya desapareciendo la culpa por el daño y el sano temor al castigo.

Es como si hubiésemos pasado de la presunción de inocencia hasta que se pruebe la culpabilidad, a la culpabilidad que desafía ser probada.

Desde mi lugar de comprador en este negocio, la actitud fue transparente, pero quisiera retomar lo dicho sobre la ilusión.

Creo que en parte la ilusión que, como dije, tiene un componente engañoso, no me permitió darle más importancia a

las opacidades. Recién en el desenmascaramiento establecí una clara ubicación en la realidad. El rápido accionar de mi abogado que lo llevó a solicitar el embargo preventivo del bien, impidió que se vendiera la casa antes del juicio porque podría incluso no haber cobrado la multa.

Funcionar en esta realidad cada vez con menos buenos valores compartidos nos obliga a estar más atentos a los vendedores de “ilusiones”.

### **“Hacer trabajar el dinero”: ¿Ganancia o lucro abusivo?**

Quisiera reflexionar acerca del motivo que expresa la señora para no pagar la multa: “hacer trabajar ese dinero”.

Para quienes trabajamos para ganar el dinero, nos resulta una afirmación confusa y hasta contradictoria. Pero: ¿cuál es la forma en que el dinero en sí mismo puede “trabajar” para ganar más dinero?. La respuesta es la colocación a interés.

Este razonamiento nos llevaría al camino del ahorro, algo que todos sabemos que no es la actitud mayoritaria en nuestros tiempos, e incluso uno de los motivos por los cuales las personas fueron dejando de ahorrar está relacionado con la poca rentabilidad del dinero guardado.

Según un artículo de una entrevista a Gustavo Pérez, ex presidente de AEBU, publicado en Portal de Noticias<sup>11</sup>, luego del período del 2008, en el que bajaron las tasas del dinero colocado en el exterior, “los bancos se vieron obligados a cambiar la estrategia y colocar al consumo por instrumentos tercerizados, como son las financieras” y manifestó que “todos los grandes bancos tienen una financiera al lado”.

---

11 Portal de Noticias Tiempo. Gustavo Pérez. “Estimulando a la gente para endeudarse”. 4 de agosto 2013.

Pero para que las financieras funcionen hay que estimular el consumo y el crédito, por lo tanto el endeudamiento con tasas de interés tan elevadas que llegan al “límite de la usura”.

Además actualmente tenemos según él hace referencia, “el fenómeno del otorgamiento de créditos fuera de todos los niveles de control, como son los otorgados por las propias empresas”, con lo cual gana doblemente.

Podríamos describir el panorama de nuestra época así: la publicidad estimula el consumo en abundancia, el dinero no alcanza para todo, con lo cual se estimula el crédito, crédito que se otorga en préstamos producto de colocaciones de dinero que generan una alta rentabilidad.

Prácticamente cada dos o tres meses aparece una nueva financiera que pregona mejores beneficios del endeudamiento y menores exigencias “a sola firma”.

En esta cadena perversa hay una educación cuyo mensaje es “compre ahora y pague después”, pero además “compre porque lo va a hacer feliz”. No nos olvidemos de que el marketing de las empresas de publicidad también se alimenta de los conocimientos de la psicología, pero puestos al servicio de la venta del producto con una ética muchas veces cuestionable.

La relación entre consumo y felicidad está presente en todos los avisos publicitarios. Están los que lo acompañan de la felicidad afectiva familiar o de pareja, según el producto que se comparte; la felicidad individual según el producto que se usa o se posee; la felicidad de una buena imagen según el producto que transforma la apariencia, especialmente, porque rejuvenece o adelgaza; y hasta la felicidad sexual fantaseada cuando el producto va acompañado de una exuberante mujer.

El bienestar y la felicidad es la consecuencia del producto obtenido “ya”. Esa inmediatez se logra con el crédito.

Pero las cosas no terminan ahí: hemos llegado a que se ofrezca un préstamo del equivalente al dinero del aguinaldo, un claro producto del trabajo, pagándolo hasta dos o tres meses después de la fecha habitual en que se cobra por trabajo. Y si de vender ilusiones se trata, el estímulo al vuelo de la imaginación está en el mágico hecho de que además se “regale” el no pago de las últimas cuotas, que ya están ampliamente pagas con el interés del crédito.

Como dice Gustavo Pérez, “a la gente lo único que le preocupa es el monto de la cuota”, con lo cual no hace cálculos del total, y además se endeuda “no precisamente por artículos de primera necesidad”.

Dentro de esta estrategia engañosa al servicio del endeudamiento está el juego numérico, donde siempre hay una cuota que termina en 99 o una relación parecida entre el monto total y el número de cuotas, que confunde al rápido cálculo mental, si no se lo hace claramente. A modo de ejemplo, un crédito de \$ 30.000 en veinte cuotas de \$ 2299 es una cifra interesante con una cuota accesible, pero cuyo producto final es \$ 45.980, \$ 15.980 más que el dinero del préstamo.

Volviendo a “la señora que sabe hacer negocios”, podemos pensar que la multa de U\$ 10.000 que demoró un año en pagar a un interés legal de 6%, a un negocio que vendía artículos y los financiaba a un interés ampliamente superior, le convenía no pagar. Esa diferencia de ganancia que la señora llamó “hacer trabajar el dinero”, era obtener una ganancia abusiva por el producto de una ilegalidad “calculada”, amparada por una sociedad dominada por el sistema financiero y el consumo.

Coincido con Gustavo Pérez en que debemos recorrer un largo camino de educación para revertir este trastocamiento de valores. Hay gente que, sin darse cuenta, entre el auto, las vacaciones, los aparatos tecnológicos y ni que hablar si además paga su casa, está endeudada para el reto de su vida, con la creencia de que compró la felicidad. Hasta que de verdad ya no pueda pagarla y no haya ninguna financiera que le preste.

En nuestro país, la ley de créditos habilita a que la primera parte del pago sea mayoritariamente intereses, en algunas ocasiones hasta se fija una fecha antes de la que no se puede hacer la cancelación y, si se cancela, hay que pagar una multa por hacerlo.

Una pareja amiga que había accedido a un crédito para comprar su casa en una financiera que promociona la claridad de sus préstamos, obtuvo un monto de U\$ 60.000. Luego de pagar la cuota durante un año y medio, por circunstancias familiares podían cancelar el crédito. Tuvieron que hacer un pedido especial por escrito, esperar el resultado y cancelaron pagando la multa y los mismos U\$ 60.000, porque las cuotas de más de U\$ 600 pagadas durante un año y medio eran solo interés. Esto es así en prácticamente todos los créditos, pero está en la letra chica que nadie lee. Y que, además, por algo debe ser tan chica.

Algo similar le sucedió a un amigo que había sacado un préstamo en un banco por cuatro años para comprar un auto. Al finalizar el tercer año tenía el dinero para cancelar la deuda, pero el descuento era ínfimo porque el saldo era prácticamente todo capital y además tenía que pagar una multa por cancelación.

Retomando el alimentar ilusiones, no puedo dejar de detenerme a destacar la altísima publicidad que tienen los

juegos de azar en nuestro país. Otra forma de alentar la solución mágica de los problemas o el cambio milagroso de un modo de vida por otro, nuevo y maravilloso. Se concentra así en la suerte la posibilidad de un destino donde se obtenga todo lo deseado sin esfuerzo, producto de una módica apuesta. Pero que al sumar las de todos los apostadores, deriva en cifras millonarias.

Cuando se habla de consumismo y del daño que eso implica: ¿Se desconocen o se prefiere no pensar todas las cosas a las que hice referencia?, ¿dónde quedó la vieja y querida “chanchita” dónde poníamos una a una las monedas que nos regalaban y que cuando se llenaba la rompíamos para comprarnos aquello que deseábamos, con el fruto de ese ahorro?

Además, si es cierto que transitamos momentos económicos de mejor poder adquisitivo, deberíamos poder comprar con nuestro dinero y al contado. Pero la fuerza incorporada de la cultura del consumo al servicio de todos los que se benefician, hace que nunca alcance porque siempre hay algo más para vender y algo más que nos va a faltar para ser felices.

## **Reflexiones desde el psicoanálisis**

La ley como gran norma unificadora que nos comprende a todos, los valores -que también son normas- y las creencias, son aspectos centrales y puntales en el funcionamiento de la personalidad que configuran lo que llamamos carácter.

Son los modos habituales de sentir, hacer y pensar de una persona y nos permiten definir el perfil de sus comportamientos.

Se constituyen en la vida a lo largo del desarrollo por la impronta de los padres, maestros, educadores y modelos de

admiración, y se define por la particular selección que las personas hacen de todo eso, hasta consolidarse en un conjunto articulado y estable.

El carácter debe tener la cualidad de permanecer, porque no puede cambiarse permanentemente, pero también debe remodelarse acorde a los tiempos y las circunstancias.

En la señora que “sabe hacer negocios”, observamos el prototipo de una modalidad perjudicial de nuestra época, en este caso un accionar trasgresor, sentir y pensar trasgresor y perverso. Tiene la característica de lo que los psicoanalistas llamamos “egosintónico”, es decir que aunque lo consideramos inadecuado o anormal, a ella no le resultaba molesto, no le parecía mal y no le importaba.

Este tipo de carácter no necesita ni buscará cambiar, sencillamente porque le sirve y no le importa ser así.

Pero los rasgos que forman el carácter no son un bloque único, sino que son, como dijimos un conjunto de aspectos.

Muchas veces esos rasgos que se entrelazan entran en conflicto o se desequilibran por algún acontecimiento en el accionar en la realidad. En esas circunstancias se transforman en fuente de conflicto, generan malestar y angustia, lo que exige reflexión y remodelación. Si el carácter estaba básicamente bien consolidado la propia persona resuelve la situación. Pero gran parte de las veces es motivo de demanda de tratamiento psicoterapéutico.

Psicoanalizar el carácter en cualquiera de sus formas patológicas de funcionar es una tarea compleja y difícil. Implica transitoriamente desestabilizar aún más el desequilibrio, porque basta intentar cambiar un rasgo, para que todo el conjunto de los rasgos se sacudan.

Una gran parte de los conflictos de las personas en la actualidad está relacionada con personalidades que no han

logrado desarrollar adecuadamente un carácter sano y estable que les permita un buen funcionamiento en la realidad, lo que altera la capacidad para el buen juicio, la acción adecuada y el sentir armónico.

Veamos otros aspectos para luego retomar lo que veníamos reflexionando desde una perspectiva más general.

La búsqueda de la satisfacción del placer en el ser humano, apuntalada en la necesidad, es una constante a lo largo de su desarrollo. El mundo exterior, representado primero por la madre y el padre, y luego por los educadores, pondrá límites a esos deseos que lo llevarán a vivir la frustración. Desde el límite en el deseo del pecho a demanda, pasando por la educación de esfínteres hasta otro tipo de límites más complejos se termina aceptando que no puede hacer lo que se quiere, cuando se quiere y como se quiere. Pero además tampoco podrá tener todo lo que desee en el momento que lo quiera y tampoco podrá ser todo que quisiera ser, sino lo que sus cualidades en relación con sus circunstancias le permitan.

La capacidad para la aceptación de la frustración es un elemento básico en el buen desarrollo de la personalidad. Cuando digo frustración también incluyo límites, es decir todos los “no” que la realidad impone.

El gran consumismo de nuestra época está sostenido en gran parte por ese deseo de satisfacción inmediata, que en el niño y los adolescentes, debe ser limitado y contenido fundamentalmente por los padres y educadores.

Pero como gran parte de los adultos están inmersos en el mismo conflicto, tienen con sus hijos la misma actitud permisiva que con ellos mismos. Además, la publicidad también estimula esta relación placer-consumo en los niños y los jóvenes, que luego presionarán a sus padres y que

muchas veces por comodidad, ignorancia, o para que no se sientan descolocados en su entorno, les dan lo que no tienen, no pueden o no deberían darle.

Otro aspecto fundamental en el desarrollo de la personalidad es la relación entre esfuerzo y resultado. Para lograr la mayor parte de las cosas en la vida, hay que hacer un trabajo, hay que ganárselo o merecerlo.

La inversión que ubica el resultado antes que el esfuerzo no toma en cuenta esta adecuada secuencia, entonces los adultos se comportan como los niños cuando creen merecer por derecho natural e incuestionable lo que debe ser la consecuencia de lo que se hace para lograrlo.

De esta pretensión del beneficio sin esfuerzo, surge muchas veces una equivocada vivencia de injusticia cuando no se obtiene lo deseado, cuando en realidad lo justo es lo que a cada uno le pertenece o corresponde por mérito de su trabajo. Es como si estuviéramos dominados por un comportamiento social infantil de querer algo, tenerlo como sea y ¡ya!

¿Cómo definiríamos a gran parte de los adultos de nuestra sociedad?, ¿cómo definiríamos a nuestra sociedad en su conjunto?

Deterioro de las buenas costumbres, falta de sentimiento de comunidad, individualismo excesivo, carencia de modelos con claros valores normativos, búsqueda del placer inmediato, violencia permanente, trasgresión, impunidad desafiante, sensación de inseguridad e inestabilidad, decadencia educativa, pero no solo académica sino en cuanto a hábitos y costumbres.

Según el Dr. Luis Chiozza (2014- Inédito), “ el paciente hoy es sobre todo alguien que padece por una crisis de valores que comparte con un consenso mayoritario dentro de la sociedad que habita, consenso en el cual es posible y aún

probable que participe su psicoanalista”. Continúa diciendo Chiozza que “ lejos de intentar resolver en una persona un trastorno que afecta a la sociedad que ella habita, se trata, en cambio, de llevar a su conciencia que esa crisis existe, que se trata de una patología social que forma parte de su circunstancia y que deberá encontrar una mejor manera de relacionarse con ella”.

Reflexionando sobre las palabras de Gandhi podríamos decir que estamos forjando un destino inestable e incierto, plagado de costumbres que se han convertido en hábitos que nos alejan de buenos valores para cuya reparación ya no alcanza con cambiar las palabras.

Quizás enfrentándonos con nuestros pensamientos sea posible revisar los fundamentos de la lógica que los sostiene e integrar tal vez también la sabiduría del corazón, porque para muchas personas los motivos que guían sus actos les han costado o les están costando el precio de no tener una vida mejor.



CONEXIÓN DE VIDA



Quienes conocemos o hemos escuchado a los sobrevivientes de los Andes hablar sobre su experiencia, sabemos que siempre expresan que cada ser humano se enfrenta en su vida a “su propia cordillera”.

Es decir que por diferentes circunstancias muchas personas han estado en situaciones límite, en las que debieron luchar para seguir viviendo. Es en momentos así que se ponen a prueba todos los recursos del ser humano, su amor a la vida, sus motivos para vivir, sus carencias pero también sus habilidades. Asimismo, siempre se necesita de otro u otros que por momentos son los compañeros fantaseados de la esperanza, pero son también seres reales, una ligazón imprescindible para seguir. Los jóvenes amigos muertos en el caso de los Andes, pero también el arriero que estaba ahí en el momento y el lugar oportuno para recibir el mensaje de auxilio.

¿Qué haríamos o cómo reaccionaríamos nosotros ante circunstancias extremas? Creo que no lo sabemos hasta que no las vivimos, por algo algunos logran superarlas y otros no. También está el misterio de lo que llamamos azar, destino o designio divino que de una manera misteriosa interviene en el desenlace.

Esta historia está dedicada a todos los que sobrevivieron a sus propias cordilleras gracias a su amor a la vida y a haber estado rodeado de seres que los alentaron, acompañaron, esperaron o tuvieron la oportunidad de establecer una conexión tan estrecha que, como la mano al borde del precipicio, logró concentrar toda la fuerza sostenedora de la vida.

Existen experiencias que nos conmueven hasta lo más profundo de nuestra existencia y nos transforman a tal punto que nunca más seremos los mismos.

Nos reafirman como un sello grabado a fuego el valor de la vida, como bien dice el tango “A pesar de todo”, de Eladia Blázquez:

*A pesar de todo, me trae cada día  
La loca esperanza, la absurda alegría  
Me brota la vida, un sueño me acuna,  
Y yo me acomodo, a pesar de todo,  
La vida que es dura, también es milagro  
También aventura, a pesar de todo irás adelante  
La fe en el camino será tu constante  
A pesar de todo la vida es hermosa  
Siempre y sobretodo de todas las cosas*

**D**esde hace años es un hecho que la tecnología ha llegado para quedarse. Se ha ido instalando con tal fuerza en la cotidianidad, que es casi imposible imaginar el diario vivir sin ella. Esta conmoción ha generado resistencias que llegan a la tecnofobia y adhesiones que llegan a la adicción.

En muchos aspectos podríamos decir que simplifica la vida, pero en otros la ha complicado. Uno de los problemas más evidentes es que la tecnología va más rápido que nuestras posibilidades de incorporarla y, lo que es más importante, más rápido que nuestra capacidad para evaluar sus beneficios o sus daños en diferentes áreas.

La sucesión de cambios se produce con tal rapidez que se dificulta la adecuada evaluación de los efectos de cada uno de ellos. No termina de procesarse un cambio cuando el progreso incorpora una nueva variable.

Este último aspecto no es un hecho menor si pensamos que prácticamente no hay ninguna disciplina científica -ni siquiera las más humanísticas- que no se haya visto impactada por sus efectos.

Las consecuencias del progreso basado en estas características, nos guste o no reconocerlo, pueden ser potencialmente trágicas, por lo cual hay una cuota de cautela que no es resistencia sino protección y cuidado.

En los aspectos más generales encontramos el beneficio en las comunicaciones, la rapidez en la difusión de la información y el conocimiento y las comodidades en el diario vivir. También nos favorecemos a diario los aportes de la tecnología al servicio del cuidado en la seguridad de los riesgos domésticos.

Todas estas cualidades positivas tienen su contracara que puede considerarse negativa o dudosa, como cuando observamos que la facilidad de la comunicación lleva al aumento

del individualismo globalizado, la modificación del concepto y los límites de la privacidad y la gran diferencia entre lo que “alguien es” y lo que “dice ser”.

Como expresan los expertos en el tema, la globalización no es negativa ni necesariamente alienante si promueve recursos para que muchos seres anónimos se hagan oír. Como instrumento al servicio del hombre puede favorecer su condición de artífice de nuevas experiencias.

Este último aspecto lleva a la necesidad de una mayor capacidad para distinguir entre la realidad “material” y la realidad “virtual”, porque muchas personas terminan confundiendo en qué realidad sucede lo que están viviendo y cuál es la más importante en sus vidas.

A los niños les permite un desarrollo enorme de la capacidad imaginativa, con la contraparte de que también aumenta la omnipotencia infantil, la ilusión de la realización inmediata de los deseos, lo que después choca con mayor fuerza con los inevitables límites de la realidad.

Tanto en los más pequeños como en los adolescentes está favoreciendo el hecho de disponer de mayor información sobre la sexualidad, al mismo tiempo que facilita el acceso temprano a la pornografía. Esto estimula la precocidad sexual en etapas del desarrollo de inmadurez emocional, lo que los torna más fácilmente potenciales víctimas para las perversidades sexuales. Lo cual también se relaciona con los cambios en el concepto de lo que es intimidad.

En el adolescente puede aumentar la brecha entre conexión virtual y aislamiento social, lo cual puede enmascarar las dificultades de relacionamiento.

En fin son innumerables los cambios que se están produciendo, tantos que a veces ignoramos su magnitud por lo inmersos que estamos en ellos.

Por eso insisto en la necesidad de que cada uno desde su lugar reflexione sobre la utilidad y la necesidad de la tecnología en su vida, porque en última instancia no olvidemos que será deslumbrante, pero no es otra cosa que un instrumento y como tal puede ser potencialmente beneficioso o dañino.

## **Algunas consideraciones sobre la técnica psicoanalítica**

Quienes hayan realizado una terapia de orientación psicoanalítica o un psicoanálisis, estarán familiarizados con algunos aspectos de lo que voy a mencionar por haberlos vivenciado. Pero para quienes no lo hayan hecho, algunos de estos conceptos son importantes para entender parte de lo que relataré posteriormente.

Todo proceso psicoterapéutico constituye una experiencia clínica singular. El punto central de esta singularidad se ubica en la relación que se establece entre el paciente y el terapeuta, lo que técnicamente denominamos transferencia - contratransferencia.

Es en los avatares de esa relación es que se despliegan los cambios: avances y retrocesos, repetición y elaboración de conflictos, donde surge lo nuevo, lo desconocido, lo inesperado. Podríamos decir que es en esta dinámica esencialmente cambiante donde reside la diversidad y la riqueza, donde el arte se integra con la técnica en una amalgama difícilmente separable. Pero todo el despliegue de esta trama, el proceso de la terapia, se asienta sobre un escenario de características más permanentes e invariantes al que llamamos “encuadre”.

El encuadre es el marco referencial que contiene y protege la movilidad del proceso, se sostiene en la realidad

témporo-espacial. Es el momento, el lugar, la frecuencia, el costo con que el paciente y el terapeuta acuerdan trabajar.

El encuadre es una estrategia de la técnica y sus variaciones deben estar en función de privilegiar el mejor desarrollo del proceso.

El psicoanálisis, como toda disciplina, ha promovido cambios y a su vez ha debido cambiar a lo largo del tiempo. Para ello tuvo que reformular una y otra vez sus teorías y, por lo tanto, su técnica.

Se ha comprobado que cada vez con mayor fuerza la tecnología se integró a la realidad actual modificando los conflictos interpersonales, convirtiéndose también en fuente de conflictos y motivo de demanda de ayuda psicoterapéutica, lo que hizo que pase a formar parte de las temáticas del proceso terapéutico.

Progresivamente, además, fue modificando el encuadre, con mensajes de texto entre paciente y terapeuta, pagos por depósito bancario, consultas por e-mail, con modificaciones sucesivas que han llegado a cuestionar totalmente el encuadre.

Es así que ese encuadre que desde sus orígenes integró la presencia física del paciente y del terapeuta en un lugar, un tiempo y un espacio común, actualmente se ve interpelado por la siguiente interrogante: ¿Es posible pensar batalla es una incertidumbre batalla es una incertidumbre desarrollarse en una “realidad virtual”, sostenido por algún modo de comunicación tecnológica?

## **Psicoanálisis, técnica y tecnología**

El XXIV Congreso Latinoamericano de Psicoanálisis realizado en Montevideo en el 2002 se centró en las “Permanencias y Cambios en la Experiencia Psicoanalítica”. En esa oportunidad participé como expositora con un trabajo titulado “Pensando sobre la Experiencia”, que se refería a un tema novedoso en aquel entonces y más controvertido que hoy porque hablaba de la participación de los instrumentos de comunicación tecnológica en un tratamiento psicoanalítico.

De manera coincidente, en ese tiempo me vi sorprendida por dos experiencias clínicas que habilitaban esa posibilidad, lo que motivó que me formulara muchas preguntas e inquietudes que tuve la necesidad de intercambiar y debatir. Una era la situación de una joven paciente que había obtenido una beca producto, entre otras cosas, de sus cambios personales y que al no querer interrumpir su tratamiento me propuso continuarlo por e-mail. El otro caso era el de una mujer adulta que debía viajar a Estados Unidos para someterse a un tratamiento para continuar con el proceso de recuperación del cáncer que padecía.

Me centraré aquí en esta última historia, pero para comprender algunos de sus aspectos me parece importante retrotraernos a aquel entonces.

Ha sido una crítica bastante frecuente cierta ortodoxia en la práctica del psicoanálisis, lo que en lenguaje popular sería la caracterización de una disciplina con postulados teóricos y técnicos firmes y establecidos que permanecen a lo largo del tiempo. Quienes piensan así desconocen todo lo

que ha cambiado desde sus orígenes. Pero como sucede en toda ciencia, tenemos nuestras formas de evaluar las modificaciones que realizamos, lo que implica un rigor metodológico relacionado con el respeto y el cuidado por las personas y el sufrimiento, lo que conlleva una gran responsabilidad.

Claudia era una paciente adulta, activa, esposa y madre de hijos grandes que me había sido derivada cuando le diagnosticaron una leucemia mieloide. La enfermedad había irrumpido en su vida como un rayo en el cielo sereno, pero lo que en nuestra conciencia es apenas una nube, en el inconsciente puede ser una tormenta que es necesario develar para descubrir “el drama en el alma que se esconde tras la enfermedad del cuerpo”. Ese acontecimiento vital en el caso de Claudia no era nada objetivamente trágico, pero sí intencionalmente movilizador para ella, como pudimos comprender trabajando juntas.

Enseguida del diagnóstico médico realizamos una evaluación diagnóstica psicosomática, el llamado Estudio Patobiográfico<sup>12</sup>. Luego empezamos el tratamiento psicoanalítico con varias sesiones semanales al mismo tiempo que se hacía quimioterapia, en parte en Montevideo y en parte en varios viajes cortos al exterior. El tratamiento psicoanalítico integró la misma concepción que el estudio, el cual sostiene que en toda enfermedad hay conflictos afectivos comprometidos que deben comprenderse y tratarse para contribuir, junto con el tratamiento médico, a la mejor evolución posible del trastorno somático.

Claudia era una paciente con una gran capacidad reflexiva, que quería vivir, tenía profundos lazos con la vida y una

---

12 Tato, G. (1999), “Estudio Patobiográfico. Reflexiones de ocho años de experiencia desde la práctica y la teoría. Cuando el Cuerpo Habla. Enfoque psicosomático del Enfermar. Ediciones Trilce. Montevideo.

gran capacidad de lucha. Todo ello derivó en una remisión

total del cáncer y una recuperación casi completa de su estado de salud.

No obstante, en Estados Unidos le propusieron efectuarse un trasplante de médula para erradicar una alteración cromosómica profunda que la enfermedad posee. Al tener una hermana compatible para ser donante de médula, consideraron que estaban dadas las mejores condiciones para hacerlo.

Pero Claudia se sentía tan bien que temía que “lo mejor fuera enemigo de lo bueno” y tenía muchas dudas que tuvo que transitar antes de aceptar la propuesta.

Aunque yo mantenía mi debida neutralidad, entendía sus dudas y temores. El tratamiento implicaba que el paciente ingrese en la llamada “burbuja”, para generar el aislamiento necesario para efectuar un barrido total de las células de la paciente, que serían sustituidas por las de su hermana, que al reproducirse renovarían su sangre con células sanas.

Al enfrentarnos al viaje como un hecho consumado, debíamos decidir si aceptaba la ayuda psicológica que le ofrecía el equipo de Estados Unidos, o continuábamos el tratamiento por e-mails, que era la opción de aquella época, dado que podía disponer de una computadora estéril en el lugar donde se iba a realizar el tratamiento.

El deseo de la paciente, la gran contención y el apoyo de su familia en este camino, así como mi intenso compromiso de continuar ayudándola en un proceso difícil, hicieron que me sintiera capaz de enfrentar el desafío y me fueron inclinando hacia esa posibilidad.

Hubo otros aspectos que también tuve en cuenta. Claudia se encontraba en un gran momento de movilización

afectiva, iba a estar lejos para un tratamiento que implicaba riesgos y era traumático en sí mismo por las condiciones de aislamiento. Impedirle mantener el lazo conmigo era tener que enfrentar un duelo en plena fragilidad. Para ella era preferible mi presencia virtual pero conocida, que la presencia real de un nuevo terapeuta.

A nivel terapéutico me preocupaba también la imposibilidad de establecer una frecuencia de contacto debido a que eso dependería fundamentalmente de su estado físico. Era inevitable que nuestra forma de trabajar cambiara, no sólo porque pasaba a ser escrita sino porque además los e-mails son casi cartas enviadas por vía electrónica. Y en esos largos contenidos yo debería tratar de entender sus sentimientos y poder expresar mis pareceres e interpretaciones.

Pero veamos algo más de mis dudas y dificultades.

Debo reconocer que debí superar carencias y resistencias propias. Mi relación con la tecnología nunca fue fluida, eso ha hecho que me resulte más difícil incorporarla y aprenderla. Además me genera rechazo el aspecto de imposición que tienen los avances en esta área de la vida. La actualización constante hace que, si no se incorporan ciertos cambios, a veces se anula la posibilidad de utilizar exclusivamente los instrumentos parciales de interés. Esta cualidad la convierte en una herramienta impuesta y no optativa, como entiendo que debería ser.

En relación a la continuidad del tratamiento con la paciente, para mí era por una parte una opción útil y por otra parte una especie de imposición para el aprendizaje. En lo referente a aprender, es de rigor metodológico que frente a algo que es nuevo para uno, se consulten experiencias similares de otros colegas.

En aquel entonces yo era una joven analista pero que ya

contaba con cierta experiencia y con una especialización definida en el psicoanálisis de pacientes con afecciones orgánicas, lo que me había llevado a enfrentarme con el aprendizaje de nuevas teorías, otras técnicas y con pacientes que habitualmente corrían riesgo de vida.

Personalmente, me considero “ortodoxa” para aquello que pienso que es beneficioso, independientemente de cuánto hace que se lo utiliza, así como estoy abierta a los desafíos que imponen las diversas experiencias clínicas.

En lo referente a este tema, en aquella época fue poca la ayuda que la comunidad analítica me brindaba. Encontré un caso clínico de una autora francesa que utilizó la computadora a manera de archivo o memoria para anotar sus reflexiones sobre el tratamiento de una paciente en aislamiento por cáncer, pero no evalúa aspectos de la técnica, sino que se centra sobre los contenidos del material.

Una colega uruguaya me comentó que un reconocido psicoanalista pudo continuar el tratamiento en forma epistolar ante el viaje de uno de sus pacientes.

Más adelante encontré una revista dedicada al tema, en la cual el debate en esos años oscilaba entre la aceptación temporaria del tratamiento por internet para ciertos casos excepcionales por interrupción temporaria y la incipiente pero resistida propuesta de que esta modalidad se empleara desde el inicio del proceso.

Solo como referencia a la magnitud de los cambios en los temas de debate, hoy, apenas diez años después, hay quienes realizan tratamientos por internet (en sus diferentes modalidades) como primera opción; se están desarrollando sistemas operativos diferentes según las patologías y hay cuadros clínicos en los que se lo considera mejor que el análisis tradicional.

En lo personal, y luego de más años de experiencia, considero útil el tratamiento a distancia en aquellas situaciones en las que existe ya un proceso en curso y se dan cambios en la vida de los pacientes que impiden que se continúen en la forma que es habitual.

En nuestras sesiones previas a su viaje, conversamos con Claudia muchas de las cosas antes referidas, a modo de elaboración conjunta y buscando acuerdos sobre este nuevo “encuadre”. Otras, las que implicaban aspectos de mi rol como analista, constituyeron parte de mi trabajo de elaboración personal.

Fue así que, compartiendo las dudas, los temores y las esperanzas, ambas decidimos enfrentar riesgos y desafíos de esta etapa diferente de su tratamiento. A ella la esperaba su “propia cordillera”, a mí el deseo y la responsabilidad de ayudarla y apoyarla con estos nuevos recursos.

En la última sesión soltamos nuestras manos en el saludo final, para reencontrarnos en una conexión virtual que pasaría a ser nuestro lazo para luchar por la vida.

## La Historia

En la burbuja Claudia comenzó esa nueva etapa de su vida y allí se desarrolló esta nueva modalidad de relación.

En mi casilla estaba su primer e-mail:

*“Estimada Gladys: Todavía no estoy internada, por ahora voy todos los días al hospital para hacerme controles. El método que resolvieron usar es el de recogerle las células periféricas a mi hermana y para luego pasármelas a mí a través de un catéter. El doctor es bastante optimista, pero como usted sabe aquí se cuidan mucho. Visité el cuarto que va a ser mi nuevo hogar por cuatro semanas creo que no es tan terrible aunque es chico. Tiene una ventana por la cual puedo ver y comunicarme vía micrófono-teléfono con los que están afuera, y pienso que con la computadora, la televisión y los libros la cosa será llevadera.*

*Aquí le envió mi dirección de mail. De ánimo estoy bastante bien, a pesar de que ahora, como estoy en la cuenta regresiva, me estoy poniendo un poco más ansiosa, pero creo que lo voy a soportar. De más está decir que la extraño mucho pero tengo fe en que todo va a pasar a ser otra de las tantas experiencias que me han tocado vivir. Con cariño, Claudia.”*

El primer e-mail de respuesta:

“Es una alegría recibir noticias tuyas. A pesar de la distancia puedo estar cerca de sus vivencias, participando y también de la espera y de esa mezcla de optimismo e incertidumbre. También creo que está sintiendo que ese hogar de las cuatro semanas puede ser como una buena madre que la aloja para recibir las células para una nueva vida. Afuera de esa pequeña ventana estoy yo, con quien puede comu-

nicarse. Creo que no sólo me extraña a mí, sino que todo esto resulta extraño para ambas, pero su fe está sostenida por todo lo que ha vivido y ha sido capaz de superar. Cerca suyo, Gladys”.

En el siguiente e-mail me contaba:

*“Estimada Gladys, me hicieron el implante, estoy bien pero muy débil, por eso me cuesta mucho escribir. El jueves pasado me realizaron la infusión de los leucocitos de mi hermana, lo que es un suceso que acá se vive con gran trascendencia, donde están presentes todos los integrantes del equipo.*

*Sus palabras cuando hablamos por teléfono sobre la muerte que da la vida y la referencia a las células como buenas madres que también crean vida me emocionaron y las tuve muy presentes en ese momento. Fueron para mí una gran puerta hacia la esperanza y por eso quería mencionárselo de una manera especial. He vivido esto como un nuevo nacimiento y me siento conmovida. Sé que vendrán días difíciles por el cansancio y la debilidad, los riesgos de infección y la falta de apetito. Luego del implante, que es el día cero, comienzan los cien días de máximos cuidados. Si todo está bien en tres semanas podré salir del hospital. Gracias por todo y afectuosos saludos”.*

La comunicación telefónica a la que alude Claudia fue una llamada que efectué anterior al trasplante, porque sentí que la palabra escrita no era suficiente y quería que escuchara mi voz y yo escuchar la suya para percibir mejor su estado afectivo y a su vez poder expresar mis emociones. Evidentemente ella lo necesitaba por lo que dice al respecto.

Posteriormente le envié el siguiente mail:

“Estimada Claudia: Siento que su esperanza ya no está tan cargada de angustia de muerte, sino que como dice ve una puerta hacia una nueva vida. Mis palabras en su memoria fueron una forma de tenerme ahí presente para pasar esa puerta juntas. Se siente débil pero también creo que está renaciendo en su interior una nueva fuerza y aunque se imagina las dificultades también se imagina superándolas, y trascendiéndolas. Saludos, Gladys”.

Transitando los primeros cien días de más cuidados,

Claudia me escribió:

*“Estimada Gladys: Me encuentro bastante bien dentro de las circunstancias: no he hecho fiebre, cosa que sorprendió hasta al médico. Estos días he estado un poco nerviosa porque van a empezar los controles luego del trasplante y tengo que esperar y lo que más va a demorar sobre todo será el control del cromosoma... Como usted ya sabe estoy acostumbrada a esperar, pero igual la tensión está presente. En algunas cosas mi vida es bastante rutinaria, por eso estoy deseando estar fuera del hospital para poder ver cercanamente a las personas de mi familia. Todavía me resulta difícil porque me levanto con energía pero a la tarde ya no valgo nada. Cariños y hasta la próxima comunicación”.*

Me aclara que el otro e-mail que me había enviado fue antes que éste y como tenía los resultados primarios de la aspiración de médula, lo tituló:

“Buenas noticias”. “Los resultados fueron alentadores, aún me falta el del cromosoma pero esto me da fuerzas para

seguir adelante. Puse el resultado de este examen pegado en la pared de mi cuarto junto con sus e-mails porque es todo lo que me da fuerza para seguir adelante. Con cariño, Claudia”.

Realmente alegre y emocionada le contesté:

“Estimada Claudia: La espera es difícil pero usted más que acostumbrarse ha aprendido a esperar cuando no es posible hacer otra cosa. No solo la sostiene lo que me mencionó, sino también la ilusión de que se acercan reencuentros. Creo que usted siente cada e-mail mío como una buena noticia, porque la principal buena noticia que puede recibir de mí es que sigo aquí y espero el encuentro. Con alegría, Gladys”.

El siguiente e-mail no se hizo esperar:

*“Estimada Gladys: El tiempo sigue transcurriendo hacia el famoso día cien. Estoy yendo y viniendo del hospital y tuve un pequeño resfrío que me asustó y me puso de mal humor porque tenía miedo que me volvieran a internar. Pero por suerte no significó ninguna complicación. Por aquí hay un tráfico que va y viene y yo soy espectadora cuando en realidad me gustaría ser protagonista.*

*Estuve unos días bastante angustiada por la partida de algunos miembros de mi familia que me resultó difícil asumir, me hizo sentir asustada e insegura. Por suerte no estoy sola, además algunos van a regresar pronto. Me siento cada vez mejor y me animo cada vez más a ver las cosas con perspectiva más optimista. Cuando vuelva tendremos oportunidad de hablar de todo esto personalmente”.*

Entonces le respondí:

“Estimada Claudia: Creo que se siente frágil todavía para enfrentar los contratiempos, pero superar esas pequeñas cosas es el protagonismo que hoy le toca. Creo que desearía que ese protagonismo fuera mayor, que llegue el momento en el que sea usted quien pueda venir a Uruguay, como en estos momentos hizo su familia, por eso se siente como espectadora. Pero a pesar del miedo y la inseguridad, ya se imagina el regreso, y hasta el protagonismo de estar acá hablando conmigo. Cada vez más cerca, Gladys”.

Me escribió enseguida:

*“Estimada Gladys: Recibí ayer con gran alegría su e-mail. Hoy me siento mucho mejor, con más energía y eso me anima para abrir la computadora con entusiasmo, leer los mensajes y responderlos enseguida. A cada momento me siento mejor y me voy reconociendo, como que algo se está equilibrando, eso es lo que estoy sintiendo en estos momentos. A partir de la semana que viene voy a ir al hospital sólo dos veces por semana y eso es un progreso. Los días aquí están agradables, así que por las tardes salgo a dar una vuelta, a tomar algo y también, ¿por qué no?, a algún negocio para hacer unas compras. Eso es apostar al futuro, ¿no?”*

Le respondí, también enseguida:

“Estimada Claudia: es una alegría compartir sus progresos y su ánimo cada vez más entusiasta. Su vivencia de reconocerse creo que es de alguna manera reencontrar lo que de usted hay en todas esas nuevas células que le trasplantaron.

Como si debiera reconocerlas a ellas y en ese proceso reencontrarse con lo suyo y volver a reconocerse a usted misma. Creo que su sensación de equilibrio es una expresión de la aceptación de lo que ha recibido y lo que ha vivido. Disfrutar de lindos días y de compras no es sólo un placer del presente sino una apuesta al futuro. Me parece importante que pueda dejarse mimar, cuidar y aceptar sin avergonzarse de necesitar de los otros, hasta que nuevamente se sienta una Claudia fuerte, libre e independiente”.

E-mail cercano al día cien:

*“Hola Gladys: Por aquí estoy contando los días para llegar al famoso día cien. ¿Qué va a pasar ese día? No mucho perceptible, pero una fecha hay que ponerle. Lo más importante de este tiempo es que comienza mi preparación para el retorno y estoy sintiendo que el gran día llegó. Mientras estaba aislada y pensaba en la vuelta me imaginaba el perfume del pasto recién cortado de mi casa, mi familia grande, mi vida de allí y usted esperándome.*

*Todo eso me mantuvo fuerte y con mucha energía, pero ahora que la vuelta se aproxima, mis sentimientos son ambiguos. Por un lado quiero llegar y por el otro tengo miedo, porque aquí creé mi pequeño mundo, en tanto que allá deberé jugar el partido en la cancha grande y eso me asusta: enfrentar nuevamente a toda la gente se me hace difícil. “Tengo miedo que me vean como un bicho raro”, es lo que pienso. Supongo que me voy a acostumbrar y va a primar la alegría de tantos reencuentros en la vuelta y no otras cosas”.*

De los últimos e-mails, cercanos al regreso:

“Estimada Claudia: Comprendo sus sentimientos contradictorios. Como al irse, se enfrenta ahora a otro acontecimiento inevitable, y usted no puede detener el tiempo ni el proceso, tiene incertidumbres y temores, aunque con una esperanza enorme. Pero además no regresa la misma Claudia que se fue, sino otra con muchas experiencias en proceso, que teme quedar como desenmascarada ante los demás al no poder ocultar todo lo que vivió. Y eso la hace sentir vulnerable.

En ese pequeño mundo no tuvo más remedio que entregarse y desnudarse a otros para recibir ayuda y cuidados, fue ese pequeño mundo que amparó su fragilidad. Ahora, como usted misma dice, vuelve para jugar en cancha grande pero, siguiendo su metáfora, jugará acá y de local, algo que le permitirá volver a sentirse más segura. Creo que su encuentro con los otros le hace temer que la vean como un “bicho raro”, alguien que regresa, que estuvo viviendo en una burbuja, una experiencia difícil de comprender y de transmitir. Pero también está el reencuentro con todos los que la verán con afecto y con cariño por la alegría del regreso, a los que les contará lo que desee y no le preguntarán usted si no lo habla”.

Como me dice con cautela pero con alegría, conviviendo con el miedo y la incertidumbre pero apostando a la vida el regreso se acerca. Tan cerca lo siente que esta vez me puso al principio del mail “Hola Gladys” como si ya se imaginara diciéndomelo en persona. La espero, Gladys”.

## ¿Epílogo?

Al regresar, Claudia retomó sus sesiones en el consultorio. Cuando vino por primera vez, nos saludamos con una sonrisa y un fuerte y cálido apretón de manos. Luego se recostó en el diván y continuamos nuestro trabajo de análisis.

Hay mucho para decir y reflexionar sobre esta historia, sobre estos e-mails, pero no quiero ponerle razón a tanta emoción. Quiero que la historia hable por sí misma y que diga lo que a cada uno le brote en su imaginación y en su corazón.

No olvidemos que todo empieza con un vientre que nos alberga y un cordón que nos une a la madre que representa el mundo en el que luego viviremos.

Dos manos que se unen, un abrazo, una línea de teléfono, un e-mail, unos ojos que se miran, todo puede ser una conexión de vida cuando sentimos en peligro la continuidad de nuestra existencia en este mundo. Si queremos seguir viviendo tendremos que encontrar recursos para luchar un poco más.

Claudia cruzó su propia cordillera por sus recursos al servicio de sus ganas de vivir, con la ayuda de un “mapa de ruta” y conmigo como compañera virtual, comprometida afectivamente de un modo tal que hizo que me sintiera cerca.

Gracias Claudia por el legado de vida y por haberme enfrentado a mis pequeñas montañas de aquel entonces: la tecnología, el temor a lo nuevo, las dudas de estar haciendo lo mejor para ayudarla y la transformación interior que me dejó lo que vivimos juntas.

## Epílogo

Mientras escribía esta historia me vi enfrentada a todo tipo de dificultades con la tecnología. La máquina empezó a fallar, lo que corregía y guardaba, la memoria no lo recuperaba. Sucedió esto una y otra vez, a pesar de los sucesivos respaldos y cambios de nombre de archivos, hasta que el técnico logró encontrar la falla y pudo reparar una “desconexión” del sistema que me impedía trabajar.

Si recuerdan lo que dije de la tecnología, mi enojo y desencuentro eran cada vez mayores. Aún superado el problema, yo no lograba sentirme bien, por lo que me recordé a mí misma que soy analista, pero no en sistemas, lo que me llevó a pensar en el tema desde otra perspectiva. ¿Qué sería lo que mi memoria guardaba y yo quería olvidar?

Las casualidades existen, pero para catalogar algo de casualidad hay que recorrer antes un largo camino de reflexión.

Cuando se intenta contarle a alguien la importancia de una escena de una película y ya vimos la película entera, debemos abstraernos del resto porque de otra manera no podemos transmitir lo que queremos resaltar, pero no nos podemos olvidar de ello porque lo sabemos.

Se produce en nuestro interior una conexión y una desconexión inevitable y simultánea. Así estaba yo.

Recordé entonces cuánto me alegré por uno de mis amigos que volvió de los Andes. Y lo que lloré por otro que se quedó. Tampoco creo que fuera por casualidad que empecé esta historia refiriéndome a ellos.

Lo que relaté fue una parte del tratamiento de Claudia y un capítulo de su vida, pero yo conocía el resto de la historia

Claudia tuvo años de vida sana y feliz, junto a sus hijos, a sus nietos, pero un día volvió al análisis nuevamente enfer-

ma, enfrentando una cordillera peor que la anterior para sobrevivir. No pudo lograrlo y allí estuve con ella hasta el final.

Termino esta historia con la alegría de estar viva para contar de la Claudia que luchó y pudo una vez, y con el dolor por la Claudia que otra vez luchó pero no pudo.

Ambos recuerdos están conectados en mi interior.

# INDICE

<b>Prólogo</b> .....	7
<b>El Árbol</b> .....	13
Introducción .....	15
La historia .....	17
La Estupidez .....	29
Sentido Común .....	33
Tolerancia – Intolerancia .....	34
Síndrome MIA .....	38
Absurdas Contradicciones .....	40
Yo como personaje .....	41
¿Cambiar la apariencia o la esencia? .....	44
¿Conectados o Comunicados? .....	47
Responsabilidad y Culpa .....	50
Parar para seguir andando .....	52
<b>Una mujer como tantas</b> .....	59
Introducción .....	63
La Historia .....	65
La ignorancia: “de eso no se habla” .....	70
Formación de la pareja .....	72
Separación o Divorcio una instancia en la que es difícil dialogar .....	76
Diferencias de género que marcan la relación con la Ley y el dinero .....	81
La búsqueda del culpable .....	84

La condición de víctima. . . . .	84
Me separé: me liberé. . . . .	85
En el final, el dinero y los afectos vuelven a juntarse. “Ahora de esto sí se habla” . . . . .	85
Las víctimas inocentes: los hijos. . . . .	88
¿Ganar o perder?. . . . .	89
Reflexiones sobre la historia de Alicia. . . . .	91
¿Qué pasó con Alicia? Resurgiendo de las cenizas. . . . .	94
Tiempo y procesos judiciales. . . . .	96
¿Justicia?. . . . .	99
Epílogo. . . . .	100

**A mí no me va a pasar. . . . . 103**

Introducción. . . . .	105
Consideraciones teóricas generales sobre el accidente. . . . .	109
“La previa “ y el accidente. . . . .	114
¿Por qué chocó Quique?. . . . .	115
El accidente como crisis: una oportunidad para el cambio. Armemos el “rompecabezas”. . . . .	122
El alcohol: paradojas, controversias y contradicciones. . . . .	124
El accidente como síntoma social. . . . .	129
Premisas Psicológicas para la Prevención de Accidentes. . . . .	134
Epílogo. . . . .	135

<b>Saber hacer negocios.</b> .....	137
Introducción.....	141
La historia.....	143
Negociar.....	149
Transparencia u Opacidad.....	151
“Hacer trabajar el dinero” ¿Ganancia o lucro abusivo?.....	153
Reflexiones desde el psicoanálisis.....	157
<b>Conexión de Vida.</b> .....	163
Introducción.....	165
Psicoanálisis y Técnica Psicoanalítica. Psicoanálisis técnica y tecnología.....	169
La historia.....	177
¿Epílogo?.....	184
Epílogo.....	185



**Hecho digitalmente en** Mastergraf srl  
Gral. Pagola 1823 - CP 11800 - Tel.: 2203 4760\*  
Montevideo - Uruguay  
E-mail: [mastergraf@mastergraf.com.uy](mailto:mastergraf@mastergraf.com.uy)  
k k k "a U m f u z w a "

